

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Mérida, 17 - 23 abril 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 333

PROTAGONISTA EN 1955 EL TORO DE LIDIA

SE PREVEE QUE LA FIESTA NACIONAL MEJORARA ESTE AÑO



CAMPO PARA 243 GANADERIAS DE BRAVAS EN LAS DEHESAS ESPAÑOLAS
(Información en la pag. 3)

LA VIDA DE ROBERT ANTHONY EDEN, PRIMER MINISTRO DE INGLATERRA

Por Enrique Ruiz García (pág. 32)

del director a don Severino Aznar (pág. 7) ●
de Genil prepara ya la próxima Semana Santa, por
Deleyto, enviado especial (pág. 11) ● Entrevista
el obispo de Teruel, por Costa Torró, enviado espe-
cial (pág. 17) ● El bigote, determinante, por Luis Bere-
a (pág. 20) ● Cazadores catalanes en el Africa equa-
torial, por Francisco Salvá (pág. 21) ● ¿Transposición
de familia?, por Juan Beneyto (pág. 26) ● Solteras,
viudas y solteronas (pág. 27) ● Hombres, poderes y
políticos, por Kurt Pritzkoleit (pág. 46) ● Entrevista
a Javier Martínez de Bedoya (pág. 49) ● El pintor
Ramón Palencia, por Ernesto Salcedo (pág. 53) ● Car-
reteras desde el sur de Francia, por Jaime Pol (pág. 56)

EL CABALLO BANCO

Novela por José Antonio de Laiglesia (pág. 38)





*Lo desean
por muchas
razones*



Los dientes se deben limpiar siempre que se come, como las manos se lavan siempre que se ensucian. Sin embargo, una comida fuera de casa o cualquier otra circunstancia, puede estorbar esta práctica higiénica... pero la Crema Dental LISTERINE con Actifoam tiene poder antiséptico y detergente, de acción duradera. Sirve incluso para los que no

pueden limpiarse los dientes después de cada comida.

No es extraño, por tanto, que los chicos prefieran este dentífrico a todos los demás: sabe muy bien; se precisa poca cantidad y sus efectos duran más.

CREMA DENTAL

LISTERINE

USTED Y SUS HIJOS
TIENEN DERECHO A
UNA DENTADURA SANA



Enjuagues y gárgaras con Antiséptico LISTERINE mejoran la higiene bucal. Boca y garganta inmunes evitan contagios y afecciones gripales.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

SE PREVEE QUE LA FIESTA NACIONAL MEJORARA ESTE AÑO

EL TORO DE LIDIA

Gran protagonista de la temporada que empieza

ES ahora, vencida la jornada del domingo de Pascua y de cara a las corridas de la feria sevillana, cuando comienza la temporada taurina, cuando empieza a sumar sus fechas el año taurino 1955.

Cierto que antes han abierto sus puertas algunas plazas. Cierto que ya en enero, en Almería, se ha lidiado una corrida de toros. Y en marzo Castellón ha visto matar los toros de las fiestas de la Magdalena, y por poco morir a un torero en las astas de un miura. Y se han celebrado, en Valencia, las tardes de las fallas. Y han comenzado, desde principios de febrero, las novilladas en algunas plazas. En Málaga, en Barcelona, y más adelante, en Madrid...

Peero cierto también que tradicionalmente el mundo taurino cuenta sus años nuevos a partir del domingo de Pascua y que la órbita más clásica del planeta de los toros se inicia en la feria de Sevilla y concluye en la de Zaragoza. Todo lo anterior, es prólogo. Todos lo posterior, epílogo. Y todo lo restante, exterior a la temporada española, ocurrido en América, en Portugal, en Francia.

Y es ahora, por lo tanto, al comienzo de la nueva temporada, el momento oportuno para hablar de su gran protagonista de ese que en el decir gráfico de los taurinos es el único que «da y quita» y establece el orden verdadero de categorías: el toro.

Gran protagonista de la fiesta siempre, en todas las temporadas. Y mucho más aun, en aquellas, como la presente, que nacen sin traer ya marcadas sus fechas, con el signo de la servidumbre obligada a un rey del toreo—como ocurrió en los tiempos del Guerra, o en los de Manolete—o a una pa-



BUEN CAMPO PARA 243 GANADERIAS DE RESES BRAVAS EN LAS DEHESAS ESPAÑOLAS



La presencia brava del toro, noble estampa del campo y el cielo español

reja reciente—como en la edad dorada de Joselito y Belmonte, o en la época aurífera del Litri y Aparicio.

Vamos, pues, al toro. A decir algo de la ganadería brava, de su importancia y su tónica actual. Y a contar también, a grandes rasgos la biografía del toro, las peripecias de su vida sobre las que en los últimos años, a cambio de algunas verdades, han circulado muchas fantasías. A ver, en suma, el toro en el campo.

LAS TRES ZONAS DEL MAPA TAURINO.—243 GANADERIAS DE RESES BRAVAS

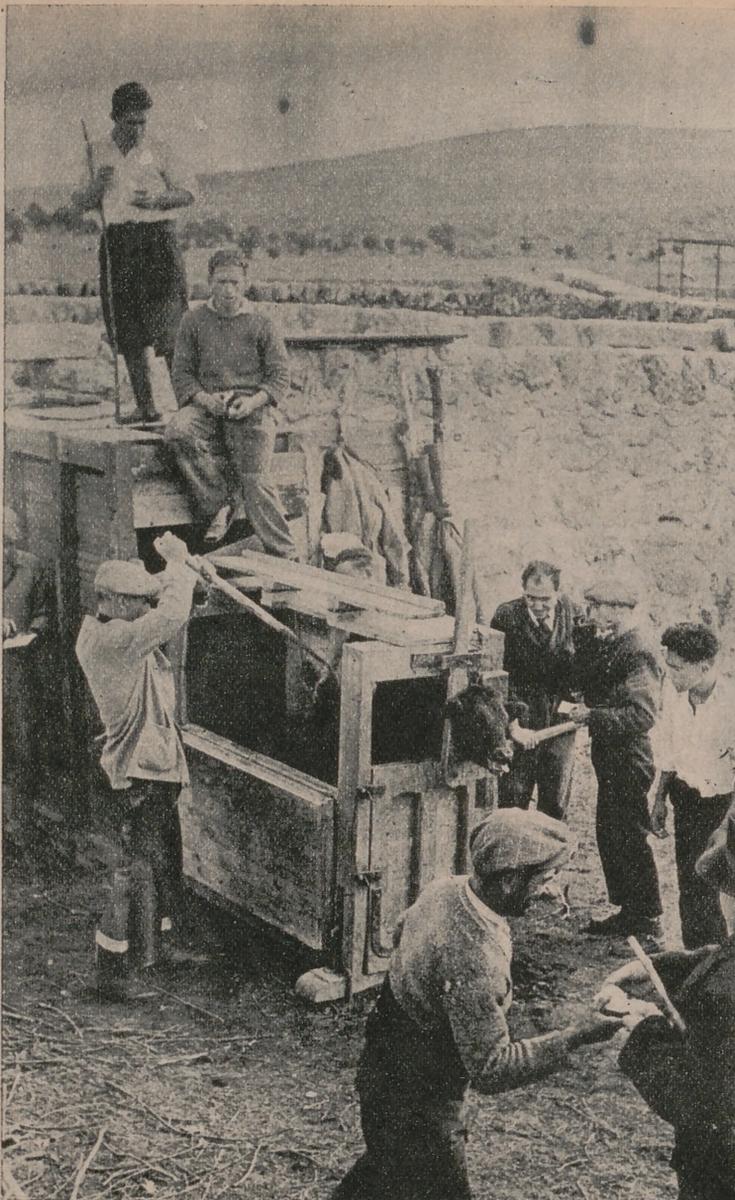
De mediados del siglo XIX a nuestros días se ha reducido mucho la extensión del mapa taurino español. Los toros han desaparecido de muchas zonas. Y provincias y regiones donde entonces abundaban las ganaderías hoy casi no cuentan en la geografía del toro de lidia. Tales, por ejemplo, Palencia y Valladolid, Navarra y Aragón, Zamora y buena parte de la Mancha.

Así, actualmente el mapa taurino comprende solamente una región, Andalucía, una provincia, Salamanca, y algunos trozos dispersos por distintos ámbitos provinciales. Y si seguimos el criterio clasificador del Sindicato Nacional de Ganadería, podemos considerarlo dividido en tres zonas: la de Mediodía—que abarca Andalucía, Extremadura y Portugal—, la de Salamanca—donde se incluyen las dehesas de Zamora y Valladolid—y la llamada Centro—que comprende el resto, que se extiende de Madrid a Albacete, de Ciudad Real a Navarra, de Toledo a Zaragoza.

En estas tres zonas pastan los toros de los doscientos cuarenta y tres ganaderos que figuran en la Relación Oficial de Criadores de Toros de Lidia. En la primera, 107 ganaderías; en la segunda, 61; en la tercera, 75.

DEL LUJO AL NEGOCIO. EL TORO NO DAÑA

Se ha dicho, y con razón, que la ganadería brava ha dejado de ser un lujo, para convertirse en



Domingo Ortega, torero y ganadero de reses bravas, efectúa personalmente la faena de marcar y numerar los toros

un negocio. Pero no debe entenderse esto en un sentido torcido, ni debe interpretarse como una acusación. La gráfica frase no pretende más que señalar un cambio natural ocurrido al margen de los toros.

El caso es que, a principios de siglo, dado el valor de los toros y de las tierras, un terrateniente aficionado podía permitirse el lujo de tener una ganadería, podía tolerar los gastos que esta representa y mantenerla por afición, por capricho o gusto. Una corrida de toros, de seis toros de la mejor casta, valía, como mucho, en el primer cuarto de siglo, unas 12.000 pesetas. Después de la primera guerra europea empezaron a alzarse los precios y la ganadería brava comenzó a ser ya un buen negocio, con sus beneficios y sus quebras. Y en esa época, los agricultores ricos de Salamanca bajaron a Andalucía a comprar sementales y vacas a los ganaderos andaluces, especialmente al marqués de Saltillo y al conde de Santa Coloma. Y de esa época arranca la extraordinaria multi-

plicación de los toros bravos en el campo charro. Y la orientación industrial de la cría del toro de lidia.

Ahora, ni las disposiciones que regulan la agricultura española, ni el valor de las tierras, ni el de los toros—uno solo, de buena divisa, 25.000 pesetas, por lo menos—permiten a nadie mantener por afición, por lujo una ganadería. Hoy la ganadería, por el volumen de las cifras que maneja y por su íntima relación con el planteamiento general de los problemas del campo, se ha convertido, natural e inevitablemente, en una industria importante y compleja. Y todo ganadero, todo criador de toros de lidia, ha devenido, en mayor o menor escala, en agricultor.

Al llegar a este punto puede que alguien recuerde las campañas difundidas, en épocas distintas pero con los mismos argumentos, contra las ganaderías bravas, contra el toro, como animal dañino para la agricultura. Pero ni las reses de lidia han ocupado nunca terrenos susceptibles de mejor

aprovechamiento, como afirmaba Campomanes en el edicto prohibitivo que firmó Carlos III, ni perjudica el ganado bravo al desarrollo de otras reses, como pensaba Jovellanos. Al contrario, el toro transmite al ganado vacuno genérico las características ventajosas de su mejor selección: la fuerza muscular, la reducción de despojos, la finura de piel. Y a su lado, conviven y se benefician de su bien provista mesa, yeguas y piaras de ganado menor, de ovejas, de cerdos...

NOMBRE, HIERRO, NÚMERO Y SEÑAL

Entre marzo y abril comienza la biografía del toro. En estos días se cubren las vacas. Se echa a cada centenar de las que tienen más de un año y menos de dieciséis, un semental. La vaca pare a los nueve meses. La mayor parte de las veces una sola cría. Y si dos, siempre machos los dos. Suele haber un 20 por 100, poco más o menos, que no traen cosecha, que quedan huecas. Influye en ello su naturaleza. E incluso, al parecer, la naturaleza del terreno y el clima, pues los años de sequía suelen serlo también a estos efectos procreadores: nacen muchos menos toros. Y si preguntáis a un mayoral qué nacen más en el mundo de los toros, si machos o hembras, os contestará que hay vacas que siempre dan machos y vacas que sólo traen hembras. Y que, en suma, suelen nacer tantos de uno como de otro sexo. Por lo común, en invierno.

A los nueve meses se destetan las crías. Son apartadas de las madres. Y al cumplir el año, la juvenil camada pasa al herradero, a completar, por el hierro y por el fuego, su filiación. La prole, la reata, hereda el nombre de la madre, el nombre por el que se conoce en la ganadería a la vaca de la que nacieron. Y se llamarán, por ella, «Negritos», «Gitanos», «Mesoneros», «Patilleros», «Presidarios», «Dianos»...

En el herradero, uno a uno van siendo derribados al suelo y estando inmovilizados en él, trabadas las patas, se les marca, con hierros candentes, el hierro distintivo de la ganadería en el cuadril y el número que les corresponde en el costillar del lado derecho. Mugen doloridos los becerros al sentir el ardiente tatuaje. Huele a pelo quemado, a carne churruscada y se eleva de la hoguera donde se enrojece los hierros, una columna de leve humo azulado. El herrador debe cuidar de no herir la carne, de no ahondar más allá de la piel. La operación se completa con los cortes que un operador, con una navaja, hace en una o las dos orejas del animal. Estas son, también, señales de la ganadería, marcas o cicatrices de identificación.

LA TIENDA DE HEMBRAS

Al cumplir los dos años, cuando son erales, se decide el destino de las vacas bravas en la tienda.

«La historia —leemos— alude apenas a los actuales tentaderos, hasta las postrimerías del Guerra. No se hacían, o se hacían de un modo rudimentario o so-

mero, y raramente. Son cosa de este siglo. Y es, en particular, durante el imperio de Joselito, y en méritos de su desmesurada afición al toro y al caballo, y a su superior consejo —«tentad, tentad, tentad»— el instante en que las faenas de campo proliferan y toman carta de naturaleza en toda ganadería bien llevada.» Y aquí, pues, una costumbre moderna en el mundo de los toros, en la peripecia vital del toro, que nada tiene de censurable, que aventaja, con mucho, a la costumbre antigua. Porque las tientas, prueba de la bravura, son un medio excelente para la selección.

—Mientras no adelanten las fórmulas genéticas y fenotípicas —ha dicho don Antonio Pérez Tabernero, el conocido ganadero salmantino— hay que orientarse por el libro, por la reata y por la tienta. La tienta de hembras es la toma de pulso de la ganadería.

La tienta tiene su ambiente propio. Se verifica en una placita de muy reducidas dimensiones que hay en la ganadería. Con sus corrales anejos, con su palco y sus burladeros.

A la tienta asisten el ganadero, y casi siempre algunos miembros de su familia, algunos amigos y los toreros invitados a tentar. Pero la noticia ha llegado puntual y exacta—nadie sabe cómo—a los oídos ansiosos de los principiantes, de los maletillas, de los aspirantes a toreros, que pululan por los contornos atraídos por el calendario, porque ha llegado la época de las tientas.

Y ellos, sin invitación, corriendo de unos a otros el sopio —«esta tarde hay toro en casa de...»—, se presentan, también, en la tienta. A ver si hay suerte y les dejan torear una becerra. O a dar dos pases, o dos capotazos —«¡sólo un par de lances, por favor!»—a la que haya toreado uno de los maestros del día.

En la placita las vacas se sueltan una a una, como los toros de una corrida. Y como en ésta, los toreros se las reparten y alternan en su lidia. Las colocan a distancia frente al caballo del tentador, que las pica con una puña especial, que hiere lo suficiente para comprobar la acometividad de la res, pero que no le produce daño grave. El ganadero—y por su lado el conocedor de la ganadería, un poco «la eminencia gris» de la devisa—toma nota de la pelea. Y clasifica, por su codicia, por su temperamento, por su estilo, cada vaca: Superior, buena, aprobada.

Los diestros toorean con la capa y la muleta. Y simulan las suertes de banderillas y de matar. Hasta que suena la orden: «¡Puerta, puerta!» Y la vaca, franqueada la salida, huye fatigada a la libertad del campo.

La tienta, la prueba de la bravura, marca el destino de cada vaca: aceptada para perpetuar la ganadería, o desechada. Y en este último caso dos posibilidades: ser vendida para la formación, o renovación de otra ganadería, o terminar en el matadero.

LA TIENTA DE MACHOS. EL FIN DEL TORO

Actualmente la tienta de ma-

chos en plaza o corral cerrado se va limitando a la búsqueda de sementales. A probar unos cuantos erales que se juzguen dignos de ello por su tipo o su ascendencia.

Esta tienta es menos entretenida que la de las vacas. Pero, al decir de los que la han presenciado mucho más solemne y más seria. No es fiesta de bullicio y toreros. Es acontecimiento callado, silencioso. Y hay ganadero, y uno de los que tienen una de las divisas más bravas de España, que, según es fama, no invita a nadie a presenciarla. El tentador, a caballo, pica. Y un auxiliador, a cuerpo limpio, para no resabiar a los toros, hace el quite, aparta al eral del caballo al fin de cada puyazo y vuelve a ponerle en suerte, en sitio, para el siguiente. Porque los no seleccionados se lidiarán en su día, en la plaza, y no deben conocer el juego, la burla de la capa y la muleta.

A los escogidos para sementales, a los que se libran de la muerte en el ruedo, se les despuña y se les torea de capa y muleta. A éstos sí. Y el ganadero observa, de este modo, su codicia y su estilo en la embestida. Y hace sus cálculos, prepara la mezcla de sangres... Del macho dependen las tres cuartas partes de la bravura de las crías. Y todos los aficionados saben cuánto influye un semental en la historia de una ganadería: puede hundirla—si liga mal, si no sale tan bueno como se ha previsto—o hacerla triunfar. Llenarla de estos toros de bravura y nobleza ideales con los que sueñan los toreros.

La mayoría de los erales ya no se tientan. Siglo y medio de selecciones escrupulosas, y hay que pensar que bien orientadas, puesto que hoy salen a los ruedos más toros bravos y lidiables que nunca, han hecho innecesaria la prueba.

Hay otra modalidad de la tienta de machos: la que se realiza a campo abierto, el acoso.

El acoso—muy practicado en Andalucía—lo realizan parejas de caballistas. Un par de jinetes, una «collera», aparta de la vacada al eral. El animal se asusta y corre. Ellos le persiguen por el llano verde. Y uno le alcanza y le derriba aplicándole la punta de una garrocha en los cuartos traseros. Caen el torete sobre la hierba. El otro caballista impide que el chico, otra vez en pie, huya. Y en la nueva persecución cambian los papeles los jinetes. Acosa el que actuó antes de protector y protege el otro. Cuando el eral, cansado, hace frente a los acosadores, entra en funciones el tentador. Y pica.

En estas faenas, en estos empuños de acoso y derribo, estampa única de nuestro campo, diversión de valor y destreza, de movimiento y luz, se forjaron los mejores maestros del rejoneo a la andaluza: Cañero, Pepe el Algarbeño, Juan Belmonte—que alcanzó también el trianero, en esta bizarra modalidad de toro, una pericia envidiable—, Domecch, Feralta...

Y pasadas estas faenas y transcurridos los días felices de la menor edad, los tres años hacen del eral un utero, o sea un novillo. Y llegada esta fecha el animal tiene los días de campo contados. En cualquier momento pueden terminarse para él la sombra fresca de las encinas, la anchura del horizonte, el pleno abundante. En cualquier momento pueden arrancarle de su quietud siesta, sentado junto a unos arbustos, con la negra piel brillando al sol, y «embarcarlo» en un estrecho y oscuro cajón, camino de una novillada que va a celebrarse no importa dónde.

Y si se salva este año, no pasará, seguramente, del siguiente. Porque, antes o después, un día sonarán a su lado los cerceros de los cabestros y le apartarán, junto a otros cinco hermanos, y le llevarán trotando, con ellos, en medio de una nube dorada de polvo, de trampa en trampa, del campo al cajón, del cajón al corral de una plaza, y del corral al ruedo.

Y en el ruedo, cuando el sol invade todavía media plaza y rebrillan los trajes de luces, o cuando sólo queda ya una pequeña franja de luz solar en lo alto, en las andanadas, y el ruedo entero está lleno de un aire violeta, junto a las tablas, o en el tercio, o en el centro del fatal círculo de arena, el toro encontrará su fin una tarde de toros.

¡Que sea en buena plaza y por buena mano!

LOS HONORARIOS DEL GANADERO. — Y SU PRE- OCUPACION ANTE LOS PETOS ACTUALES

Muere en la plaza el toro. Cobra su vida el ganadero. Y aparece aquí otra de las cuestiones más discutidas en nuestros días.

Comprende el público con más facilidad, por la evidencia del riesgo inmediato, por el peligro corporal que corre, por la cornada, los honorarios elevados de los toreros que los elevados precios de los toros.

Sin embargo, hasta hace poco tiempo, una corrida importó siempre más que el renglón presupuestario correspondiente al es-

No son solamente Andalucía y Salamanca las regiones criadoras de toros, por casi toda España puede verse una escena semejante a esta





Muchos años
mereciendo
la confianza
del público

C. S. 14.470

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

pada de más cartel. Más que el contrato de un Pedro Romero, y de un Lagartijo, y de un Guerrita, y tanto, muchas tardes, como los honorarios de Joselito y Belmonte juntos. Fué Manolote, al que, por su desgracia, tan caro le habrían de cobrar los toros, el que se equiparó a los ganaderos, el que empezó a cobrar tanto, y luego más, de lo que pudiera costar toda la corrida.

Andan, posiblemente, inflados los precios del planeta taurino. Pero quizá, y en lo que a los ganaderos se refiere, que es lo que a nosotros nos interesa ahora, puesto que estamos atentos solamente al toro, tenga el público una idea exagerada del beneficio de los ganaderos.

«Si para criar toros—escribe Areva—no fuese necesario mantener las vacas de vientre y las demás hembras; si no hubiese que sostener igualmente las camadas de añajos, erales, utrerros y cuatreños; si no se necesitasen fincas de invierno y primavera; si los terrenos y el conjunto de la ganadería no representasen un elevado capital al que hay que asignar un interés; si no existieran riesgos, quiebras y enfermedades que merman el ganado...» Y cuando remata la relación con un «el asunto, repetimos, sería formidable», empezamos a ver, ciertamente, el asunto de otra manera. Empezamos a contemplar cómo se desinfla bastante el globo de la tremenda ganancia imaginada.

¿Tienen, pues, razón los ganaderos para cobrar lo que cobran? Y sólo cabe una respuesta sería: Considerando el nivel actual de

precios y siempre que presenten el toro con la edad y el trapío que debe tener, y siempre que la categoría de la divisa lo merezca, no parece resultar muy recortable su margen de ganancia.

Ahora, como siempre—olvidemos pasados errores mancomunados y solidarios con los diestros, pecados por defecto, por falta, donde debía haber abundancia—, los buenos ganaderos, los que tienen afición y prestigio, cuidan con escrúpulo sus reses. Y si todos, como criadores individuales, cabe suponer que no regatean esfuerzo para conseguir una presentación impecable de sus toros, aunque no siempre lo consigan, como integrantes del grupo sindical correspondiente, andan empeñados en algo que también supondría un aumento del peso de los toros y de su fuerza: en la reducción del tamaño de los petos, en la respetuosa solicitud a las autoridades competentes de una medida que ponga fin al tamaño y al peso abusivos del peto actual.

UNA MEDIA DE 225 CORRIDAS Y 300 NOVILLADAS

En España se vienen celebrando anualmente, por término medio, unas 225 corridas de toros y unas 300 novilladas. Aparte, naturalmente, las fiestas menores y festivales. La media total de festejos picados alcanza, por tanto, un año con otro, la suma de unos 500. Más novilladas cuando las figuras que pesan en las taquillas pertenecen al escalafón inferior. Más corridas, cuando

aprietan los matadores. ¿Qué cifra se totalizará al final de la presente temporada? Nadie puede aún predecirlo.

En estos días iniciales, los pronósticos y los indicios no pueden ser más favorables. Al menos, los que se refieren a los toros. Una invernada nada dura, un breve tránsito del otoño a la primavera, han adelantado el campo. Y las reses. Los toros tienen peso, están gordos y lustrosos. Tienen ya pelo de mayo. Por este costado, entramos en un gran año taurino. Falta sólo que se animen y tengan suerte los toreros.

Con esto y con una propaganda más extensa y más firmemente perfilada de los toros, de la españolisima fiesta de los toros, los buenos aficionados, contentos. Y las corridas de toros la merecen. Que no en balde reúnen en las plazas, cada temporada, a diez millones de espectadores. Y a juzgar por las lenguas que se oyen en los tendidos—lenguas que no suenan en ningún otro espectáculo de masas—, extranjeras en gran proporción.

Y la merece también el gran protagonista, el toro bravo español, que pronto, si terminan felizmente las gestiones de dos toreros, de Manolo Navarro y Antonio Caro, lucirá su estampa en el Japón. Y pronto, también, si las cosas no se tuercen, volverá a pisar tierra cubana.

Hasta ahora, en Sudamérica, en el mediodía de Francia y, últimamente, en el Marruecos francés, no ha sido nada mal embajador el toro. Por afición, y por aquellos de las divisas, le deseamos suerte en sus nuevas probables salidas.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON SEVERINO AZNAR

ESPERABAMOS la primavera los lectores del «Times», usted y yo, cada cual confiando en el pronóstico de una especie de radar particular que anticipara las revueltas y alegres jornadas equinocciales. Usted, tan mimado en el buen reposo del sanatorio alicantino, donde era un niño barbudo, vigoroso y sentimental, que no respetaba las horas canónicas de sexta ni nona (de las que según los etimologistas se han deducido la siesta y la nana para dormir a los infantes), pues su vitalidad de criatura privilegiada resistía cuanto le echasen encima de su gigantesco corazón o de su inteligencia, que se desfilie socarrona sobre sus ojos. Usted era el huésped de honor de Alicante, cuya hospitalidad en este caso era un tanto egoísta, porque no podía mostrárselo a los ochenta y cinco años prometedores y sazonados, como el producto de un clima ejemplar influyendo cerca de su organismo, como el resultado felicísimo de una manera única de tratar a las gentes. Usted nos decía que permanecería allí hasta que la llegada de las golondrinas primaverales le empujasen hacia otros cielos menos radiantes, menos ofuscadores. Es una tradición inglesa que no se ha olvidado, esperar el anuncio de los primeros cuclillos que publica sempiternamente el «Times», según le informan sus correspondientes de cada condado. Le confieso que me distraje esta vez y no estoy seguro de si los ingleses se enteraron de que el pájaro vino antes que se interrumpiese la comunicación diaria del periódico con su clientela o si la huelga de la Prensa londinense ha impedido la notificación de esa arribada litúrgica de la primavera.

Por mi parte, había aprendido en las Memorias de Ultratumba del vizconde de Chateaubriand una lista de aves que son el presagio, cuando aparecen, de la estación primaveral, a pesar de que la primavera era algo más deseado que gozado, algo más entrevisto que visto, algo más para el árbol o la muchacha que para el hombre. Rafael Sánchez Mazas repite con frecuencia un fragmento literario del italiano Magalotti, en el que se descubre y elogia cierta primavera anticipada de Madrid, cierta primavera que cuaja prematuramente a fines de enero o en febrero tan sólo, denominada por el viajero con delicia la «Primavera de los gentiles hombres». Pero todos conocemos también que para San Isidro hay que reponerse el abrigo y esgrimir el paraguas, ya que llueve y hasta hiela para esa fecha y hasta más tardíamente para la Feria del Libro. El nombre de las aves aprendidas me ha servido para repasar mi Historia Natural del Bachillerato, pero me iba faltando la creencia en la realidad de la primavera, ya que esa porción volátil de la zoología comparecía oportunamente, mas la puntualidad del tiempo suave, con ternura reciente, delicado, no era la misma. Miraba y remiraba al paisaje, incluso al paisaje meridional, y uno presentía que la savia gemía dentro de la vegetación como fermenta el mosto a ratos y en otras ocasiones de la manera que bala puerilmente un recental. Algo pasaba en el interior de los seres, de las cosas; pero el panorama era tan rudo y tan inhóspito, cual

en el invierno, cuando la paleta de los pintores no tiene que complicarse con tan finos matices como en la primavera. Ilusoria primavera, fruto de nuestra fantasía y de nuestra ambición que transcurre la vida creando mundos. Acaso por este carácter irreal, conceptual del vocablo, un filósofo de la Historia tan imaginativo como Spengler había traspuesto o trasplantado al campo de la cultura esta expresión exótica aplicándola al momento naciente y bullicioso de las eras y de las personas, cuando la cultura no ha perdido aún el pelo de la dehesa, antes de sumergirse en la cloaca otoñal de la civilización (todas las hojas caídas producen podredumbre), cuando la cultura es cultivo o casi culto religioso.

Sin embargo, este año la primavera ha sido primavera para usted, para mí y hasta para los más hiperbóreos lectores del «Times». Abandonado Alicante, ignoro, don Severino Aznar, dónde se encuentra en este momento que tanto se alarga vesperalmente y que trae un fresco resuello de las edades embrionarias de la humanidad. Yo aprovecho este instante, que ha de ser fugitivo y transitorio, no como una nueva palingenesia, que tal debe ser el mito de la primavera y lo que sucede debajo de la superficie terrestre, entre los animales, las cosechas y las plantas; sino como una fe renovada en la amistad que contrajimos cuando éramos niños, al modo de piedras, aguas, cereales, crías y arbustos. Mientras esperaba la eclipsis primaveral he comprobado que mis viejos amigos siguen siendo mis mejores amigos, que los afectos se suceden y transforman, pero que hay afectos imperecederos y soterrados, pero que afloran y reverdecen cuando nuestra existencia está en peligro... Entonces contemplamos nuestro alrededor y sobre cuantos nos observan con las varias pasiones pendientes de sus rostros; están más compasivamente a nuestro lado quienes estuvieron durante nuestra niñez o nuestra juventud, porque se muere un poco con la muerte de sus amigos contemporáneos y la amistad coetánea acude en auxilio del menesteroso, como en el convocador grito unánime de: «¡A mí la Legión!».

No voy a citarle nombres de los amigos que acudieron así en la circunstancia menos feliz de la enfermedad, que era el cansancio que sienten los pueblos, los Estados, las civilizaciones, al traspasar el otoño; pero me ha conmovido su presencia y su retorno al recuerdo. Es muy difícil que estrenemos un corazón de vez en cuando, pero es más fácil que nuestro corazón ensanche sus venas y sus arterias con el tumulto ya no pánico, sino cristiano de la conversión de un alma que rejuvenece. Estoy como en este trance de magnífica voluntad, después de haber recuperado tan óptimos y tan veteranos amigos. A usted, que tanto sabe, don Severino Aznar, esté donde esté, aunque nunca en su lugar de descanso, sino firme y jovial, sapientísimo, le dirijo esta misiva de saludo a la primavera, en cuyo envío me he retrasado treinta días, hasta haber comprobado con irreprimible suspicacia que ha venido con toda su cohorte de brotes, hojas y amistades primaverales, que ha venido por fin, y sabiendo yo, los lectores del «Times» y usted, cómo ha sido.

¿No conoce aún la gran revista

POESIA ESPAÑOLA?

PIDA HOY MISMO UN EJEMPLAR DE MUESTRA

Redacción y Administración: Pinar, 5, Madrid

al periódico, bien entendido que al Estado esta facultad le pertenece solamente para ejercitarla en virtud de las exigencias del bien común.

E) Esta orientación del periódico, dentro de nuestra doctrina de la información, la realiza directamente la Empresa mediante el director que ella eligió y propuso libremente. La realiza indirectamente el Estado al aceptar el director que le propuso la Empresa, porque al cederle éste garantías morales y profesionales estima que, al igual que en el caso del médico, el catedrático o el maestro, no obstaculizará en el ejercicio de sus facultades directivas, antes al contrario, cooperará al mejor desenvolvimiento del bien común nacional.

F) Esta función orientadora le corresponde a la Empresa, entre otras razones, principalmente porque es una institución social y un servicio público «*sui generis*». Le corresponde también al Estado por ser el máximo custodio y el máximo responsable del bien común nacional y no sería procedente exigirle al Estado la responsabilidad de que un servicio público, aun como el de la Prensa, de naturaleza especial, cumpla positivamente sus deberes para con el bien común, si no se le conceden, al mismo tiempo, las facultades positivas que esta responsabilidad requiere de acuerdo con las circunstancias de lugar, tiempo y persona.

G) La expresión, «el director sometido al mando del Estado», ni una sola vez se encuentra en los discursos del señor Arias Salgado.

Nos parece evidente que en este esquema ideológico no es posible objetivamente encontrar la más mínima tendencia estatificadora o socializante. Para el doctor Herrera Oria, sin embargo, la palabra «mando» no es acertada, pues pudiera ofrecer cierta base a interpretaciones peligrosas, y propone que debiera utilizarse el término «vigilancia», sustitución en la que ya manifestó el señor Arias Salgado que no tenía el menor inconveniente, si se juzga que es útil o necesario ante la posibilidad de interpretaciones menos correctas de su pensamiento.

Aplaudimos el afán por la mayor precisión posible en el lenguaje y la depurada matización con que el Ministro explica su pensamiento en la segunda carta al prelado de Málaga aceptando como más propia y menos expuesta a interpretaciones socializantes la palabra «vigilancia», propuesta por el señor obispo. Pero permitásenos manifestar con toda sencillez al señor obispo y al señor Ministro que a alguien pudiera no alcanzársele tan fácilmente por qué es menos propia la palabra «mando». Podría argüir que Pío XI señala como las facultades más propias del Estado las de «dirigir, vigilar, urdir y castigar según los casos y las necesidades lo exijan», funciones y facultades que también corresponden a la autoridad, en orden al bien común, en materia de Prensa. Ahora bien; ¿qué es dirigir, vigilar, urdir y castigar, sino «mandar» dentro del ámbito del bien común? Aun tomada la palabra «mando» en su acepción castrense como más imperativa, está siempre limitada: nunca el jefe puede mandar, sino dentro de su ámbito específico. Por otra parte, el empleo de la palabra «mando», «mandar», es habitual y constante en los Romanos Pontífices al referirse a la autoridad civil y cuando hacen referencia precisamente al respeto, diligencia, fidelidad, lealtad y prontitud con que ha de obedecerse a los que gobiernan conforme a ley, los cuales han de ser considerados como «ministros de Dios» en el gobierno de la «res pública».

León XIII decía en su Enciclica «*Quod Apostolice muneris*»: «Los lazos de los príncipes y súbditos de tal manera se estrechan con sus mutuas obligaciones y derechos, según la doctrina y preceptos católicos, que templan la ambición de mandar, por un lado, y por otro, la razón de obedecer se hace fácil, firme y nobilísima.»

En la «*Diuernum*», decía: «Por lo que respecta al imperio o mando político, la Iglesia enseña rectamente que éste viene de Dios; pues ella misma lo encuentra claramente atestiguado en las Sagradas Letras y en los monumentos de

la antigüedad cristiana y además no puede escogitarse alguna doctrina que sea o más conveniente a la razón, o más conforme a la salud de los príncipes y de los pueblos. Cristo Señor Nuestro respondió al Presidente romano (autoridad subalterna y delegada; el paréntesis es nuestro) que se arrogaba la potestad de absolverle y de condenarle: «No tendrías poder alguno contra Mí si no se te hubiese dado desde arriba.» Cuyo lugar, explanándolo San Agustín, dice: «Aprendamos lo que dice, que es lo mismo que enseñó por el Apóstol: a saber: «que no hay potestad sino de Dios». A la doctrina y a los preceptos de Jesucristo correspondió la voz incorrupta de los Apóstoles como imagen a su original. Excelsa y llena de gravedad es esta sentencia de San Pablo a los romanos, sujetos al Imperio de los príncipes paganos: «No hay potestad sino de Dios»; de lo cual, como de una causa, deduce y concluye. «El príncipe es ministro de Dios.»

Aquellos por cuya autoridad es administrada la república deben obligar a los ciudadanos a la obediencia, de tal manera, que no obedecerles sea manifiesto pecado.»

En la Carta Encíclica que dirigió León XII a los obispos polacos, de fecha 19 de enero de 1894, leemos: En cuanto a los que están bajo la dependencia de la autoridad están obligados a observar y conservar constantemente respeto y fidelidad hacia los gobernantes, como hacia Dios, que ejerce su autoridad por medio de los hombres; deben obedecerles (no por temor al castigo solamente, sino también por conciencia); hacer por ellos «súplicas, oraciones, ruegos, acciones de gracias»; tienen obligación de respetar religiosamente el orden del Estado, de abstenerse de los complots de los hombres de desorden y de adherirse a sectas, de no cometer ningún acto sedicioso y de cooperar con todos sus medios al mantenimiento de la paz y de la justicia.»

En la «*Officio Sanctissimum*», del 22 de diciembre de 1877, dirigida a los obispos bávaros sobre las condiciones de la Iglesia de Baviera. «De ahí surgen, además, el género y modo de obediencia debida a los hombres colocados al frente de la potestad civil. Porque sus derechos, que nadie desconoce, deben ser respetados diligentemente por todos los ciudadanos, pero más diligentemente aún por los sacerdotes: «Dad al César lo que es del César.» Muy nobles y muy altos, en efecto, son los cargos que Dios, Soberano Señor, ha impuesto a los hombres revestidos del principado, para que gobernando conserven y acrecienten el Estado por medio de la sabiduría, la razón y la observancia completa de la justicia. Sea, pues, el clero diligente en el cumplimiento de sus deberes de ciudadano, no como esclavo, sino como súbdito respetuoso, por la religión y no por el miedo, de manera que sus miembros concilien una justa deferencia hacia la autoridad con su dignidad propia y se muestren a la vez ciudadanos y sacerdotes de Dios.»

También de la «*Diuernum*» son estos párrafos: «Por el contrario, las doctrinas inventadas por los modernos acerca de la potestad política han acarreado ya serios disgustos y es de temer que andando el tiempo nos arrastrarán a mayores males; negarse a considerar a Dios como fuente y origen de la potestad política es deslustrarla y enervarla al mismo tiempo; mientras que los que enseñan que la misma depende y procede del arbitrio de las muchedumbres vense, en primer lugar, vendidos por sus propias doctrinas, y, en segundo, dejan la soberanía sentada sobre cimientos demasiado endeble e inconsistentes, porque estas doctrinas, como otros tantos acicateos, estimulan las pasiones populares que se engrían y se insolentan precipitándose por fácil pendiente a los ciegos movimientos y abiertas sediciones, amenazando la vida de los mismos Estados. Lo cual se comprueba con lo que sucedió en el tiempo de la llamada Reforma, cuyos factores y cooperadores, socavando con la etiqueta de las nuevas doctrinas los cimientos de la sociedad civil y eclesiástica, suscitaron repetidos alborotos y osadas rebeliones principalmente en Alemania, y esto con tal ansia de guerra y de muerte,

hasta en los mismos hogares domésticos, que no quedó paraje libre de la ferocidad de las turbas. De aquella herejía nació en el siglo pasado el filosofismo, el llamado Derecho nuevo, la soberanía popular y, recientemente, una licencia incipiente e ignara que muchos califican sólo de libertad; todo lo cual ha traído esas plagas, que no lejos ejercen sus estragos, que se llaman comunismo, socialismo y nihilismo, tremendos monstruos de la sociedad civil, cuyos funerales parecen.»

De la «Inmortal Dei» son estas sentencias: «Con esto se logrará que la majestad del Poder esté acompañada de la reverencia honrosa que de buen grado le prestarán, como es deber suyo, los ciudadanos y, en efecto, una vez convencidos de que los gobernantes tienen su autoridad de Dios, están obligados en deber de justicia a obedecer a los príncipes, a honrarlos y obsequiarlos, a guardarles fe y lealtad, a la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer a sus padres.»

A la vista de estos testimonios y enseñanzas, ¿no podría alguien argüir que, si se habla con el debido rigor, la palabra «mando» es también adecuada en materia de Prensa y que la docilidad a la autoridad legítima obliga al periodista en cuanto periodista y no sólo en cuanto es simple ciudadano? ¿En qué se oponen objetivamente la cristiana docilidad y el mantenimiento de los verdaderos y auténticos derechos naturales y positivos de la persona humana?

En este comentario de hoy consideramos también conveniente adelantar que es un principio natural el derecho al juicio propio cuando este es recto, porque también es cierto que el derecho natural no ampara el juicio erróneo, el juicio equivocado o contrario a la verdad. El hombre, como persona, y la sociedad tienen derecho a la verdad, pero no al error, pues esto último supondría tanto como tener derecho a la desnaturalización y degradación de la altísima finalidad para cuya consecución fuimos dotados de inteligencia. Partiendo de este supuesto, ha de afirmarse que el derecho natural ampara y la ley positiva debe tutelar la divulgación del juicio recto y prudente, pero no la del imprudente, ni la divulgación de lo falso, ni la de lo verdaderamente peligroso para el bien justo particular o para el bien común nacional.

No decimos que en virtud de este principio pueda la Autoridad obligar a un individuo, a un periodista, a que con su nombre y firma exponga, como propio, lo que es contrario a su propio juicio. Hay una zona personal que no puede ser, en modo alguno, rebasada por ningún poder humano. De la recta administración de esa zona sólo hay y puede haber un responsable directo: el propio individuo, dotado por Dios de inteligencia y voluntad libre. Pero identificar esta zona específicamente personal e individual con la zona que le es propia a un órgano periodístico—verdadera institución social—, cuya acción necesariamente afecta a los intereses de la comunidad, es absolutamente inaceptable. Cuando así se procede se manipu-

la con un equivoco de muy graves consecuencias. Y éste es el equivoco puesto en circulación por la concepción liberal de la Prensa, cuyos resultados son bien conocidos. Sobre este equivoco descansa la actitud de quienes, consciente o inconscientemente, niegan a la Autoridad legítima todo derecho y todo procedimiento para orientar positivamente, dentro del ámbito del bien común, a la Prensa. Se llega, incluso, a admitir por algunos la consulta previa, porque admiten que la Autoridad debe evitar y hasta prevenir el mal que «por acción» la Prensa puede causar al bien común. Pero al negarle las facultades necesarias para que pueda urgir y hacer cumplir los deberes de orden positivo que la Prensa, como institución social, tiene y contra los que puede atentar «por omisión», inmovilizar de hecho a la Autoridad y la dejan en la práctica inerte ante los graves daños que con los «delitos de omisión» puede causar la Prensa al bien común. Hablaremos en otro comentario acerca del recurso que algunos otorgan a la Autoridad para disponer de un espacio obligatorio en los diarios y de las ventajas e inconvenientes de este sistema.

En resumen, quienes así piensan operan con un equivoco, que era preciso poner en claro. Cuando la Autoridad legítima orienta, el sujeto es el diario. No es el periodista, con su firma y su nombre, el que tal vez acepta y expone lo que no siente. Durante el actual régimen de Prensa jamás se obligó a escritor alguno a manifestar lo que no era conforme con su juicio. Se orientó a los diarios para que con libertad de criterio y redacción comentarán en editoriales temas de interés nacional, social o político. En este caso, quien habla es el periódico. Luego, en rigor, no se trata de limitar un derecho personal. Se trata, a lo sumo, de urgir la obligación de una institución social, de un servicio público. Y ya en este terreno, que es el verdadero y el más exacto, de lo que se trata realmente es de establecer una valoración y una jerarquización entre dos facultades y criterios en orden al mejor servicio del bien común y precisamente de dos instituciones—Prensa y Autoridad—que se deben por naturaleza a ese bien común. Parece evidente que en caso de colisión, la Autoridad, por su rango, por su natural independencia y superioridad, por su función de custodia máximo y responsable máximo del bien común, debe poseer la facultad discrecional suficiente para que se cumpla su suprema voluntad ordenadora, es decir, la facultad de evitar el mal que la «omisión» del periódico causaría al bien común nacional.

Alcanzar previamente este plano doctrinal era el propósito de este comentario, para examinar luego las facultades positivas que, en relación con la Prensa, han de reconocerse o negarse a la Autoridad. Estimamos que éste es el único punto de partida para enjuiciar con altura y congruencia doctrinal las mal llamadas «consignas», sobre las que seguiremos exponiendo nuestro criterio en el próximo número.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

SI DESEA CONOCER

**POESIA
ESPAÑOLA**

**LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS**

Don
que vive en
provincia de , calle
..... , núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



CUANDO todo el Imperio Romano aparece por la calle de don Gonzalo—la calle principal de Puentes Genil—un extenso escuadrón recorre la espalda de los habitantes. El orgullo de ser pontañense, la alegría y el gozo de participar en la contemplación de un desfile único en el mundo, obra el suceso.

—¡Viva el Imperio Romano! Y un batir de palmas, derramadas y entregadas, señala, con verdad, el acontecimiento.

Las procesiones de Semana Santa en Puentes Genil, el simpático pueblo cordobés situado en el límite de casi cuatro provincias, tienen un principal y acusado personaje en esta agrupación singular. Las figuras bíblicas, junto con él, completan el conjunto. Y de la conjunción de ellos resulta una glorificación plástica que nadie, ni pueblo ni provincia alguna, pueden presentar a la contemplación.

Ha empezado la Semana Santa. Estamos en el Jueves de Pasión. Para las siete de la tarde ha sido anunciada la procesión de la Vera Cruz. Ya han pasado las Cofradías, con el campanillero agitando la incesante campana, que no callará hasta su recogida, con los niños vestidos de cardenales que quemarán ricos perfumes en sus incensarios delante de Nuestro Señor Amarrado a la Columna y con los cofrades vestidos con largas túnicas y cubiertos con capirotos de tradicionales colores. Falta, pues, poco tiempo, el justo, para que el Imperio Romano comience su desfile.

Ya se escuchan, allá por el fondo, las notas firmes y seguras de una marcha nueva —la «Diana Temprana», del director del Conservatorio de Córdoba, don Joaquín Reyes Cabrera—, y al revolver la esquina, la escuadra de gastadores abre camino.

—¡Ya viene el Imperio Romano! ¡Viva el Imperio!

Los músicos, las centurias y los lanceros—capas amarillas, azules y verdes—desfilan con impre-

DE PASCUAS A RAMOS

PUENTE GENIL PREPARA YA LA PROXIMA SEMANA SANTA

¡VIVA EL IMPERIO ROMANO!

UN PUEBLO ALEGRE, RISUEÑO Y BULLICIOSO COMO UNA PANDERETA

EL TESORO DE SUS TRADICIONES Y SU LABORIOSIDAD



La figura enlutada es Barrabás, que con la Corporación de Los Ataos figura en los desfiles procesionales de la Semana Santa en Puentes Genil.—Arriba: Un momento del desfile del Imperio Romano

sionante marcialidad. Cubiertas sus caras con unos rostrillos de tela metálica, pintados por fuera, la mudez de sus facciones construidas les confiere todo el respeto, toda la fenomenal fuerza que proporciona la presencia de los siglos parados en el tiempo.

El Imperio Romano—un con-

junto de casi cincuenta hombres en línea vestidos a la usanza del tiempo, con ropas bordadas en oro y pedrería, de las cuales la más barata vale 15.000 pesetas bien gastadas—marchará, hasta la hora del Prendimiento, siempre de cara a la procesión. Ellos, simbolizando la búsqueda de los cen-



San Marcos Evangelista, una de las figuras bíblicas que toman parte en las procesiones



La Muerte descansa. Figura en la Corporación de las Pos-trimerías del Hombre

turiones del Imperio, que querían encontrar al Señor sentenciado, caminarán sin descanso, sin un momento de parada, al paso marcado por las rítmicas marchas de



El cuartel del Imperio Romano momentos antes de comenzar la cena del Jueves Santo

su propia banda, hasta que las calendas señalen el minuto del hallazgo. Entonces, el Señor estará muerto, y los flamantes penachos blancos que adornan sus cascos de reluciente oro de la tierra se habrán transformado en penachos de negras plumas de extrañas aves. El Imperio Romano, como la Cristiandad, aparecerá de huto y su marcha de soldados buscadores, de soldados cumplidores de una orden, habrá sido cambiada por el paso roto del tambor ronco y de la música fúnebre. Pero en la Resurrección aparecerán nuevamente el gozo, la alegría y el brío, y el Imperio Romano—el bravo Imperio Romano de Puente Genil—podrá mostrar firmemente recuperado el aire de su presencia única y de su victoria permanente.

—¡Viva el Imperio Romano!

UN HONOR JAMAS RECHAZADO

El Imperio Romano de Puente Genil no puede compararse con ninguna otra Corporación de latitud cualquiera, porque sus características son totalmente distintas y diferentes. Cincuenta hombres de todas las edades—ahí está su capitán, don Juan del Pino, con sus centuriones José Berral y Francisco del Pino, que entre los tres casi suman doscientos años—desfilan con el mismo ímpetu que el recién ingresado apenas salido de la mayoría de edad. Seis, siete días, veinte horas durará el desfile—un desfile con itinerario propio, no ajustado a dirección alguna, con la condición única, según el tiempo, de entrar en la procesión siempre de cara a las imágenes, en virtud de su condición de buscadores del Maestro Divino—, y ningún romano, de uniforme lujoso, de destacada presencia, sentirá desfallecimiento ni perderá la menor apostura en la formación clásica. Y los pontanenses podrán siempre, con justo merecimiento, corear el viejo grito de guerra:

—¡Viva el Imperio Romano!

Nadie más que los mismos componentes sostienen su Corporación. Cuando hay que celebrar Junta, cuando hay acuartelamiento—el cuartel es común también a las otras Corporaciones que representan las figuras bíblicas—, cuando hay comida y cuando es

necesaria la bebida para refrescar la sed, la despensa y la bodega están perfectamente llenas, porque antes cada miembro aportó su cuota, una cuota que alcanza a veces la cifra de más de 4.000 pesetas, y el manjar no falta y está presto en su punto exacto.

Pertenecer al Imperio es un honor jamás rechazado. De todas las partes de España, por muy alejado que un pontanense se encuentre si pertenece al Imperio y ha de desfilar, se encontrará en el momento preciso y a la hora de vestirse para iniciar el desfile. Este es, como el de otros, el caso de Francisco Moyano, ingeniero de Radio Nacional de España en Madrid; o el de Miguel Pérez Solano, director del Banco Central en Córdoba, el cual, estando en viaje de bodas, suspendió la ruta y se dirigió a Puente Genil, porque era Semana Santa y no podía faltar en el recorrido; o el del mismo Francisco del Pino, que, residiendo en Sevilla, sostiene una casa en Puente Genil con el exclusivo fin de poder venir con su familia en Semana Santa y formar parte del Imperio en sus salidas.

Nadie paga, pues, al Imperio. Ellos son recaudadores, administradores y contribuyentes. Puente Genil puede estar legítimamente orgulloso de ellos. Porque su presencia única y distinta, justifica todos los sacrificios. Y en los tiempos, ellos mismos se conocerán por su pertenencia. Por eso, por ejemplo, cuando alguien pregunte a un pontanense:

—¿Conocías a don Antonio Almera Campos, el director del Banco Central?

La respuesta habrá tenido una derivación única:

—Sí, era un imperialista acérrimo; un miembro del Imperio Romano.

Y él, como todos sus compañeros de Corporación, tendrá en su limpia historia como mejor blasón, la presencia en las filas de un Imperio que nació en Roma y que perduró, por los siglos, en Puente Genil, un pueblo de la provincia de Córdoba.

LOS APOSTOLES DESCANSAN SU FATIGA

Las Corporaciones formadas por las figuras bíblicas entroncan, junto con el Imperio Romano, todo el proceso tradicional de la Semana Santa en Puente Genil.

He aquí una gran afirmación: la Biblia está representada, a través de personajes que se mueven, que visten trajes de la época, que forman escenas y que recuerdan pasajes de la Escritura Sagrada, en todas las procesiones de Puente Genil. Cada Corporación es diferente respecto a las demás, y, desde luego, sin igual en parte alguna de la tierra. Y cada Corporación de figuras bíblicas es un pequeño mundo que vive durante las cincuenta y tres semanas del año la preparación de la semana más importante, de la semana más trascendental: de la Semana Santa.

En esta Semana Santa de 1955, las figuras bíblicas, como todos los años, han desfilado, y han recordado con su presencia motivada una Pasión y una doctrina leídas en el plástico lenguaje de unos personajes tangibles, presen-

tes y reales, encarnadores de un pensamiento y de una tradición inamovibles.

Más de treinta Corporaciones existen en Puente Genil. Una: la de los Apóstoles.

Es el Viernes Santo por la mañana. Nuestro Padre Jesús de Nazareno va en procesión por la calle de don Gonzalo. Dimas, Gestas y Barrabás, acompañados de dos sayones y de varios soldados romanos, pasan atados con cordeles. Filas de penitentes del pueblo de Puente Genil—hombres, mujeres y niños—alumbran, en virtud de promesa, a su Santo Patrono o a la Virgen de la Soledad, que, en magnífico paso, vendrá en la continuación.

La Corporación de los Apóstoles camina, con solemne andar, en la religiosa comitiva. Doce figuras majestuosas en fila, San Pedro y San Matías al frente, San Andrés en lo último, recuerdan la presencia de los discípulos del Maestro. Llevan varias horas de camino. Sin variar la posición de los atributos de su personalidad, las manos en la postura misma que iniciaron el recorrido, las figuras bíblicas de los Apóstoles adquieren una delimitada grandeza. La procesión se ha parado. Los doce Apóstoles se encuentran junto a la casa de don José María Reina. Y, saliéndose un momento de la procesión, han entrado a descansar en la casa del hombre que anteriormente les tenía reservado convite. Los Apóstoles se han sentado en el patio claro; se han quitado los rostrillos y han calmado su sed y su hambre. De rato en rato, una saeta cuartelera—saetas cantadas un verso por cada hermano—impregna de religiosidad honda el ambiente. La hermandad firme, la hermandad verdadera de todos sus componentes—signo general, por otra parte, en todas, en absolutamente todas las Corporaciones—preside impávidamente la reunión de amistad.

Allí está su presidente—don Rafael Moyano, que vive en Madrid—, y el más moderno—que es don Emilio Moreno, con sólo cuatro años de permanencia—, y el más antiguo—que es don Bernardino Solano Pérez, que cuenta setenta y cuatro años nada menos, dedicados íntegramente al mayor esplendor de su Corporación—, y allí está también don José Arévalo Molina, venido expresamente desde San Sebastián a vestir el «martirio» de San Juan.

—El mismo «martirio» que mi abuelo vistió durante treinta años y mi padre durante veintiocho. Yo llevo tres años hasta ahora; espero ganarles en el tiempo.

La Corporación se ha puesto en marcha nuevamente. Y ha tomado otra vez su sitio justo en la procesión. Van cubiertos los rostros, las figuras de los Apóstoles con paso solemne y porte majestuoso en el desfile. Desde condes a carboneros, sin distinción alguna, hombres de todas las posiciones han pertenecido y pertenecen a esta Corporación. Si alguien desea formar parte de ella—la misma que de cualquiera otra—ha de escribir una carta a su presidente, y luego, en Junta general, por medio de votación secreta, saldrá su nombre. Si un «tizón» man-

chó su firma, será rechazado; si no lo hubo, admitido. Entonces habrá comenzado el gran momento histórico de su propia vida.

UN «CUARTEL» EN CADA CIUDAD DE ESPAÑA

Por todas las partes de España, en un punto cualquiera, hay un grupo de pontonenses—o uno solo tal vez—que forman como un Consulado de Puente Genil en el «extranjero». Este es el caso de Córdoba. En la calle de Santa María de Gracia, en la taberna de La Paz, de la capital nombrada, se encuentra el permanente «cuartel» avanzado en el año de la Corporación de «El Fariseo, la Samaritana y la Mujer Adúltera».

Diecisiete o dieciocho miembros, casi todos residentes en la ciudad cordobesa forman la Corporación. Así, en cualquier domingo del año, reunidos sus componentes en el «cuartel» capitalino, puede escucharse una saeta cuartelera que diga, por ejemplo: «El agua se hizo más clara—y el cielo fué más azul—cuando la Samaritana—dió de beber a Jesús.»

Es ahora la noche del Jueves Santo al Viernes Santo. La procesión de la Vera Cruz no se ha recogido todavía. Pasa, frente a las imágenes, por una empinada calle, el Imperio Romano en su desfile brioso. Las figuras bíblicas ocupan, con solemnidad dinámica, su lugar exacto. El Fariseo, la Samaritana y la Mujer Adúltera se han parado en una esquina para refrescar el camino. El alpatana—muchacho que porta la cesta con las bebidas necesarias—les sigue por sí sus servicios fueran del momento. Los rostrillos del Fariseo, de la Samaritana y de la Mujer Adúltera se han levantado. Por detrás les cae la larga cabellera rizada y sedosa de las figuras femeninas. El turno correspondiente está vestido por don Calixto Doval, por don Mariano Jiménez Ruiz y por Walter Starkie, presidente honorario, este último, de la Corporación.

—¡Viva el Fariseo!

—¡Viva la Samaritana!

Ricardo Molina es el presidente—todos los años el cargo se elige por sorteo al igual que en las demás Corporaciones—de estos pontonenses que aman a su tierra desde la lejanía.



San Pedro, con un gallo vivo, está representado así en la Semana Santa de Puente Genil



La gran campana no cesa de tocar durante todo el recorrido de la procesión

El alpatana ha recogido su mercancía; las figuras han vuelto a su representar, y en el aire queda el puro sabor de lo trascrito en la Sagrada Escritura.



El encuentro de Jesús Nazareno y la Virgen en la procesión del Viernes Santo

UNA FILA DE HOMBRES ENLUTADOS EN LA MEDIANOCHE DEL JUEVES SANTO

Son ahora las once de la noche del Jueves Santo. La procesión aun no llegó a la calle de Don Gonzalo. Se encuentra, más bien, por la parte alta del pueblo. De la calle de Arcos ha salido una fila de catorce hombres vestidos con largos hábitos negros que se llaman rebates, y se han introducido, hombre tras hombre, en la iglesia. Han permanecido dentro como diez minutos, y luego han vuelto a salir en fila perfecta y han desaparecido calle arriba, esquina doblada. Es la Corporación de las Virtudes Cardinales que recorre las Iglesias y hace la visita a los sagrarios.

Delante de todos va el Hermano Mayor. Este año es Rafael Montilla, mecánico de ferrocarriles. El año pasado lo fué Lorenzo Estepa, dueño de una de las más importantes fábricas de carne de membrillo. El sorteo los designó; la Hermandad les confirió autoridad precisa.

La Corporación de las Virtudes Cardinales, en esta hora, no figura en la procesión. Junto con la Sibila de Cumas, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, permanecen todavía en la exposición de sus ropajes. Porque todas las Corporaciones, antes de desfilar en su puesto asignado, exponen el día anterior, en una habitación, los ornamentos y las variaciones habidas en los mismos. Unas, como las Virtudes, lo hacen en una habitación pequeña; otras, como el Imperio Romano, lo efectúan en el escenario del Teatro-Circo; depende del número de ropajes de sus componentes.

De rato en rato pasa otra larga fila de hombres enlutados. Quince, diez, ocho, veinticinco; los Evangelistas, las Virtudes Morales o los Dones del Espíritu Santo. En silencio impresionante renuevan su fe. En silencio impresionante continúan su caminar con el rito solemne que confieren

las creencias verdaderamente sentidas.

LA «VIEJA CUARESMA» DE SIETE «PATAS»

Una de las Instituciones más típicas de esta Semana Santa de Puente Genil está constituida por los «cuarteles» de las Corporaciones. Son los «cuarteles» habitacionales, casas o lugares donde las Corporaciones se reúnen, celebran sus Juntas, se visten, comen o cenan en los domingos del año o en las horas mediameritas de las procesiones.

Estamos ahora en el «cuartel» de las Autoridades Judaicas; en el «cuartel» de la Judea. Una larga mesa, junto a la cual se sientan cerca de treinta hermanos o invitados, llena el recinto. Por las paredes, retratos de antiguas Hermandades, de fundadores, de cuadros con los reglamentos y con las actas de las fundaciones. Toda una historia gráfica que cuenta varias decenas de años.

En el Viernes Santo es esta comida. Una comida presidida por don Rafael Cuenca y celebrada por los 21 hermanos pertenecientes a la Corporación. Allí está el benjamín, Gonzalo Campos, y el decano, Enrique Reina Salas, y los que más tarde se vestirán de centuriones y de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos. Hay saetas cuartereleras, vibrantes y melódicas. Y el grito comúnmente contestado:

—¡Viva la Judea!

—¡Viva!

A la derecha del presidente, el cuadro que en 1906 pintara Enrique Estrada; un cuadro que ha pasado a ser institución permanente en todas las Corporaciones de Puente Genil: la «Vieja Cuaresma» de siete «patas».

Cuando empieza la Cuaresma, en los siete domingos que dura, todos los miembros de las diferentes Corporaciones se reúnen en sus cuarteles respectivos y celebran una comida de hermandad; siete comidas de hermandad precisando el número. Al final de cada una de ellas, a la «Vieja Cuaresma» le es amputada una «pata». La «Vieja» tiene la falda abierta y por la hendidura le van desapareciendo, cada domingo una, las siete piernas que, colgando de hilos, posee. El último domingo de Cuaresma, es decir, el Domingo de Ramos, la última «pata» de la «Vieja Cuaresma» es despedida con cánticos, en medio de un himno solemne, como señal de que la Semana Santa y los correspondientes desfiles de la Corporación están ya junto a ella.

La vida de las Corporaciones se hace, durante todos los días del año y especialmente los domingos, en estos cuarteles singulares, inundados de tradición, de alegría y de hermandad verdadera. Comidas y bebidas de todo el año son pagadas por los propios hermanos. Luego, cuando llegan los días de las procesiones y las figuras han de salir a representar su papel, los hermanos se sienten satisfechos y alegres porque Puente

Genil también lo está. La presencia de las figuras en las procesiones—presencia grande, presencia magnífica—justifica el motivo. Y todos, verdaderamente, se honran con el acontecimiento.

EL GRAN DESFILE DE LA RESURRECCION

Ha llegado el Domingo de Resurrección. Pasada fué la diana del Viernes Santo; pasado fué el Encuentro a la vera del río, cuando Judas tira sus dineros al público; pasada fué la imagen de San Juan en procesión cuando las muchachas desde los balcones le tiran garbanzos y si alguno le acierta hay casamiento seguro en el año. Cambió el Imperio Romano sus penachos negros por los penachos blancos de la alegría y de la Resurrección; encerrado ha sido el Santo Entierro y pasados los picuruchos simbolizando los vicios del hombre, persistentes en la misma postura comenzada.

Ha resucitado el Señor y se celebra la procesión de todas las figuras bíblicas que van a rendir homenaje al Creador.

Desfila marcial el Imperio Romano; pasa la Judea, los Apóstoles, Judas desesperado con San Pedro y San Pablo—el gallo que lleva San Pedro, un gallo vivo, canta a voluntad del Apóstol y lleva ya tres años en el puesto de la Corporación—; pasan los nueve Profetas—entre ellos el señor Solano, humilde zapatero de Madrid, que ahorra durante los doce meses peseta a peseta el importe de su viaje para vestirse en la Corporación y no romper esta tradición sostenida desde hace cincuenta y tres años—, rematados por la lujosísima presencia del Rey David; vienen los Testigos Falsos y los Evangelistas y las Virtudes Teológicas; se inclina la Sibila de Cumas, y las Postrikerías con la Muerte, el Juicio, el Infierno y la Gloria; llega Longinos con su lazarillo y el Rey Salomón y Herodías con la cabeza de San Juan Bautista y Judit con la cabeza de Holofernes; se escuchan intensos y emocionados los gritos de rigor.

—¡Vivan los Apóstoles!

—¡Vivan las Virtudes!

—¡Vivan los Profetas!

Y se escuchan, también, los gritos paradójicos de aquellas Corporaciones que representan singulares motivos:

—¡Viva la Muerte!

—¡Viva el degüello!

—¡Vivan los Testigos Falsos!

Por la explanada, solemnes y llenas de majestad y de belleza, las figuras bíblicas van regresando a sus «cuarteles». Durante cinco días, desde el miércoles, las principales escenas y pasajes de la Biblia han tenido representación corpórea en las procesiones de Puente Genil. Los niños piensan ahora en su Semana Santa—una Semana Santa totalmente infantil, con los mismos pasos, el mismo Imperio y las mismas figuras en tamaño reducido que se celebra del 1 al 3 de mayo—, los mayores, orgullosamente, hablan de sus Corporaciones, de su Imperio; en los «cuarteles» se festeja la Resurrección; por toda la vega del río un diáfano ambiente



La Corporación de los Apóstoles descansando en el patio de una casa

de religiosidad sentida, de alegría purificadora remata la festividad. Puente Genil comienza, desde ahora, a preparar la Semana Santa del año que viene. Y aunque parezca imposible, la futura Semana Santa será una superación de la presente. He aquí un auténtico milagro de los hombres.

EL MEJOR ACEITE DEL MUNDO

Estamos ya en el martes de Pascua florida. Ayer, lunes, se comieron las «sobras» en los cuarteles y hoy, en un día magnífico de cordobesa primavera, los hombres y las mujeres de Puente Genil están dedicados con integridad a su trabajo diario. De la alegría que glorificara la Redención se ha pasado a este optimismo permanente que alumbró el trajinar de los pontanos. Porque las calles de Puente Genil son, ante todo, optimismo perenne, optimismo desbordado. Pasan los hombres en su quehacer; van y vienen las mujeres a la plaza, a la fábrica o a la vega; continúan los mozos y las muchachas su camino con dirección definida y en todos hay, como un denominador común hecho persona, la semblanza acusada del optimismo convencido.

Puente Genil trabaja. Y su trabajo está, en una parte, en el aceite. Tres millones y medio de kilogramos de aceite de oliva que suponen veinte millones de kilogramos de aceituna ingresados en las almazaras, obtienen las fábricas de Puente Genil.

Y como una cualquiera, tomada al azar, ahí está la almazara de Jesús Nazareno, propiedad de Manuel Reina Nogués, un hombre al que la estirpe le viene por la rama del olivo. Ya a don Emilio Reina, primero de la familia, le fué concedida en la Exposición de Barcelona de 1883 la Medalla de Oro y la Asociación Nacional de Olivareros de España adjudicó el título al aceite de Puente Genil de OPTIMI OLEI EMPORIUM. Don Emilio Reina fué el primer hombre que fabricó aceite fino. Era, en la comarca, el experto indiscutible en la materia. Una vez llegó una partida de aceite. Inspeccionando los tinacos, al llegar a uno, dijo:

—Ahí dentro hay un trozo de capacho.

—¿En qué lo habéis conocido?

—En el olor.

Cuando el tinaco hubo sido vaciado se encontró en su fondo un trozo de capacho. Emilio Reina era, verdaderamente, un especialista.

Del prensado de la aceituna queda un residuo, que es el orujo. Pero del orujo, por medio de un adecuado proceso, puede volver a obtenerse aceite comestible y, además, una serie de grasas y glicerinas que tienen aplicación en la industria jabonera con preferencia.

Una fábrica modelo en Puente Genil es La Casualidad, S. A. Por sus amplios patios puede verse el orujo dispuesto para el comienzo del proceso. Seis mil kilogramos de aceite terminado es la capacidad de producción diaria de las instalaciones de esta fábrica. En la obtención de este número hay un hombre que ocupa un puesto fundamental: el contra maestro.



Una bodega de Puente Genil; los vinos de la comarca gustan en todo el mundo

Pero el contra maestro de La Casualidad es una verdadera figura de la profesión; un hombre que, nacido en Puente Genil, sólo con su único y auténtico esfuerzo ha conseguido que, desde el modesto puesto de peón que ocupaba, casi a los catorce años de edad, al entrar en la fábrica, sea hoy el más experto conocedor de aceites de toda la comarca. La vida de Francisco Rivas López ha de ponerse como un digno ejemplo, como un modelo justo, para los muchachos y los hombres de todos los oficios y de todas las profesiones. Francisco Rivas López—cuarenta años en la fábrica—puede decir al instante, con sólo escuchar el ruido de la maquinaria, dónde se encuentra una imperfección o dónde se va a producir un fallo. Estudiando por sí sólo, día a día, hora a hora, este hombre apacible, modesto y bueno ha pasado a ser el conocimiento viviente más exacto en materia de aceite, de grasas y de glicerinas. Técnicos famosos, especialistas extranjeros, han sido vencidos—en una victoria del saber—por el conocimiento de este contra maestro sencillo que no encuentra dificultades en su trabajo diario:

—Lo más difícil es el análisis de glicerinas; lo demás, es fácil.

Francisco Rivas López puede ser, también, la representación de los hombres de Puente Genil que hacen el aceite. Unos hombres, además, consagrados con intensidad y con optimismo a su trabajo.

UN JARDIN FLORECIDO DE MEMBRILLOS

Puente Genil ha adquirido fama universal con su carne de membrillo. Por la Huerta de La Carraca y en la Isla del Obispo se cría el mejor membrillo del mundo entero. Ahora que es primavera los membrillos florecidos ponen una presencia de jardín de cuento de hadas y una esencia natural de perfumería. Quince millones de kilogramos de carne de membrillo y de jalea, por un valor de doscientos millones de pesetas, salen, envasados y enlatados, de las fábricas de Puente Genil.



Visitamos una refinería de aceite, típica industria pontanense

Una de estas fábricas es la de San Lorenzo. En plena temporada del membrillo pueden verse más de trescientas mujeres, tocadas sus cabezas con blancos gorros preservadores, elaborando la carne de la fruta recién cosechada. Cincuenta kilogramos de azúcar y cincuenta de membrillos es la fórmula. Luego, hay que hacer la cocción. Pero dar el punto verdadero, es un secreto exclusivo de los maestros pontanenses que cuecen el membrillo.

Este es el secreto de Pascual Rejano Palos, maestro de la fábrica. Este es el secreto de todos los maestros membrilleros de Puente Genil. Un secreto que no ha podido ser averiguado ni por las máquinas más potentes, ni por los estudios más profundos ni por los proyectos más audazmente diseñados.

Inglaterra es la principal consumidora de la carne de membrillo.



llo de Puente Genil. Y también América del Sur. De aquí, Cuba se lleva la primacía.

Si hubiera, pues, que tomar como prototipo de una familia dedicada casi exclusivamente a esta industria, tomaríamos a la familia Estepa. El padre, Lorenzo Estepa Aguilar, es el dueño; todos los hijos intervienen en la producción y de ellos, Antonio es, sin duda, el más especializado. Decir especialista en la fabricación de carne de membrillo equivale a decir primer especialista universal. Cualquiera maestro pontonense que conoce el secreto de fabricación puede, con entera justicia, usar dignamente del título. Un título honroso, pues está obtenido con el mejor de los esfuerzos: con el esfuerzo del trabajo.

UN VINO QUE HACE HABLAR A LOS MUDOS

Pero la industria de Puente Genil no acaba en el aceite ni en el membrillo. Aquí está, también, el vino. Los vinos de Moriles y Montilla, finos pálidos, de quince grados y medio a diecisiete—la cepa fundamental es Pedro Ximénez—, la fermentación de los mostos en grandes conos de barro, la crianza en botas, en el sistema de «ariaderas» y «soleras», tiene su importante sede en Puente Genil. Y por la importancia del residente puede deducirse la importancia de la residencia. Una residencia: las bodegas Delgado Hermanos, Sociedad Limitada.

—Un vino que hace hablar a los mudos es el vino que se llama «león».

Estas son palabras de Manuel Delgado, su dueño. Y el nombre del vino es Fino Extra Oloroso. Mil ochocientas botas pueden contarse en esta bodega pontonense; botas que guardan vino, como el Faraón, de hace más de doscientos años; botas que costaron, en los principios, cinco escasos duros y cuyo valor hoy no baja de las tres mil pesetas.

Los vinos finos de Moriles y Montilla van, desde estas bodegas, a Inglaterra y a los Estados Unidos. Puente Genil envía, de

esta manera, otro tipo de empaquetadas a todas las tierras del mundo.

Luego están las industrias químicas—como Foret, S. A.—y las industrias del caramelo—como la fábrica más antigua de la provincia, la de José Estrada Santos, con su especialidad única de bolas de nieve, el caramelo más duro del mundo, del cual vende al año cuarenta millones de unidades—y las industrias harineras—como La Alianza, que ya existía antes de que tuviera vida actual el Registro de la Propiedad—y las industrias de la construcción y cerámica, que llegan a vender la inmejorable calidad de sus productos en una circunferencia de quinientos kilómetros de radio.

Esta es la otra personalidad de Puente Genil: la personalidad del trabajo. Junto a la singularidad de la festividad religiosa, la normalidad del laborar diario. Una magnífica compañía, orgullo de sus hombres.

LA MUSICA Y LA POESIA, AFICIONES PRIMARIAS

No estaría completa esta visión de Puente Genil si no mencionásemos dos características importantes y seguras de sus vecinos: la positiva afición a la música y la positiva afición a la poesía. El buen signo tiene ancha cabida en los resultados.

Un hombre hay bajo el cual crece la música: el director de la Banda Municipal, maestro Germán Sanchis Morell. La más pura biografía romántica está encarnada con el sucedido auténtico, en la persona del maestro Sanchis Morell.

Germán Sanchis Morell ha sido uno de nuestros más famosos violinistas. Tres veces preparado para asistir al Premio Internacional de Violín que se celebraba en París, vió cortados e impedidos sus deseos por tres guerras que comenzaron en el momento justo en que se disponía a marchar.

Hoy, el maestro Morell dirige, retirado por una promesa del concierto de violín en público, la

Banda Municipal de Puente Genil. Una escuela de veinte jóvenes aprendices es el centro que proporcionará nuevos músicos cuando la edad venza a los actuales. Las enseñanzas de su director harán posible la sustitución adecuada. Porque la enseñanza proviene de un hombre inmejorable, compositor de diez estudios inéditos de violín—dos de ellos totalmente terminados—cuyo violín un «Giarnerius» del siglo XVI—dió conciertos en las mejores salas de España.

Hijos del pueblo son José Baena Rivas—empleado del Ayuntamiento y bajo de la Banda Municipal— y José Baena González—hijo del anterior, de diecisiete años, pianista futuro famoso—. Este es un ejemplo, como otros más de una buena familia musical.

Grandes poetas hubo en Puente Genil—Manuel Reina es el primero—. Grandes poetas y numerosos hay en la actualidad. Ahí están los nombres de Ricardo Molina—Premio Nacional—, de José Manuel Losada Antibón, de José Cabello Cabello, de Joaquín González Estrada, de Alfonso Solano Quero, de Juan Soca, de Miguel Cáceres Cabello, de tantos y tantos que hacen que en Puente Genil la vida literaria—su principal mantenedor, José Arroyo Morillo, un hombre integral— conserve un magnífico y álgido momento constante.

Así es Puente Genil. Un pueblo alegre, risueño y bullicioso como una pandereta, que tiene un gran tesoro: su Semana Santa; que trabaja en su industria con optimismo y tesón; que puede construirse su Instituto Laboral aportando cada uno su proporcional parte—los obreros todos, por ejemplo, dieron seis días de jornal que les fueron descontados mediante letras—y que guarda para las artes del espíritu el mejor de los espíritus: la gran fuerza de la paz y de la buena voluntad.

José MARIA DELEYTO
(Enviado especial)

Fotografías de Mora.

FRAY LEON
VILLUENDAS,
OBISPO DE
TERUEL



HUMILDAD Y FRANCISCANISMO
EN EL PRELADO DE SAYAL

TERUEL, hasta cuando está nevado y da la mínima en una forma que casi puede llamarse acostumbrada, tiene siempre el calor humano de una pequeña gran ciudad que en cuanto a cordial y acogedora da siempre la máxima en esta clase de temperaturas entrañables.

Templada en fuertes cualidades de hospitalaria, Teruel es una población de temple, lo que no le impide tener un cierto toque de suavidad dentro de lo que pudiera parecer una cierta dureza de contorno. Lugar de «fortitudo», de fortaleza, ese de la ciudad de Teruel donde la jota adquiere su más altivo aire de desafío. Ciudad que no se amilana sino que siempre se crece en las dificultades. En ella hasta parece que cuanto más desciende la pequeña columna termométrica más



He aquí dos aspectos del excelentísimo señor obispo de Teruel. En la foto inferior, fray León en sus tiempos de misionero en Tierra Santa

van para arriba las escalinatas y torres mudéjares y se afirman en su solidez altiva las columnas y los arcos. Cuando el tiempo arrecia, hasta el pequeño toro estagirita, el torico bravo que simboliza a la ciudad, parece que se afirma en el minúsculo redondel de su columna. Y es que Teruel es tan propensa a la fortaleza que hasta, en las dificultades se hace bravo un torico pequeñísimo y lactante.

Cuando es necesario, la población turolense sabe hacer argamasa de sus propios escombros para levantar otra vez, a lo Ave Fénix, de su misma ruina soberbios edificios como no los tuvo antes al servicio de la colectividad.

Plazas de nueva planta con grandes edificaciones comunales; jardines y farolas plantadas



Arriba: Fray León, acompañado del señor Ibáñez Martín y otras autoridades, en un acto oficial.—Abajo: El obispo de Teruel en Albarracín, durante un reparto de alimentos a las clases humildes

de poco; puentes nuevos sobre el río Turia; un gran sanatorio en la montaña; la mole impresionante del Seminario nuevo sobre los cimientos del que sirvió hasta el fin al heroísmo religioso y castrense hasta inmolarse; la catedral reconstruida, la ciudad rehecha.

Si alguien pudo creer que Teruel no levantaría cabeza, que no tendría cabezonería bastante para alzarse otra vez y mucho más bella que antes, ahí está la prueba monumental de lo que en la población turolense se ha hecho

en un triple salto de tres lustros.

ESE «FRAILE DE LA CUERDA»

Cuando el sucesor del padre Polanco en la mitra de Teruel, fray León Villuendas Polo, O. F. M., hizo su entrada en la diócesis el 5 de noviembre de 1944. el nuevo Seminario turculense no se había empezado a reconstruir, la catedral arreglabá su precioso artesonado y no tenía la calefacción imprescindible ni el nuevo órgano.

Además de la reconstrucción material hacía falta el bálsamo del espíritu en una diócesis que con toda su fortaleza de ánimo no dejaba de estar conmocionada. Bálsamo del espíritu sobre las tierras turolenses en las que —en Torrijo del Campo— nació un día fray León Villuendas, obispo de Teruel.

El señor obispo de Teruel es un «fraile de la cuerda», un hijo y seguidor del seráfico de Asís, lo cual es garantía de sencillez y humildad franciscana en ese obispo de sayal que parece un fraile menor elevado al rango del Episcopado.

Fray León Villuendas profesa la orden franciscana en 1902 en Santo Espíritu del Monte Gillet, noviciado de la provincia seráfica de Valencia. Ordenado sacerdote en 1910 es enviado a Roma donde se especializa en estudios bíblicos. Obtenido, en 1913, el título de lector general (equivalente a un doctorado) de Sagrada Escritura, vuelve a España donde en los conventos de la provincia franciscana de Valencia explica la cátedra de Sagradas Escrituras. En 1920 es llamado a Roma para desempeñar la misma cátedra sagrada en el Ateneo Pontificio Antoniano del que más tarde será director hasta 1930.

En un continuo ascenso dentro de la Orden se le envía a Tierra Santa para hacerse cargo de la Prefectura del Instituto Bíblico Franciscano. En Palestina se le nombra después presidente del Instituto Bíblico Franciscano, guardián de Nazaret, morador y presidente del Santo Sepulcro y, más tarde, procurador general de Tierra Santa.

Cuando, en 1939, se celebra en Asís el Capítulo General de la Orden franciscana, fray León Villuendas es elegido definidor general de la Orden para la lengua española y presidente del Ateneo Pontificio Antoniano de Roma.

En el ejercicio de su cargo de consejero general de la Orden franciscana, fray León Villuendas hace visitas canónicas a varias provincias seráficas e inspecciona oficiosamente los establecimientos franciscanos de la zona jalfiana de Marruecos.

Durante el desempeño del cargo de delegado general de la Orden en España es nombrado obispo de Teruel y administrador apostólico de Albarracín. La consagración se celebra el 16 de julio de 1944 en San Francisco el Grande, de Madrid.

Si importante es la labor investigadora del actual obispo de la diócesis turolense, especialmente en lo que se refiere a estudios bíblicos, no lo es menos su tarea de divulgación en el libro y en el periódico.

A la importante bibliografía de fray León Villuendas hay que añadir sus colecciones de artículos aparecidos en la Prensa entre los que se encuentran sus colaboraciones en EL ESPAÑOL. Además de escribir en otros periódicos, fray León Villuendas tiene en el diario «Lucha» de Teruel una sección fija que se titula «La voz del prelado» en la que, de una manera habitual, comenta sus directrices doctrinales con estilo ágil y periodístico.

LA BARBA POR LA SONRISA

—¿De EL ESPAÑOL? Ven cuando quiera.

Nos contesta al otro lado del hilo telefónico el canónico arcediano ilustrísimo señor don Tomás Maicas Asensio, familiar del obispo de Teruel.

Y a palacio nos vamos ensuguida por un recorrido urbano cuya belleza aumenta, todavía más, una nieve rezagada.

«Pro Christo legatione fungimur» es el lema del escudo que vemos en la escalinata de entrada. En el centro de los dibujos heráldicos, un cuartel con los brazos cruzados de la hermandad franciscana.

La galería está adornada con cuadros antiguos. Damos una vuelta por esa valiosa pinacoteca episcopal, en la que en cuadros y retablos se nos muestra todo un tesoro sacro.

Después, una pequeña antecala y fray León Villuendas Polo, O. F. M., obispo de Teruel, nos recibe en su despacho. La cruz pectoral sobre la sotana color marrón.

—«¿Qué queréis averiguar? Soy creyente».

Nos dice riendo el señor obispo. Pronto sabremos algo más de esa sonrisa habitual con la que fray León Villuendas muestra su campechanía de humanista místico, de erudito que vive al día los problemas espirituales del mundo en un esfuerzo apotóxico por remediar la dolencia del siglo. Sabremos algo más de esa sonrisa que hasta se insinúa para acompañar a la bendición.

Un ventanal da a una plaza silenciosa del barrio catedralicio donde el «tú eres Piedra» parece estar escrito en una caligrafía de torres y de arcadas y hasta que, de vez en cuando, suena en el bronce de las campanas como el eco de una voz eterna que recuerda el momento fundacional de la más asombrosa institución humano-divina.

Fray León nos invita a sentarnos en su despacho. Un despacho amplio como la cordialidad de su morador y como la sencillez de su operario mitrado.

Estamos ante el señor obispo de Teruel y administrador apostólico de Albarracín y algo confusos por la ausencia de todo protocolo, empaque y solemnidad como si en vez de en un palacio nos halláramos en una cueva de anacoreta; en un recinto de austero franciscanismo.

Sobre un armario-archivo está la bandera nacional junto a un retrato del Generalísimo. En las paredes hay títulos, diplomas y un Crucifijo. Bajo el cristal de la mesa de despacho, una gran

fotografía de un misionero con barba larguísima. Es fray León Villuendas en sus tiempos de guardián de Nazaret, presidente del Santo Sepulcro y procurador general de Tierra Santa. Hoy no lleva barba ni vive en las semidesérticas y reverenciales tierras bíblicas sino en esa ciudad turolense, que ahora vemos con algunas canas de la última nevada. También hay un poco de nieve en el pelo de fray León.

—«Soy un obispo viejo»—nos dice.

Pero tiene el espíritu joven y es fuerte, más bien de baja estatura, pero de complexión robusta. Un inconfundible tipo de hombre español.

LLEGA UN REGALO DE CHINA

Resulta difícil analizar, como en un tubo de ensayo, las cualidades temperamentales pero nos parece que la campechanía de fray León Villuendas es como una mezcla de la mejor humildad, el franciscanismo, y el más sano buen humor misionero. Humildad y llaneza que sienta muy bien en un obispo de sayal.

Nos habla de los avances urbanísticos, de la reconstrucción de los edificios turolenses; de problemas de párrocos y de soluciones viables para comunicar mejor las parroquias de su diócesis y administración apostólica de Albarracín; del nuevo Seminario, de las bellezas de la catedral, del proyectado monumento a su antecesor el obispo Polanco... y nos muestra un regalo que le ha traído un misionero procedente del otro lado del «telón de bambú». Es un colmillo de elefante cincelado de pagodas llenas de figuritas y escenas chinas tan detalladas y pacientemente hay que llevarlas a la vista una a una como el arroz con palillos.

Dejamos ese colmillo, tallado en una hilera de conchas de marfil historiado, sobre la mesa y se balancea como un palanquín que mueve, a la vez, a todo el conjunto de personajes chinos casi microscópicos, las filas de servidores, los elefantes y cochecitos, los tejados retorcidos de los templos, los puentes y jardines de cincel hasta llegar al pequeño mandarín que se balancea también al mismo ritmo que sus subordinados. Es como un pequeño mundo obsesionante, ese marfil que se mueve sobre la mesa de despacho.

Le pregunto sobre las influencias directas en su vocación sacerdotal y misionera.

—Si yo he sido franciscano se lo debo, después de Dios, al entonces maestro de mi pueblo don Manuel Casas, turolense de vasta cultura y profundamente religioso. Fué él quien me inclinó y encaminó a la Orden franciscana.

—¿Cuáles son los recuerdos más agradables de su infancia y años de prenoviciado?

—Los de Torrijo del Campo, mi pueblo; la parte que tomé en una representación teatral cuando tenía siete años; el día de mi primera comunión; la agri-dulce despedida al dejar el pueblo y la familia. A los trece años...

—En la vida hay siempre momentos agradables y otros ama-

gos, ¿cuáles fueron las mejores satisfacciones espirituales de su estancia en Tierra Santa?

—Para contestar a esta pregunta necesitaría un buen rato. Recuerdo, en este momento, la celebración de la misa en el Santo Sepulcro y en el Monte Calvario durante los dos años de servicio en la Basílica del Santo Sepulcro; mis tres años de guardián de Nazaret, donde se encarnó y vivió treinta años Jesús; mis viajes por Egipto, Siria y el Líbano, en mi oficio de procurador general de Tierra Santa. Recuerdo siempre con emoción las misas celebradas en Nachebuena en el mismo lugar del nacimiento del Divino Niño.

ATENCION SOBRE TIERRA SANTA

—Como buen conocedor de los problemas de Palestina ¿ve algún peligro para la seguridad de los Santos Lugares en el conflicto latente entre árabes e israelitas?

—Sigo esos conflictos con mucha pena. No olvidaré nunca lo que, siendo guardián de Nazaret, el año 1935, vi. Unos judíos inmigrantes hablaban en alemán y uno de ellos decía: Se acerca el tiempo en que este santuario y otros lugares dedicados al falso Mesías (a Jesucristo), serán destruidos.

—¿Es completamente deseable una hipotética internacionalización de los Santos Lugares o cree V. E. que ello perjudicaría, de algún modo, los seculares derechos de los franciscanos como custodios del Santo Sepulcro?

—Sí. Es deseable la internacionalización, como repetidas veces ha expuesto el Santo Padre. Claro que esto no perjudicaría los derechos siete veces seculares de los padres franciscanos. La internacionalización se referiría sólo a la administración civil de los Santos Lugares.

HEROISMO «CERCA DEL CIELO»

—¿Cree V. E. que han sido superados los más acuciantes problemas de la diócesis de Teruel y Administración Apostólica de Albarracín?

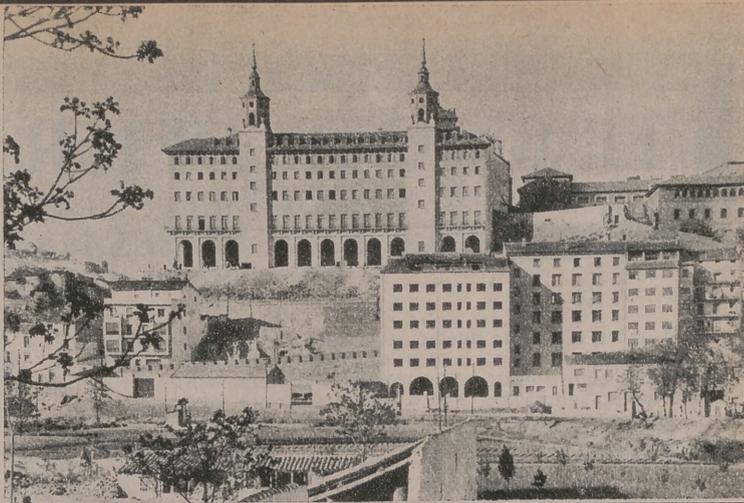
—En efecto, los principales ya han sido superados. Entre ellos está la reconstrucción material que, al menos en su parte principal, puede considerarse lograda. Pero quedan todavía otros problemas como el de la escasez de sacerdotes, que nos obliga, con gran pena, a tener unos treinta pueblos sin sacerdote. Nos consuela, sin embargo, los muchos seminaristas que se preparan para el sacerdocio.

—¿Ha visto el señor obispo de Teruel la película «Cerca del cielo»? ¿Qué opina de esa producción cinematográfica?

—La he visto dos veces. En cuanto a la técnica de esa película declarada de interés nacional nada puedo decir, porque no es mi campo. Pero he gozado al contemplar el heroísmo del protagonista, mi antecesor, excelentísimo padre Polanco, modelo de prelados, que se sacrificó por el rebaño que Dios le ha confiado y que no duda en dar su vida por Dios y por la Patria.

Su proceso de beatificación hace algunos años que está en Roma.

—¿Tiene alguna noticia que



Un vista del Seminario Conciliar de Teruel, obra predilecta del señor obispo

darnos sobre los próximos actos centenarios de los «Amantes de Teruel»?

—No es asunto que cae bajo mi jurisdicción. Me consta, no obstante, que algo se prepara en las fiestas centenarias para reivindicar la historicidad de los mismos.

«SOY DESCENDIENTE DE LABRADORES»

—Si tuviera V. E. que escoger entre la investigación bíblica y los estudios de temas sociales ¿con cuáles se quedaría?

—A un prelado, ya anciano como yo, le sería difícil dedicarse a estudios serios de investigación. De poder hacerlo, me dedicaría con preferencia a la investigación bíblica, porque en estos estudios me especialicé en Roma, y de ellos tengo aún tres clases semanales en el Seminario.

—¿Cuál es la más corriente jornada de trabajo del señor obispo?

—En general, le diré que desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, ocupo esas cuatro horas además de las comidas y media hora de recreación, en las cosas espirituales, misa, meditación, rezos del oficio divino y del rosario, en leer, escribir, despachar los asuntos de la diócesis y en recibir a cuantos piden audiencia, como a usted hoy.

—Y entre todos los pasatiempos y descansos lícitos ¿cuál es el predilecto del señor obispo? ¿La lectura? ¿La radio?

—La radio no me interesa tanto como la lectura, ya que lo que ella dice lo leo al día siguiente en la Prensa. Me encanta, por

el contrario, la lectura de libros serios, de revistas de estudio y religiosas. Prefiero leer muchas horas a pasear un rato.

Después nuestro ilustre interlocutor nos dice que su despacho no está demasiado regulado por el horario, que aunque hay horas de audiencia no puede tenerse una demasiada rigidez, especialmente para con los párrocos de los pueblos de menor fácil comunicación. «Que vengan cuando quieran. Las puertas del despacho del prelado están siempre abiertas para ellos».

La sencillez del obispo turolense se nos manifiesta, una vez más, al referirnos una anécdota final. Cuando fué nombrado obispo tuvo que preocuparse en el dibujo de su escudo episcopal. Pensó los distintos motivos que debían figurar y el trabajo fué encargado a un especialista en heráldica. En Madrid y en el despacho de aquel especialista se comenzaron a buscar raíces nobiliarias al apellido Villuendas, pero fray León avisó de que todo antecedente de vieja aristocracia de la sangre no podía referirse muy directamente a su árbol genealógico, porque «soy descendiente directo de labradores. No busquen más».

El obispo de sayal nos acompaña con su bondadosa sonrisa hasta la puerta y al besar el anillo de esa mano que bendice sentimos toda la fuerza, el inmenso poder, la grandiosa e incommensurable grandeza de esa virtud antigua que se encierra en el franciscanismo del pobrecito de Asís.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)



Aquí vemos a fray León en su época de misionero, rodeado de beduinos

EL BIGOTE, DETERMINANTE

LUIS BERESALUCE

EL hombre es lo que queda detrás del bigote. ¿Se ha intentado alguna vez una grafología del bigote? El bigote es el único rasgo fisonómico absolutamente voluntario. Se es calvo, cejijunto, bizco o moreno por inevitables designios de la naturaleza. Se lleva bigote, o, mejor, este o aquel tipo de bigote, por razones mucho más atractivas y directas para una explicación del fenómeno de la personalidad.

No hace mucho Errol Flynn, un Adonis profesional, confesaba a un periodista que permitía el crecimiento de su bigote con el fin de disimular la debilidad de su labio superior. ¿Hay siempre una razón de esta o cualquiera otra índole en el hecho de que los hombres luzcan al sur de sus narices la brevedad o abundancia de esa pilosa frivolidad que llamamos bigote? Por lo pronto nos es dado observar cierta correspondencia entre cada bigote y el personal talante de su titular.

El Káiser y Nietzsche tienen los mismos bigotes de verdulero de opereta. El Canciller de Hierro coincide también en materia de bigote con el pobre loco genial que propugnaba una sociedad de hombres férreos. Como Stalin, que quería decir, «hombre de acero». No en balde se trata de un bigote que se diría hecho de limaduras. Como Einstein, que pese a su fachita de zapatero remendón de buhardilla es el primer hijo de Adán con cerebro metálico. Como el mariscal rojo Budiény. Se trata de un bigote emplazado sobre la boca como una escoba de barrendero. Con un bigote así ante el brocal de las palabras, el taco saldrá filtrado, se trocará en cortésia. ¿Qué duda cabe que a Castelar le salía tan repulida y limpia la oratoria porque tenía uno de estos bigotes escoba colocado en la salida de la voz? Es también el bigote de Francisco José y del general Foch. Un bigote, en fin, para hombres destinados a tener estatuas... de hierro. Un bigote de hombres energicos, severos e inflexibles; de hombres obligados con el deber fundamental y primerísimo de la seriedad. Un bigote con el que no se puede ser irónico. El bigote, casi, de la iracundia.

El de Dalí es un bigote impertinente. Dalí es la exposición ambulante de un bigote, el sostén físico de algo tan tonto como una sucesión engominada de pelos. Irrita el raro misterio de su asqueroso equilibrio. Fastidia polarizar en sus antenas el truco fabuloso de una personalidad. Allá adentro, en lo subconsciente, nos apetece coger a Dalí por los inverosímiles cuernos de su bigote y retorcerle el cuello en un alarde olímpico... Dalí es el fondo fisiológico de un bigote, el telón

personal, la decoración humana de un bigote ascendido a protagonista.

La timidez tiene también su bigote. Es el bigote de Hitler, de De Gaulle, de Charlot, de Schumann. Una variedad de bigote con cierto aire de derivación hacia el ridículo. Un alivio en Hitler, un contrasentido en De Gaulle, un acierto en Charlot. En la cabeza excesivamente redonda de Hitler representaba un desahogo el breve oasis de rectas de aquel bigotito cuadrado como una pequeña cruz gamada... A la sombra de las descomunales narices del general de la resistencia, un bigote de este porte parece una tilde humorística, una broma de los amigos al amparo del sueño. Para Charlot es simplemente un instrumento de trabajo. Charlot vence, a base de comicidad en el bigote, el «hándicap» de una cara con demasiada inteligencia y nobleza para hacer reír.

El bigote va con el carácter, casa con el tipo fisonómico del sujeto portador. Nadie podría imaginarse a Stalin con el sutil bigote—bigote de diplomático—de Molotov, ni a Molotov con la escoba de dinamitero de Stalin. Ni al Duce (aquella formidable testa patricia, sin pelo, en la que el cerebro parecía transparentarse) con bigote, con cualquier clase de bigote. En la imperial austeridad del rostro de Mussolini habría supuesto una traición la breve zona verde de un bigote. Sería como instalar un macizo de flores, un trocito de Versalles, en la sobria grandeza de un estadio.

El de Cervantes es un bigote triste, lacio, caído. El de Quevedo, antecedente inmediato del bigote de Muñoz Seca, es el mostacho de la ironía y la broma. Se le rizan las puntas como en la pirueta de una chanza. Lope tiene el bigote de la seguridad social, de la firmeza en el éxito. Velázquez tiene el bigote de maestro Serrano, el bigote del buen padre de familia... Felipe II tiene uno de esos bigotes que parece que no se tienen, como el de su padre, el Gran Carlos... Los Austrias tienen bigotes más desdibujados que los Borbones...

Goya, el sordo inmenso, como Mussolini, sin bigote. Para Goya, si se decide, habría sido el campeón de los bigotes de una vez. Pero no le dió la gana. E hizo, probablemente, bien.

En general la política ha estado íntimamente ligada al bigote. Se ha podido siempre hablar del bigote como determinante histórico. Ayer mismo, con Hitler, Stalin, Chamberlain, Pétain... Hoy los hombres que rigen el mundo forman en la orilla del rasurado total. Con Stalin, Attlee, Acheson, se licenció la última quinta de bigotudos históricos.



Ya todo ha pasado... con

CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR Y TONIFICA LOS NERVIOS

C.S. 12898

CAZADORES CATALANES EN EL AFRICA ECUATORIAL

Para cazar al león, lo mejor es salir del campamento antes de que amanezca. He aquí a Oriol con el león cazado en Tanganica

Don José María Oriol, un orfebre del paseo de Gracia, inauguró en Barcelona el año 1936 con su expedición a Tanganica, la moda y la aventura del «safari». La cacería duró tres meses. Le acompañaba un amigo catalán, José María Blanc, y eran guías de la expedición el mayor Anderson, que durante la misma cayó enfermo con las fiebres y a quien dos negros tenían que transportar en una hamaca, y Fritz Malewky.

Don José María Oriol me ha recibido en una sala de su casa del paseo de Gracia con las paredes engalanadas por los trofeos de sus cacerías. En el centro, la cabeza de un león. Con una mirada apacible, llena de tristeza. «Lo maté una madrugada. Hacía las cuatro. No tuvo tiempo de encolerizarse. Alzó un momento la cabeza. Nos husmeaba... Pero cayó en seguida.» «Además — continúa —, cuando no se sienten hostigados, o no están heridos, son pacíficos.»

Oriol y su compañero partieron de Barcelona, hicieron escala en Marsella, en Egipto, en Aden. Y desembarcaron en Mombasa. Oriol publicó un libro sobre su «safari» en Tanganica. Y bien pronto, después de la guerra de Liberación, empezó a tener imitadores.

TRES CATALANES EN EL AFRICA ECUATORIAL FRANCESA

Por la misma época, un joven de Barcelona que había soñado portentosas cacerías, obtenía un cargo en una empresa de Bata, con la intención de dedicarse a cazar. Pero fué tanto el trabajo que tuvo durante los primeros años, que hubo de contentarse con disparar contra los faisanes o las palomas. El año 1939 se independizó, se dedicó al comercio de cacao, café y otros productos de la tierra. El año 1941 había conse-

DE BARCELONA
A FORT-ARCHAM-
BAULT :: LA CAZA
DEL GORILA Y LA
DEL ELEFANTE EN
LA GUINEA IBERICA

EL "SAFARI" EN
TANGANICA DE
JOSE MARIA ORIOL

guido la concesión de los transportes en la zona española.

Hará aproximadamente cosa de un año, por el mes de abril de 1954, don Juan Durall cazaba con un amigo barcelonés en el Africa Ecuatorial Francesa. Se había parado un momento en un cruce de carreteras para dejar pasar a un «jeep» ocupado por tres personajes curiosos. Tres cazadores con barba que exclamaron alborozados: «¡Pero si es don Juan!» Uno de aquéllos era catalán, el segundo mallorquín y madrileño el otro. Pero los cinco se conocían de Barcelona.

LA AVENTURA DE CUATRO CAZADORES DE PERDICES

Con la expedición de Oriol, con las del conde de Caralt, Botey, Pallejá, Rosselló, con lo que se relataba de las cacerías de Durall en la Guinea, en Camarón y en el Africa Ecuatorial, los monteros de Barcelona empezaron a sentirse mordidos por la inquietud de lo exótico.

Esta inquietud ha vencido últi-

Una perdiz: presa pequeña, pero codiciada



mamente a cuatro personajes conocidos en la sociedad barcelonesa. Un catedrático de la Facultad de Medicina, el doctor Javier Vilanova; un catalán oriundo de Grecia—su padre fué cónsul de Grecia en Barcelona—, Carlos Loverdos, y dos hombres de empresa, los hermanos Ignacio y Juan José Matas, que no hace mucho montaron en el avión en el aeródromo del Prat de Llobregat, para tomar en París otro avión de la Air-France que tenía que conducirlos a Fort-Archambault, en el corazón de África.

Los expedicionarios se han preparado con esmero. Sin olvidar detalle. Y están dispuestos a emprender su aventura tropical en esta época, que allá es la seca y durante la cual es más fácil derribar animales. «Como el terreno no está encharcado como en la época de las lluvias—dice Carlos Loverdos—la caza se concentra junto a los lagos o los ríos. Es más fácil dar con ella...» «Siempre, la mayor dificultad para un cazador es hallarse en buenas condiciones de tiro. Evitar ruidos. Ocultarse. Que el viento sea favorable, y el animal no huelga el peligro...»

Loverdos y sus tres compañeros no habían pasado hasta hoy de la caza de perdices. Van a dar el salto brusco de la mano del guía francés, del Fort-Archambault, Jacques Ballette Viallar. «Es un guía oficial. Su misión, además de la de orientar a los cazadores, es procurar el cumplimiento de la ley.» Cuida de que no derriben más piezas de las que permite la licencia de caza. No pueden matar, por ejemplo, más de 18 búfalos, dos hipopótamos, dos grandes koudous, dos elandes de Derby, cuatro avestruces, una jirafa, dos elefantes..., si han pagado licencia de gran caza; o más de 12 búfalos, un hipopótamo, un gran koudou, dos avestruces, un elefante..., si su permiso es de caza mediana.

«Sin embargo—me dice un cazador que habitualmente vive en

la Guinea Española y está bregado en cacerías y en papeleos y requisitos oficiales—, para los franceses la verdadera garantía es la palabra del cazador. Yo siempre he cazado sin guía. Sin embargo, no me hubiera atrevido nunca a matar más piezas de las que me concede la licencia...» «En África todo se sabe. Los negros charlan mucho. Y se enteran de todo. Para ellos, la presencia de un blanco cazando cerca de su tribu es siempre un acontecimiento. Lo recuerdan con pelos y señales.»

COMO SE ORGANIZA UN «SAFARI»

La expedición Loverdos-Matas-Vilanova salió de Fort-Archambault provista de tiendas de campaña, camas, mosquiteras, radio, cocineros, choferes, mozos de cuerda... En total, unos treinta negros para el servicio de la expedición. Dispuestos a recorrer 2.500 kilómetros, con dos «jeeps» y un camión con remolque.

La organización de los «safaris» es encomendada por lo común a guías profesionales. Como Ballette o como Jean Gerin. Cazadores que viven hace años en el África Ecuatorial y han montado un negocio de grandes cacerías. Al cazador que con frecuencia pisa por primera vez tierra africana, la organización se lo soluciona todo. Mediante el pago de una cantidad que oscila entre 360 o 535.000 francos, según el número de cazadores—no puede pasar de tres—, uno goza de las más tranquilizadoras garantías, desde el seguro de accidente, invalidez o muerte, a un trofeo mínimo de dos búfalos y un elefante.

Los expedicionarios pueden dormir y descansar en los campamentos oficiales situados en distintos puntos de los territorios de caza. Unas casitas con dos habitaciones, un comedor, una cocina a quince metros de la casa, y alrededor de ésta una galería al aire libre donde duermen los cazadores.

He dicho antes que los cazadores catalanes se estrenaron en África el año 1936, precisamente en la región de Tanganica. Desde entonces acá ha llovido mucho y las circunstancias han cambiado.

Si don José María Oriol eligió aquella región, hoy todos prefieren el África Ecuatorial Francesa. «La zona inglesa, dice Rabell, el propietario de la armería de la calle de Diputación donde tiene su sede la Asociación de Monteros de Cataluña, resulta demasiado cara. En el África Ecuatorial Francesa, por lo demás, uno puede cazar casi todas las especies africanas. No hay que olvidar que cada especie tiene sus parajes. Para encontrar búfalos, por ejemplo, hay que ir muy al norte del África Ecuatorial.»

En esta región, como en la inglesa del Kenia, hay grandes zonas reservadas, inmensos parques donde las bestias pueden pasear plácidamente. «En Kenia—dice don José María Oriol—los ingleses organizan excursiones en «pullman». Los turistas, sin bajar del coche, pueden contemplar a los animales que se pasean junto a las carreteras.» «Los leones esperan a los coches, porque saben que les darán comida.»

Sólo huyen las jirafas. Es el animal más asustadizo. Para cazar en el África francesa, la única que permite la licencia, hay que pagar una tasa aparte: 3.000 francos. Por los elefantes se paga el 25 por ciento del precio del marfil.

El régimen de Aduanas en el África Ecuatorial Francesa es muy peculiar. A la entrada uno declara las provisiones y los cartuchos que lleva. Al salir, los oficiales de Aduanas cuentan lo que devuelve. Se paga sólo la diferencia.

«Yo—me dice Durall—, estoy siempre abastecido de la Guinea Española. Es más barato.»

Durall, que ha cazado en África Ecuatorial y en Camarón, me



El resultado de uno de los últimos «safaris» organizados por cazadores barceloneses no podía ser más halagador

habla con entusiasmo de los horizontes venatorios de la Guinea Española. «En Guinea sólo abunda el elefante y el gorila. Pero se hallan en gran número. Creo que es el lugar del mundo donde se puede cazar con más facilidad.»

Durall, que había salido un día de caza con unos novatos, se halló en medio de esa selva tan espesa, tan difícil, de la Guinea Española en un verdadero apuro. Durall y sus dos compañeros se vieron de pronto rodeados por una manada de gorilas desconcertados, exaltados, enfurecidos. «No sé cómo salimos con vida. Nos salvamos de milagro.»

Porque Durall, que había salido a la caza de esos animales después de haberse mojado la ropa, los brazos, la cara con el rocío que empapa lianas y frondas, descubrió en la copa de un árbol, hasta veinticinco o treinta gorilas. «Sólo las hembras y los pequeños trepan a los árboles. Los machos son demasiado corpulentos y han de quedarse en tierra.»

Examinó aquella caza. No quería disparar imprudentemente. Pero uno de los novatos rompió fuego un poco a la buena de Dios, promoviendo el alboroto más increíble. Las hembras chillaban llamando a los machos. Estos corrían dando alaridos alrededor del tronco. Los pequeños se agarraban al pellejo de sus madres. Uno tras otro, de prisa, con precipitación, furiosamente, con miedo y exasperación fueron bajando por la única liana que colgaba de aquellas copas.

«Mis compañeros y los negros habían continuado disparando. Me quedaban pocos cartuchos. Uno me llamó, anunciándome que no podía disparar ya, que estaba sin defensa... Y, entre tanto, aquella confusión de fieras, que se llamaban, que se convocaban, que se buscaban, las hembras a los pequeños, y los machos a las hembras, nos rodeaba como una amenaza.»

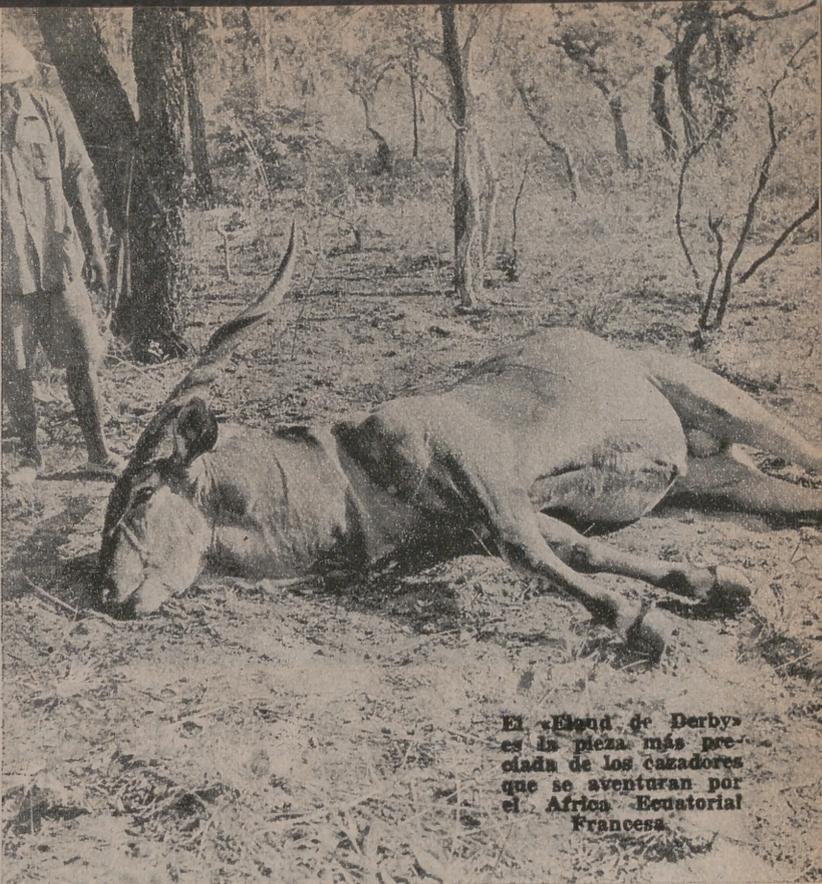
No sabían lo que era. A lo lejos, hacia allá, más adentro de la selva, oyeron los gritos de un gorila que llamaba a los demás. Como si le obedecieran, todos acudieron a la llamada. Y se fueron marchando.

Después supieron que, ante la confusión y el peligro, uno de los negros de la expedición, que no perdió la serenidad, había dado un rodeo entre los árboles y apostándose más allá empezó a imitar la voz del gorila para salvar a los cazadores.

A LA CAZA DE LEONES Y ELEFANTES

Carlos Loverdos me enumera las armas con que ha salido provisto para su primer «safari». Escopeta de caza calibre 12, carabina de repetición 22 long., rifle, carabina 8 por 57 con lente (para caza de tipo medio, antílopes, etcétera), carabina 375 Magnun, para caza mayor. «Al león se le caza con un 375 con bala semiblandada y para los de piel dura hay que utilizar una 375 con bala blindada.»

«Yo he cazado siempre—me dice otro, maduro ya en la caza africana—con una Exprés 475. Y creo que ésta es el arma segura. Con calibres inferiores, no se lo aconsejaría a ninguno.»



El «Elefante de Derby» es la pieza más preciada de los cazadores que se aventuran por el África Ecuatorial Francesa.



Este rinoceronte atacó, herido, al cazador y al negro que le acompañaba. José María Oriol disparó su rifle por segunda vez, capturando ese preciado trofeo de peligrosa caza.

«El león se puede cazar abandonando una bestia muerta junto a un árbol. El cazador se aposta en la copa. Muchos se han pasado noches enteras encaramados. Pero lo mejor es informarse de los indígenas que llevan rebaños a pasturar, y con frecuencia ven manadas de leones. Y salir a primeras horas de la madrugada. Cuando empieza a amanecer, todavía no se han escondido. Los leones corren por la pradera o por la selva. «Salimos al despuntar del día—me cuenta Oriol—, serían apenas las cuatro de la madrugada.»

Oriol no tardó en disparar contra aquel león de mirada triste, resignada, cuya cabeza adorna entre testuces de ciervo, jabalí y antílope—una sala de su casa del paseo de Gracia.

Son siempre los indígenas los que ponen sobre la pista al cazador. Claro que hay que ir con cuidado. Y no dejarse engañar. Los indígenas saben dónde hay elefantes, gorilas o leones. Pero tienen mucho interés en que los europeos cacen cerca de su tribu.

Los europeos cacen cerca de su tribu.



Una sala con trofeos en la residencia de don José María Oriol, en Barcelona. He aquí la mejor expresión de sus numerosos éxitos en el Africa Ecuatorial

Todos trabajan para la expedición. Incluso las mujeres, que se contratan para ir a buscar el agua. Y por si esto fuera poco, los europeos les regalan la carne al terminar el «safarí».

«La mejor época para los elefantes—me asegura un cazador de la Guinea—es por noviembre o diciembre. En aquella época los elefantes se acercan a los poblados.» En sus alrededores abunda un fruto, el «andok». Es sabroso. Su carne parece la del melocotón. A los elefantes les gusta mucho. El fruto cae al final de las lluvias, y aquél es el momento del festín para los golosos paquidermos.

Los elefantes no hacen ruido más que cuando se lo proponen. Puede uno estar muy cerca de ellos. Y no advertir su presencia. Durall se encontró un día a un metro y medio de uno de ellos. El animal estaba oculto dentro de un cañaveral. Sólo se le veía la trompa. Lo cual no deja de ser com-

plicado. Antes de disparar hay que calcular el punto donde la bala es mortal. Si uno dispara a la ligera, y el animal queda herido, se convierte en una fiera peligrosa.

Los cazadores no creen demasiado en eso de los peligros de la selva africana. No les asunstan demasiado las serpientes, que, según me asegura uno de los más experimentados, no buscan al hombre para picarle. «Para que le piquen a uno, es preciso que haya ido a pisarles la cola. Yo sostengo que un europeo puede atravesar tranquilamente el Continente africano a pie, sin riesgo, con la condición de que vaya silbando y tenga un bastón en la mano.» Pero un animal herido o acorralado es temible.

Como el rinoceronte que mató en Tanganica don José María Oriol. «El negro que estaba delante, al ver que la bestia herida embestía brutalmente contra nosotros, se echó chillando al suelo.

Estaba desarmado. Tuve la sensación de que perdía el color de la piel. Me pareció que aquel negro se había vuelto blanco.» Oriol le encañonó. Le abrió un boquete junto al ojo. La bestia se desplomó en seguida.

Pero continuemos con lo del elefante de Durall, que es muy sustancioso. «Hubo unos momentos en que nosotros buscábamos al elefante, y el elefante nos buscaba. Irritadísimo. Daba golpes duros con la trompa. Abatía árboles. Abrió claros en el bosque.» La primera bala le había entrado en los pulmones. La última, por el ojo. Se desplomó con un golpe sordo, con un crujido, amplio, como un chapoteo, dentro de los matorrales.

LOS NEGROS DE LA EXPEDICION

Oriol me enseña una fotografía: Blanc, él, y unos negros de la expedición. Tumbada en el suelo, la pieza cazada. Uno de los indígenas levanta ambas manos mostrando las palmas pálidas en señal de amistad.

«Los negros nos miraban con ojeriza. Sin embargo, nada hay que les recogije tanto como que el blanco les cuide y les de medicinas cuando están enfermos.»

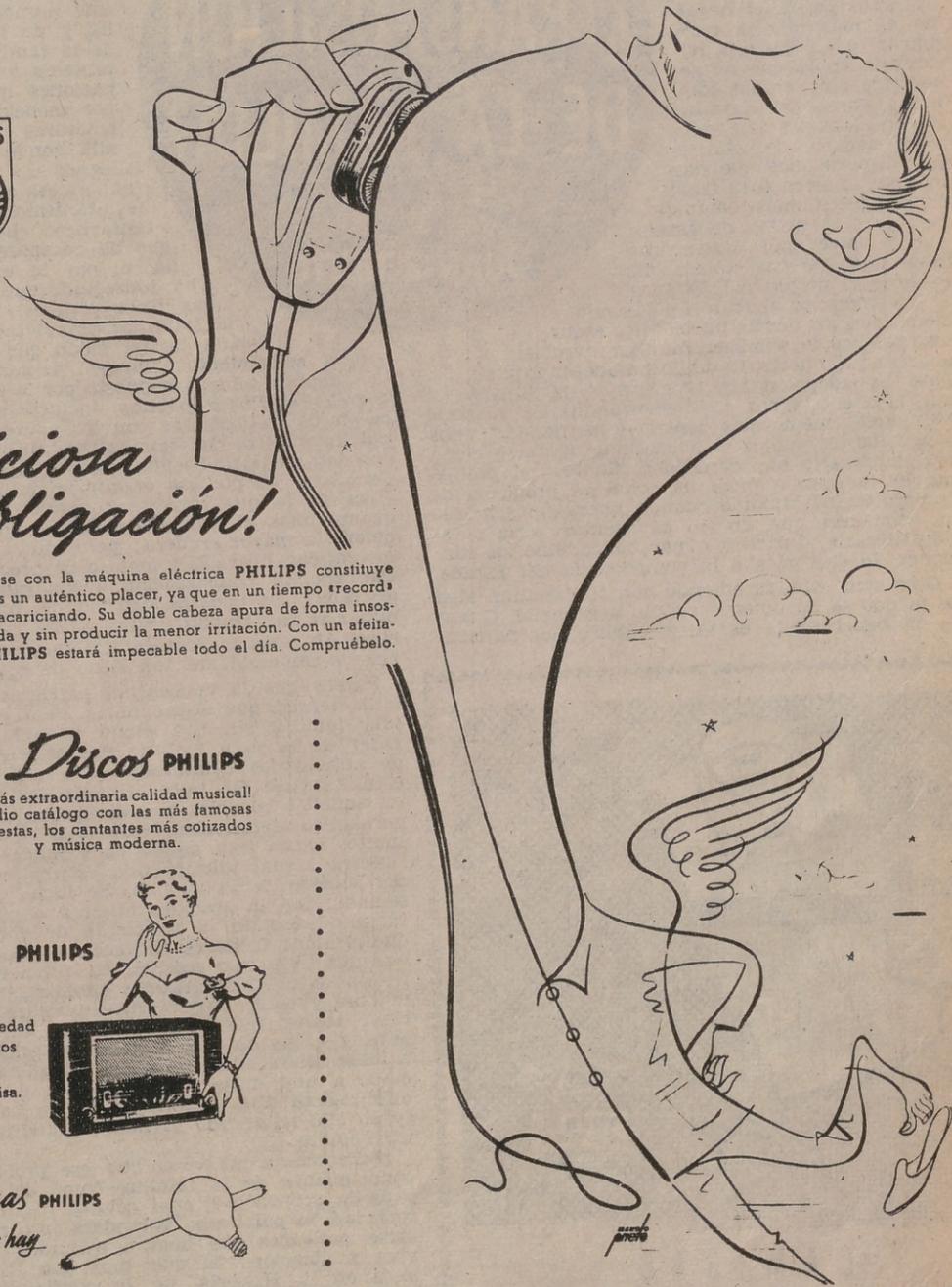
Cuando la cacería estaba terminando, tuvieron que dejar de cazar. Los negros les habían robado tanta sal, que les iba a ser imposible adobar más pieles. «También roban la ropa blanca. Les regalamos relojes muy baratos. Quedaban embelesados, pero no había ni uno que conociera la hora.»

«En el lago Victoria había un cocodrilo muy viejo. Le llamaban «Lutembe». Cuando los indígenas gritaban su nombre a la orilla del lago, el cocodrilo asomaba. Sabía que le iban a dar comida.» Oriol me muestra una foto con el saurio. «Los negros—concluye—me aseguraron que «Lutembe» tenía trescientos o cuatrocientos años, y que unos cien años atrás todavía asomaba a la ribera para devorar los sacrificios humanos.»

Francisco SALVA MIQUEL

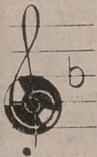


Los permisos de caza no ponen límites a la del búfalo. En el norte del Africa Ecuatorial se hallan en mayor cantidad



¡Deliciosa obligación!

Afeitarse con la máquina eléctrica PHILIPS constituye además un auténtico placer, ya que en un tiempo «records» afeita acariciando. Su doble cabeza apura de forma insospechada y sin producir la menor irritación. Con un afeitado PHILIPS estará impecable todo el día. Compruébelo.



Discos PHILIPS

¡La más extraordinaria calidad musical!
Amplio catálogo con las más famosas orquestas, los cantantes más cotizados y música moderna.

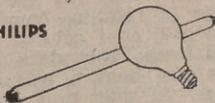
Radio PHILIPS

Entre la gran variedad de nuestros aparatos podrá elegir el que usted precisa.



Lamparas PHILIPS

Mejores no hay



PHILIPS

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEMORIA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELIC. TROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS INCANDESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza

La familia se está transformando. Aun casi sería verdad decir que está desapareciendo. El ocloquio celebrado en Colonia el verano último por el Instituto de Estudios Sociológicos de la U. N. E. S. C. O. y con asistencia de doctas y experimentadas representaciones, no ha hecho sino registrar una realidad testimoniada, antes que por los sociólogos, por los moralistas. En unos países el hogar es más que la residencia, y a veces una residencia en la que no se coincide sino en las forzadas horas del descanso; en otros esa transposición acaba de abrirse por disposiciones que desmontan la estructura tradicional. ¿Podríamos tomar ese hecho como punto de arranque y volver por pasiva una tesis que fué casi tónica para explicar el origen del Estado?

Los romanos aplicaron a las relaciones con los demás pueblos los esquemas propios de la imagen familiar; también ahora, aquí, nuestro Caudillo ha adoptado pueblitos. La adopción hoy, como ayer la filiación y aun la clientela, son esquemas familiares. Nuestros Municipios medievales contraen hermandad unos con otros, formulan el acuerdo de tratarse como hermanos. ¿No hay derecho a plantear el problema de la familia moderna como un problema de transposición? Máxime cuando ahora no son sólo los esquemas, que, en fin de cuentas, sería cuestión literaria, didáctica o parabólica, sino las funciones, lo que pasa a la competencia del Estado.

Creo que está sucediendo con lo familiar algo de lo que se documentó con lo asistencial. Cuando la beneficencia es tarea pública, los particu-

**CAMBIA LA VIDA,
CAMBIAN LAS COSTUMBRES**

¿TRANSPOSICION DE LA FAMILIA?

por

JUAN BENEYTO

lares se desentienden de la misma. Del *pater familias* romano, que tenía un verdadero poder público, a los gobernantes modernos, que están dotados de poderes de cariz familiar, la elipse parece que ha derribado su entera curva. En realidad, los obstáculos que encontró el Estado en su elaboración a lo largo de los siglos tuvieron su sede en este mundo de la familia y de las imitaciones de la familia, en las parentelas y en las agrupaciones que tomaron por modelo aquellas estructuras. Y justamente allá donde el Estado ha llegado a su punto final, en esa culminación del levitatanismo que es el totalitarismo, puede decirse que ha desaparecido la familia, o, por lo menos, que se ha conseguido que abdique sus más finos poderes. La educación de los hijos es reivindicada por el Estado, de tal modo que ya no será seguimiento e imagen de sus padres, sino réplica del tipo impuesto por la educación que decreta el Poder público, incluso—en tesis lógica—hijos en contraste con los padres. El aspecto patrimonial de la familia ha sido desmontado con las medidas fiscales, ya por una carga confiscadora, ya por esa expropiación de las rentas fijadas en la que consiste cualquier inflación. Si examinamos el ejemplo soviético, todo esto adquiere la mayor crudeza; pero aun en países democráticos, liberales e incluso de proclamado cristianismo, la transposición queda plenamente registrada: los poderes propios del organismo familiar se van transfiriendo... ¿Con qué consecuencias? Ahí está la crónica italiana, por no alejarnos de un ambiente tan lleno de equiparaciones.

Parece que la concepción patriarcal de la familia tendrá que abandonarse. Pero ¿es imposible una familia sin tan pleno poder? El *pater* o *vater* de la vieja historia nos ofrecieron círculos de actividades delimitadas. Los etnólogos y los estudiosos de las raíces lingüísticas que asoman en aquellos vocablos nos dicen que en el mundo germánico significaban vallado o cerca, es decir, límite. Quizá una de las más típicas locuras de nuestra actual idiosincrasia estriba en esa falta del sentido de la medida. Se lucha por el todo o nada, por la absoluta libertad o por el totalitarismo absoluto. Y se pierde de vista el suelo que pisamos, la tierra de nuestros muertos, lo que nos liga al propio país. Si las funciones familiares pasan a los organismos públicos, la unión del hombre y de la mujer será una pura camaradería o tendrá que reducirse a facilitar al pueblo el arroyo de su manantial demográfico. Y un hombre sin vínculo familiar, aunque queda asociado a una mujer, no será sino un individuo, difícilmente una persona, y de no entrar fraile (y en ello reiterando la imagen familiar), apenas un hombre.

¿Pensamos a las veces que ese proclamado reconocimiento de la familia—como del Municipio y de la profesión—, cual células naturales de la sociedad, es palabrería volandera en contraste con otras actitudes que bien a menudo tienen más viva realización? Si queremos que España persista en la Historia, no la configuremos como montón de arena, que cualquier huracán con nombre o sin él—puede llevarse.



CAMISAS

Jama

Medidas garantizadas

Auténtico popelín

... mejor que a medida

Solicite una suscripción a

POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5, MADRID

Revista mensual :—: 10 pesetas

SOLTERAS

SOLTERITAS

Y SOLTERONAS



EL PROBLEMA SENTIMENTAL EN LOS DISTINTOS PAISES DEL MUNDO



CUANDO LAS DAMAS SE NIEGAN A ENVEJECER

De las solteronas se ha hablado siempre. Hasta se ha creado un mito. Y sin embargo, la mítica solterona empieza a desaparecer del mundo.

Las mujeres solteras son muchas, sí. Las solteronas, no tantas. Todo depende del grado de intensidad con el que se dediquen a ser por sí mismas. Por eso, el tipo de solterona amargada, de los países latinos, puesto que en ellos, hasta no hace mucho tiempo la soltería continuaba encerraba un fracaso, no suele aparecer en los países de población sajona, porque en ellos, tradicionalmente, la mujer ha tenido siempre muchas otras cosas que hacer en la vida, además de casarse. Son razas o naciones donde la mujer ha tenido siempre una mayor o menor «vocación» u obligación laboral; donde la intervención de la mujer en la política—países de sufragistas y reinas—se ha produ-

cido siempre como un hecho natural, desde los tiempos de las largas galopadas de las rubias «walkirias».

EN ALEMANIA: LA INDISCRETA PALABRA «SEÑORITA»

Sin embargo, hasta entre las equilibradas alemanas, la cuestión de la soltería es motivo de dimes y diretes en cuanto a tratamientos y formalidades se refiere.

«Soy soltera y doctora en Medicina—le decía en cierta ocasión una señora alemana a un periodista español—. Le ruego me llame «madame»

Y es que el frente femenino alemán está dividido en dos sectores: primero, el de las señoritas a quienes no les importa ser llamadas «señoritas», y segundo, el de las señoritas que desean y

solicitan que se les dé el tratamiento de «señoras», aunque no sean casadas ni viudas. Dos posiciones totalmente distintas ante la vida.

Naturalmente, en el primer sector están incluidas todas las solteras de buen ver que no desean que un inoportuno tratamiento les prive de algún que otro admirador. En el segundo, se encuadran muchas de las funcionarias administrativas que ven con horror avanzar los años, mientras el público sigue acariciándoles el oído con el tratamiento de «señoritas». La dama ctoñal, doctor o secretaria, protesta airadamente contra el indiscreto tratamiento. Entre otras cosas, porque la alemana se niega a envejecer. Se niega a envejecer y hace todo lo posible por evitarlo: desde gimnasia hasta volverse vegetariana, pasando por poner curiosos anuncios en los periódicos sobre su de-



El principio de un feliz día. Estas honorables damas inglesas, solteras por más filiación, se disponen a celebrar el decimosegundo aniversario de su mimada «gata» «Pity».

seo de contraer nupcias con un señor de tales y tales características. El señor en cuestión, a veces llega, y a veces se queda en el camino. Pero oportunidades nunca faltan. No en vano la mujer se esfuerza por estar al lado del hombre. Le ve en el trabajo, en el restaurante, se cruza con él en el Metro. A veces, hasta es vecina de uno.

—Buenos días, fraulein...—y aquí el nombre que ustedes querrán—. ¿Sería mucho pedirle que no ponga el despertador tan fuerte cada mañana?

Los motivos de conversación y de agrado pueden ser muchos. Sobre todo si «fraulein lo que ustedes querrán» se decide a poner más bajo el despertador y a dejar dormir a su vecino un cuarto de hora más cada día.

De todas maneras, aunque la soltera alemana sea una juvenil soltera, el Gobierno se ha decidido a poner fin a los dimes y diretes que ocasionan los tratamientos. La solución se cree que ha de ser la fórmula «Meine dame», que en alemán no tiene nada que ver con el «señorita» delator de célibes más o menos voluntarias.

LAS INGLASAS: ROSAS, POLITICA Y GATOS DE ANGORA

En Inglaterra, el Club lo inva-

de todo. No es ya que los ingleses invadan los Clubs. Son los Clubs los que parecen invadir a los ingleses, metiéndose en sus vidas. Los Clubs y las solteras son conceptos tan íntimamente ligados como el de madre e hijo. Si ninguna mujer deja de tomar parte en las actividades de algún Club—religioso, social, deportivo—, con mucha menos razón una mujer soltera dejará de tomar parte en una agrupación de este tipo.

Y no es que las solteras inglesas, por ser solteras, se metan en los Clubs. Se trata de todo lo contrario: muchas mujeres inglesas están solteras a fuerza de no salir de entre las paredes de su Club. No les interesan sino las personas que piensan como ellas. Las demás, las traen sin cuidado alguno. Porque, vamos a ver, ¿es usted persona muy enterada en horticultura? Si no lo es, ya no les interesará en absoluto a los miembros con faldas de cualquier Sociedad horticultora. Y lo mismo le ocurrirá si usted no es filatélico con las enamoradas de los sellos.

Desde el punto de vista de una mujer, si suponemos que haya un cierto desequilibrio en una mujer solterona, serían las solteras inglesas las menos desequilibradas. Y no por otra razón que la

siguiente: que la soberbia racial de Inglaterra, el país más profunda y hábilmente racista del mundo, no puede admitir que, hacia el exterior, ninguna «lady» se muestre defraudada por su soledad. Criará rosas, fundará una Asociación protectora de gatos de Angora, o se dedicará a la literatura policiaca para emular las glorias de Agatha Christie, o a la literatura sentimental para eclipsar a las hermanas Bronte.

Y antes, cuando, todavía jóvenes, sientan la necesidad de una compañía masculina, irán a buscar consuelo y paz en las aguas del Támesis: a remar hasta la fatiga, para emplear en algo las energías de su juventud.

LA SOLTERONA FRANCESA Y EL HONOR NACIONAL

Francia presenta otro problema. ¿Hay solteras en Francia? Tenemos que suponer que sí. Tenemos que suponer que muchas. ¡Ah! Pero no podemos pasar de la mera suposición. No es posible dar cifras. Francia, que ha hecho del amor y la galantería una especie de gran industria nacional, no dejará jamás que circulen noticias ciertas de la existencia de francesas solteras. No, señor. El honor nacional, la industria nacional, el turismo nacional franceses sufrirían, con ello grave quebranto. Sería, la publicación de una estadística de solteras, un escándalo de tal envergadura, al menos, como el «affaire» Dreyfus. Provocaría la caída de un Gobierno. El parisino comentaría, indignado, en los bulevares:

—¡Qué infamia! Decir que hay solteras en Francia. Es mentira. Supondría una decadencia nacional. ¿Es que acaso existe alguna francesa que no haya tenido nunca al alcance de la mano su correspondiente ración de amor? Siglos enteros dedicados a la galantería, a la corte a las mujeres, altas o bajas, gordas o flacas, guapas o feas, para que ahora nos vengan con esto. No lo crea, señor. Ninguna mujer muere en Francia sin haber gozado de su oportunidad, de sus oportunidades. ¡Oh, el amor!

Y puede que en el fondo haya, en todo ello, mucho de verdad. Puede que las «posibles» solteras francesas sean mujeres raras, saboteadoras de Francia, elementos tozudos que permanecen solteras para llevar la contraria a su país o para seguir las intrusiones secretas del partido comunista, que busque, por el aumento de solteras, la creación de un clima de malestar en Francia.

Queda algo importante hablando de Francia: que una cosa son las «solteras» oficiales y otra las «solteras» ociosas. De otro modo: las «solteras» solas y las que encuentran un alivio permanente a su soledad. Las que invitan a tomar café.

MISS HEALEY VA A LA COMPRA

Y ahora, América. Lo mismo que si usted coloca al número siete una pequeña tilde en su trazo descendente ningún americano sería capaz de identificar el guarismo, si nos empeñamos en presentarle ante los ojos los viejos tipos de solterona, tampoco la reconocería.



mujer, hoy día, tienen un afán de saber no está circunscrito a las edades juveniles



La posguerra ha impelido a la mujer alemana a los más variados oficios. Aquí vemos a una muchacha que es capaz de construir una casa y tocar sinfonías

La soltera americana hace ya mucho tiempo que dejó de ser una solterona. La vieja, seca y empingorotada miss Thompson, dedicada a hacer calceta para atender las necesidades de casi todos los Estados de la Unión, es ya un ser absolutamente inusitado en aquel país. Las mujeres solteras en Norteamérica, son, principalmente, mujeres de vida activa. Empiezan a trabajar a un determinado «speed» en muy temprana edad, y veinte o treinta años después siguen trabajando a la misma velocidad. Eran solteras y siguen siendo solteras.

El problema está en saber si alguna vez se consideraron solteronas. O, mejor, en qué momento empezaron a considerarse clasificadas dentro de este género.

La verdad es que la mujer soltera americana es una soltera sin complejos. La sociedad en la que está educada no le ha hecho concebir como única meta de su vida el matrimonio. Ella es por sí misma y para sí misma. Por eso es eficiente en su trabajo. Como dependienta, como secretaria o como profesora. No se siente desplazada en la sociedad ni aislada de las mujeres casadas, porque son mujeres casadas las que la rodean en su trabajo, las que cooperan con ella.

He aquí a miss Healey. Miss Healey es profesora de Historia del Arte en un College del Estado de Nueva York. Miss Healey es alta, rubia y nada fea. Vive sola en un pequeño apartamento magníficamente arreglado. Los sábados va al mercado y hace su acopio de víveres para toda la semana. La imagen de miss Healey, tambaleándose bajo el peso de los paquetes, al sacarlos—todos de una vez, eso sí—de su pequeño coche, es algo que se puede ver cada sábado, sin falta, a eso de las cuatro de la tarde.

Porque la dicha señorita hace todo por sí misma: guisar, arreglar la casa y ganarse el sustento.

LA IMPORTANCIA DE SENTIRSE IMPORTANTE

No. No se sienten en absoluto desgraciadas los miles de mujeres que viven como miss Healey. Tienen siempre el recurso del Club, de la Asociación y de los amigos. Porque en Norteamérica—ya es sabido—todo el mundo necesita estar incluido en un grupo determinado para ser completamente feliz. Las solteras, con más

motivo que el resto de los ciudadanos estadounidenses, pertenecen, por regla general, a unas cuantas Asociaciones, participan en tres o cuatro «meetings» semanales, que siempre les parecen de una importancia de primer orden para el porvenir de la Humanidad. Y así, con el alma y la vida interesadas en una porción de cosas diferentes, el problema central de su vida—pasa a ocupar un plano discretamente difuminado.

El papel que los Clubs desempeñan en América, como en Inglaterra, en la vida de la mujer soltera es importantísimo. En el Club, todo el mundo tiene derecho a sentirse ocupado y a sentirse importante. Al fin y al cabo, éstas son unas de las causas por las que se casan casi todas las mujeres. En América, los Clubs contribuyen a ello. Una mujer puede sentirse tan perfectamente ocupada y tan perfectamente importante preparando una fiesta para su casa, como preparando una fiesta para su Club. Y si me apuran, sale ganando el Club en algunos aspectos.

La mujer, en día de «party», se siente absolutamente absorbida por el ambiente.

—¿Cómo está usted, miss Smith? La fiesta está resultando encantadora...

—¿De verdad? Cuánto lo celebró...

—¡Debe usted encontrarse tan fatigada...!—dice la señora solícita que nunca falta en esta clase de reuniones.

Y, efectivamente, la otra, la organizadora, concede que está absoluta y sublimemente fatigada.

Una mujer soltera no llega a ser nunca una solterona, sino cuando está convencida de que es un trasto inútil a la sociedad. Y en la sociedad americana, las cosas están arregladas de tal manera, que nadie, y menos que nadie la mujer, puede sentirse como algo desplazado de ella.

Altas o bajas, eficientes, delgadas, deportivas, no les importa cargar con sus cuarenta y tantos o con sus cincuenta. Siguen teniendo amigos, pasando agradables fines de semana y vistiendo de rosa pálido o de azul niño siempre que se les antoia.

LOS SOMBREROS CHILLONES Y LA DIETA

En esto de los trajes, las solteras que pasan de los cuarenta confesados llevan—con mucho—ventaja a las europeas. Desde fuera pueden llegar a parecer una verbena.

Una señora frizando en los cincuenta y cinco está siempre orgullosa de su último sombrero de primavera, en el que los pájaros y las flores se combinan con una profusión y colorido inimaginables. La pedrería en los sombreros de estas señoras es otro de sus distintivos. En cuanto a colores, son capaces de enfrentarse con cualquiera, sea el que sea: rojo,

Una granjera inglesa que recorre todos los días gran cantidad de millas a caballo. Su soltería es perfecta, dice ella



Costumbres de la vieja Inglaterra. Solteras y casadas compiten en un concurso de destreza en el lanzamiento de la tortilla.



naranja y verdes de todas clases.

Es igual que no se asustan ante un color excesivamente llamativo, tampoco se asustan ante unos «shorts» o ante un traje de noche más juvenil de lo que, al parecer les podría corresponder. Son esas señoras altas, un poco huesudas, que se nos vienen a Europa en los veranos, con la máquina de fotografías colgada al hombro y unos calcetines de colores, difíciles de describir. Son las eficientes señoras de los Clubs, capaces de disfrutar como nadie en un té de señoras y de hacer gimnasia cada mañana antes de proceder a un maquillaje en regla.

Una de sus grandes preocupaciones es la dieta. Pero la dieta es la preocupación más extendida entre la mujer americana, sea soltera o casada. Se puede ser soltera y ser plenamente feliz. Lo que no se puede es ser gorda y no sentir alrededor de uno una ola de compasión infinita capaz de crearle a uno toda suerte de complejos.

Por eso, las solteras procuran conservarse esbeltas en la medida que es posible. Y seguir siendo rubias, a pesar de todo.

MAS SOLTERAS EN LAS CIUDADES QUE EN EL CAMPO

Miss Eleanor Crockett es una de

las muchas mujeres que trabajan ocho horas diarias en Nueva York. Vive en un pequeño apartamento con otra señorita, casi tan alta como ella, casi tan delgada como ella, y que lleva los mismos despampanantes sombreros que su amiga en cuanto se le presenta ocasión para ello. Que suele ser todos los días. Han pasado ambas los cuarenta y confeccionan sus zumos de frutas con la misma alegría que si no tuvieran nada más importante que hacer en la vida.

¿Y el problema del matrimonio?, se dirán ustedes. ¿Es que estas señoritas permanecen solteras porque sí, por vocación? Pues... por vocación, exactamente, no. Pero nunca le concedieron demasiada importancia a un marido, a uno cualquiera. En muchos de estos casos, la soltería es un problema de sinceridad, de vocación, o de lo que ustedes quieran. Porque en resumidas cuentas, no hay hombre tan fácil de casar como el hombre americano. Las estadísticas de maridos aseguran que, además de ser los mejores, son también los que se casan antes. ¿Por qué, pues, esa superabundancia de solteras? Solteras hay en Norteamérica, según aseguran las últimas estadísticas, un total de 11.623.000, lo que supone..., supone muchísimo.

Y sobre todo en las ciudades, las cifras de solteras llegan a ser

alarmantes. Mucho más alarmantes que en zonas rurales. Las estadísticas arrojan una cifra de 8.107.000 contra una cifra de unos 5.000.000 en zonas rurales.

Conclusión: que las ciudades no son buenos lugares para lograr un marido.

PERO... TODAS ESPERAN CASARSE

Las mujeres como miss Eleanor Crockett se adaptan a una clase de vida de la que es difícil salir. Trabajo, cinco días a la semana. Golf o tenis, en el fin de semana, en compañía de su «rommate». Descanso, sobre todas las cosas el domingo (otro fetiche americano, el «relax»), y vuelta a comenzar el lunes.

Hay miles de miss Crockett en todas las ciudades americanas que hacen esta vida. En viernes, llenan su coche de todos los trastos imaginables, después de venir del mercado y acuden a su Club de deportes o al té de señoras de la Asociación. Tienen todo el tiempo ocupado. Se sienten gloriosamente necesarias y decididamente jóvenes bajo su sombrero color de rosa.

En el caso de miss Crockett, como su afición favorita es el golf, la gimnasia le ocupa cada comienzo de mañana una media hora. Luego desayuna sus zumos y su taza de café negro con tostadas y acude puntual a su oficina. Prepara una competición de golf y un torneo de «bridge». Durante la semana se siente poseída de la fiebre de la actividad. En realidad, espera el viernes con verdadera delectación. Sus compañeros de trabajo, siempre amables con ella, le preguntan por sus actividades en el Club de golf. Ella lo agradece. Es amiga de todos, conoce a las esposas de todos y va a cenar a sus casas de vez en cuando.

—Dígale a su señora, Cuunigham, que acepto con placer su invitación para la cena del jueves.

—Estará encantada de que usted vaya..., etc., etc.

Y es verdad. Todas están encantadas de las miss Crockett. Ellas son las que más miman a los hijos de sus compañeros, las alegres señoritas de los floreos sombreros. Todas quieren a la alegre soltera ya madura a la que se le va pasando la vida sin encontrar un marido. Su principal encanto consiste en su especie de «infantilismo». No se dan cuenta de que la vida pasa. Francesas, italianas, escocesas o escandinavas, estas alegres solteras no son solteronas. Porque ¿sabían ustedes que todas ellas siguen esperando casarse?



A orillas del Danubio «azul», las mujeres austriacas, solteras y casadas, se dan cita en un restaurante al aire libre para hablar de sus eternos problemas

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.

AHORA, para usted y toda su familia



EL CLUB FAMILIAR DEL LIBRO

le ofrece, por primera vez en español, las obras literarias
inmortales, en esmeradísimas ediciones, espléndidamente ilustradas

Usted, individualmente, SABE lo que quiere leer, tiene sus autores predilectos, pero DUDA cuando se trata de escoger aquellas obras que TODOS en el HOGAR pueden leer. El CLUB FAMILIAR DEL LIBRO cumple esa función, le resuelve ese difícil problema escogiendo para usted y los suyos las más grandes novelas de la humanidad, en textos íntegros, cuidadosamente traducidos, bellamente ilustrados y en volúmenes de tamaño uniforme y lujosa presentación. Comenzamos ofreciendo a los Suscriptores del Club dos obras inmortales, a las que seguirán otras de igual categoría e interés general.

Al suscribirse al CLUB FAMILIAR DEL LIBRO usted disfrutará de las siguientes ventajas:

- 1.— La suscripción es gratuita. Todo lo que el suscriptor tiene que hacer es llenar y enviar el CUPON.
- 2.— Con el primer libro de selección mensual, el suscriptor recibe totalmente gratis, otra magnífica obra, en concepto de regalo por su incorporación al Club.
- 3.— Todos los meses se le enviará el Boletín Mensual, describiendo la obra seleccionada para el mes siguiente, la que le será remitida, a no ser que el suscriptor devuelva el "Aviso de Suspensión" que se acompaña al Boletín.
- 4.— El suscriptor NO está obligado a adquirir todas las obras que su compromiso con el Club se limita a adquirir un mínimo de cuatro de los doce libros que se le ofrezcan en los primeros doce meses.
- 5.— Todos los libros, ricamente encuadernados en tela, con tapa cubierta en colores, se ofrecen al suscriptor al reducido precio de SOLO 75 ptas., y se le remiten a su dirección cobrando contra entrega, a los de Madrid y Barcelona, y por correo contra reembolso a los de provincias.

GRATIS

Al suscribirse recibirá usted absolutamente GRATIS la más bella novela de capa y espada, LOS TRES MOSQUETEROS, en la más depurada y hermosa edición que hasta ahora se ha hecho en idioma español de la obra inmortal de Alejandro Dumas, con 24 artísticas ilustraciones.



¿Quién no conserva viva en su espíritu o en su corazón la imagen conmovedora de OLIVERIO TWIST, creación maestra del genial novelista Carlos Dickens? Pero nadie hasta ahora había podido disfrutar, en idioma español, de una versión tan pura y exacta como la que se ofrece ahora como primera selección del CLUB FAMILIAR DEL LIBRO, en edición de lujo, artísticamente ilustrada.



RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO

CLUB FAMILIAR DEL LIBRO
APARTADO DE CORREOS 5363
BARCELONA

Sírvanse inscribirse como suscriptor y enviarme absolutamente GRATIS, como libro-obsequio, la preciosa edición completa y ricamente ilustrada de LOS TRES MOSQUETEROS, junto a la también edición de lujo de la obra inmortal de Carlos Dickens OLIVERIO TWIST, cuyo precio regular de SOLO 75 pesetas por última obra, pagará al recibir las dos juntas; las que se me envían libre de todo gasto de embalaje y franqueo.

Mensualmente me enviarán ustedes el interesante Boletín descriptivo de la obra seleccionada para cada siguiente mes, que me remitirán regularmente, a menos de que yo les escriba que suspendan su envío. Mi único compromiso es adquirir de ustedes un mínimo de cuatro obras durante los próximos doce meses.

NOMBRE COMPLETO
CALLE Y N.º
LOCALIDAD PROV.
(Favor de escribir a máquina o con letra enteramente clara)
FIRMA



PATROCINADO POR
EDITORIAL EXITO, S. A.

PLAZA DE GRACIA, 24 - APARTADO DE CORREOS 5363 - BARCELONA

LA VIDA DE ROBERT PRIMER MINISTRO



len saluda al público
e le aclama después
recibir el nombra-
miento de primer minis-
tro inglés



EL DIPLOMATICO DE LOS S

EL día 5 de abril hizo un día radiante en Londres. Una primavera soleada, hermosa y feliz como una doncella, se asomaba a lo hondo del Támesis. El palacio de Buckingham, de altos muros grises, parecía más oscuro que otros días. Pero la cosa no es nueva. La gente dice siempre que, con los primeros soles, Buckingham es triste. Al mediodía, sin embargo, llovió.

Pero cada día tiene su misterio, su fortuna o su estrella. A las cuatro y media entraba en el palacio de Buckingham, Winston Churchill. Los periódicos, en huelga, no habían podido contar ni una sola palabra de los acontecimientos del día, pero el secreto lo era a voces: Churchill dejaba el Poder. Y nadie, la verdad, quería perderse el acontecimiento.

La entrevista de la dimisión duró tres cuartos de hora en un reloj más o menos seguro. No sé lo que hubiera marcado en un reloj de arena, pero cuando el primer ministro salió por la reja Norte, la situación estaba cumplida. La «Home Guard» saludaba con las armas mientras la gente aplaudía, pero todo el mundo se citaba ya para la noche en el número 10 de Downing Street donde el dimitido hombre del puro recibiría a la Reina y al Duque de Edimburgo.

La torre del Big Ben marcó sus campanadas de ocotumbre. La puerta de Downing Street, residen-

cia oficial de los primeros ministros de Inglaterra da, como la de un burgués, a la calle misma. En la puerta, un «Rolls» de color borgoña oscuro y un poco separa-



Una foto retrospectiva de Mr. Eden paseando en compañía de su hijo

“ID POR EL MUNDO COMO FUERAIS LOS AMOS DE LA TI

do, abierto sobre ellos el semicírculo de la curiosidad, estaban los operadores de la televisión inglesa. Llevaban ya horas de espera.

A las once y cuarto se abrió la puerta y dos criados de calzón corto extienden, sobre la acera, una alfombra roja. La Reina se despidió de los Churchill y con su marido, el Duque de Edimburgo, entró en el «Rolls». En el aire flotaban, contra una noche perfectamente clara, los relámpagos de los fotógrafos. Las luces de las cámaras.

La cena de despedida comenzó por una sopa de tortuga y, durante ella, puede ser que Churchill hablara de su vida. Siguió luego el salmón. Puede ser que se hablara de sus éxitos. Hubo, también, cordero con verduras y patatas de Bruselas. Puede ser que a esa hora, sir Winston Churchill recordara a Yalta. A los postres hubo melocotón «a la crème».

La misma noche, Anthony Eden y su esposa, sobrina de Churchill, recibían el homenaje de la política. El día antes, en un despacho que tiene Eden frente a Downing Street, había recibido ya a los miembros del partido conservador para hablar de las próximas elecciones. Alguien le dijo:

BENTHONY EDEN, STRE INGLATERRA

Acompañado de Churchill, mister Edén visita el Berlín destruido por la guerra



OS SROS HA LLEGADO AL PODER A LOS 58 ANOS

«Dentro de unos días llamará usted cada mediodía y cada noche, en el número 10.»

Claro está que todavía quedaba la última broma churchilliana. Está claro que es el partido conservador quien ha obligado al «premier» a cumplir su palabra

escrita, ahora hace un año, de que renunciaría al Poder en las vísperas de un escrutinio. Pero la broma es la siguiente: Le dijeron, animándole, que desde ahora podría ocuparse de sus aficio-

nes privadas. Respondió: «No hay que fiarse, la salud de Eden es precaria».

Pero, mientras tanto, Eden el diplomático de los sombreros ha llegado. Conozcámosle.

LA COLERA VIENE DE LEJOS

La familia de Eden es vieja en cinco siglos. Primero parece ser que se distinguieron como terratenientes. Y a la tierra iba unida, naturalmente una jerarquía social. Los servicios a la Corona y a la Iglesia sirvieron para que, en 1672, el Rey Carlos II diera el título de baronet a uno de los Eden.

Pero, en la sangre viaja también la violencia. El padre de Anthony Eden, sir William es un hombre irascible como una centella. Cuando se habla de la casa o del parque, la gente de los alrededores de Windleston Hall saben que se trata del «jardín de los Eden». Pero cuando se habla de sir William, la gente del campo no se contenta con título mejor que el concedido por sobrenombre popular: el «barón sanguinario».

Se cuentan anécdotas impresionantes. De un humor loco, incapaz de contener sus arrebatos, pasaba a una calma de boya. Afi-



Una visita que no agradó al Occidente. Eden y Churchill reciben al mariscal Tito a su llegada a Londres

cionado a la pintura, mezclaba sus aficiones plásticas con el ejercicio de los entrenamientos de boxeo. Algunas veces, a las seis de la mañana o en medio de la noche, llamaba a su ayuda de cámara a voces para señalarle que no podía dormir por su culpa. «Claro—le decía—en todo caso no sé si sois peor que mi familia.»

Se cerraba la ventana que el viento había movido o comenzaba a pasear, iracundo, por el jardín. Una vez, en un arrebatado mandó que vinieran los hijos. Los dos que estaban en casa.

Advirtió que no le importaba en absoluto lo que estuvieran haciendo y cuando el criado, aterrándolo, trajo a los dos niños, se limitó a preguntarles:

«¿Os gustarían unas fresas?»

«Sí, papá.»

«Pues vamos a buscarlas.»

Windleston Hall, el dominio del baronet Eden, del condado de Dorset, se encuentra a unos 400 kilómetros de Londres. Es una región dura, de severas y ásperas estepas en las que sobrasalen, entre los cerros, los tejados de pizarra de los pueblos. Una vida monótona y dura apacible y satisfactoria a ratos. Para sir William los niños eran poco menos que perros. Cuando le preguntaban por qué tenía tan pintoresca idea de ellos decía: «Los niños son todos unos seres primitivos y brutos.»

Es de suponer el asombro y el susto de los que le escuchaban. No es que a final de siglo existiera mucha preocupación por

los hijos. mas en la tierra, cuando la voluntad es ley, pero la gente retrocedía espantada. Otras veces escribía: «Yo he hecho de la pintura mi mundo aparte...».

Esa serie prodigiosa de contrastes le convertían en el centro de la curiosidad del condado entero. Hasta en las tierras más alejadas se contaban sus anécdotas. Ya he dicho que se le conocía como el «sanguinario». En otros sitios le llamaban el cruel o, simplemente, «siete chelines y seis peniques», la multa que le gustaba imponer cuando presidía el Tribunal.

NACE EN EL JUBILEO

La madre de Anthony Eden, lady Sibyl, estaba emparentada con los duques de Norfolk y los condes de Westmorland. Era una mujer dulce, de gran belleza, a quien todo el mundo quería. Venía a ser como la restauradora de todos los equilibrios. El marido, un cazador impenitente, había montado en la casa un taller especial para vestir, a su gusto, a los cazadores. No transigía en las faltas de detalle. Examinaba las telas y llevaba hasta el taller, sobre todo al comienzo de la época de caza, a lady Sibyl para que examinara todo. Un día un huésped le preguntaba si podría disparar también sobre los faisanes. Le contestaba:

—Tirad sobre los faisanes y sobre todo lo que se os presente.

En este ambiente nació el 12 de junio de 1897 un niño al que pusieron estos dos nombres: Robert Anthony Eden. Un dato curioso: fué el día más caluroso del año. Otro dato curioso: ya desde niño, Robert Anthony, que era el tercero de los hijos, se negó a dejarse llamar Robert. No lo ha usado nunca.

El padre los educaba en la violencia. Les decía: «Id por el mundo como si fuerais los amos de la tierra entera».

Era el año del Imperio. Inglaterra, que era impopular en el mundo, celebraba ese año el Jubileo del Diamante. La Reina Victoria que iba a reinar todavía hasta 1901, después de un reinado de sesenta y tres años, daba al Jubileo del Diamante el aire de una fiesta familiar. Rudyard Kipling publicaba

en los periódicos, en el «Times», poemas imperiales.

¿Era un augurio favorable?

Por lo pronto, desde que está en edad de tener idea de lo que pasa a su alrededor, comienza la batalla por salir de los lios y las turbulencias del padre. Los tres hermanos, John, Timothy y Anthony vivían en una permanente y saludable vigilancia para no caer en las iras paternas. La madre escribía a una amiga diciéndola: «Jamás tengo una dificultad con Anthony».

Hasta los diez años no fué a la escuela. Hasta entonces había tenido un gobernante que dirigía sus estudios. Pero en 1906, Anthony Eden ingresa en la Escuela Preparatoria de Sandroyd, de la que se pasaba, automáticamente, a la de Eton.

Una fotografía del tiempo nos dice cómo es. Un niño de ojos fijos, con el pelo largo, alborotado, caído sobre la frente. Un alto cuello duro, al estilo de Eton, cierra el cuadro.

De la escuela de Sandroyd, cerca de Cobham, en el Surrey, el estudiante pasa a Eton donde se convierte en un alumno estudioso y trabajador, pero sin nada sobresaliente. Quizá, teniendo en cuenta los antecedentes, algo curioso: «Era—como dice Campbell—muy tranquilo y tímido. El temor que le producía su padre se manifestaba en cualquier cosa».

Se ha dicho que el objetivo más importante de Eton era producir «snobs». Los colegiales, famosos por su traje, disputaban a otras escuelas aristocráticas el privilegio de la galantería. El alto sombrero de copa de esos años puede ser que sea su primer anuncio de «hombre a la moda». No, desde luego, su primer sombrero. Antes había llevado, entre otros, el sombrero de caza con los colores de su familia y fabricado bajo la mirada iracunda de sir William en el taller de su casa de Windleston Hall.

LAS AFICIONES: LA POLÍTICA Y LAS LENGUAS

Mientras estuvo en su casa, no conocía Anthony otras reuniones públicas que las producidas por la formación de los Tribunales bajo la presidencia de su padre. Era un éxito de público asegurado. La sala se llenaba de campesinos que venían de muy lejos de la comarca sólo por ver y oír lo que iba a dictaminar sir William. A esas reuniones no había forma de ir porque no lo hubieran permitido lady Sibyl, pero, además, los tres mozos huían de todos los sitios que pudiera transitar, de buen o mal humor el padre. Para ellos, círculo cerrado y seguro, era la madre el eje de la familia.

De acuerdo con las leyes de la herencia, Anthony, tercero en discordia, no podía heredar las tierras ni el título. Por lo tanto, ya que no era el primogénito, y antes que él estaba Timothy como segundón, no quedaba otra alternativa que escoger, entre las posibilidades imperiales, el lugar apetecible. Tres eran los rumbos tradicionales: la Iglesia, la política o las armas.

Durante unas vacaciones de la escuela de Sandroyd, cuando volvían en tren a casa, lady Sibyl

Jantzen

EL TRAJE DE BAÑO INTERNACIONAL

Le recomendamos nuestro aceite solar, en elegante frasco de plástico. Pídale al comprar su Jantzen o en los principales perfumerías.

se sorprendió de ver que su hijo la enumeraba todos los acontecimientos políticos conectados a la historia de cada una de las villas que atravesaban y los resultados de las últimas elecciones en esos distritos.

La vocación dicen que es como un gusano. La madre ha contado que más tarde vió en su casa, en la mesa de despacho del hijo, un gran mapa de Inglaterra dibujado por él mismo, en el que destacaban, pintadas en azul, determinadas zonas.

Lady Sibyl no supo entender de qué se trataba. Le preguntó: —¿Qué significan las zonas azules?

—Son las circunscripciones con mayoría conservadora. ¿Era, pues, la política?

El padre, con su irascible carácter, de vez en vez lanzaba juramentos contra los cielos, imposibles de transmitir aquí. Quizá por eso le interesan también las Sagradas Escrituras, el estudio de las lenguas orientales.

—¿Otra posible vocación?

Parece que no. La ambición, igual que la vocación, es un gusano que da vueltas día y noche. La política parece ser lo que está más próximo a su espíritu. Por lo pronto cuenta con el apoyo de los clanes familiares.

En Eton no sobresale tampoco el gran estudiante. Tiene notas buenas y perfectas en algunos casos, pero nada que le distinga, en especial, del conjunto. Juega y forma parte, como es tradición, de todos los deportes. Y ahora, al repasar los rostros de los que le conocieron en aquellos días, queda la nota de uno de los sirvientes del colegio: «Cada vez que le escucho en la radio, le veo tal como era en aquellos días, con el pelo negro, sonriente y cortés.»

Su biógrafo asegura que sonreía por timidez. Que todavía hoy, como si tuviera la terrible sombra paterna de sir William al lado, rehuye los pequeños grupos. Mientras tanto, cuando nada está decidido todavía sobre el porvenir, se presentó la Gran Guerra.

EN EL SOMME, A UN LADO DE LAS TRINCHERAS, ADOLFO HITLER; AL OTRO, ANTHONY EDEN

A principios de 1916 Anthony Eden, después de pasar los cursos de instrucción militar necesarios llegaba al frente francés en calidad de teniente provisional. Su hermano mayor, John, el que iba a ser el heredero superior del nombre, había muerto en las mismas tierras francesas a los tres meses de comenzada la guerra. Su hermano menor, Nicolás, que estudiaba en la Marina, iba a morir en la batalla de Jutlandia. Era aquel momento de crisis en que todo estuvo en el aire. De los ocho mil barcos mercantes de alta mar que existían en 1914, cuatro mil eran ingleses. En los cuatro años de guerra, Alemania echó a pique cinco mil...

La guerra era igual en Francia. Dura, sin concesiones en ninguno de los dos bandos.

Como oficial del «King's Royal Rifle Corps» se bate en el Somme. Nada ha contado nunca Eden de sus días del frente. Pero sí una anécdota de importancia.



Una fecha memorable en la historia sentimental del aristócrata de Durham fué su boda con Clarissa Churchill, sobrina del viejo ex premier, quien aparece en la foto

De hilos cruzados, de imprevisible destino.

A pocos metros de él, en las trincheras alemanas de su mismo sector, estaba el cabo Adolfo Hitler. No existe, en cuanto al dato, la menor duda. Hitler ha declarado encontrarse esos mismos días allí. Uno frente al otro, desconocidos los dos, en la mirilla oscura y solitaria de cien metros escasos, las balas cruzaban sin llevar, como se dice en el frente, «el nombre escritos».

En las operaciones del Somme condecoraron, también, a los dos. Para el cabo que había nacido entre Alemania y Austria, la Cruz de Hierro. Para el aristócrata del condado de Durham, la Military Cross.

Ninguno de los dos supo que, pasado el tiempo, habían de verse representando a cada uno de sus países.

Cuando la guerra termina, es el comandante más joven del Ejército británico. Una cosa le aterra: volver a empezar.

Su madre le advierte que tiene que proseguir los estudios. El soldado, cansado y aburrido, protesta:

—¿Otra vez a la escuela?

Para ese tiempo el viejo baronet ha muerto. La casa tiene dos hombres menos. Su hermano ma-



Eden, acompañado de su esposa, llega a Inglaterra después de la intervención quirúrgica que le fué practicada en los Estados Unidos

yor, Timothy, hereda los títulos y las tierras.

No hay otro remedio. Tiene veintiún años. Forma parte, para siempre, de lo que se conociera como la «generation perdue».

La mayor parte de los 28 discípulos que formaban parte del 4.º grado de Eton ha desaparecido.

La madre, que si dulce es fuerte, le proporciona la solución. Y la solución se llama Universidad de Oxford.

LAS LENGUAS ORIENTALES, LA PINTURA DE CÉZANNE, EL MATRIMONIO Y LA INVENCIÓN DE UN SOMBRERO

Ingresa en el Christ Church College de Oxford y elige las lenguas orientales, el persa y el árabe, como caballo de batalla. Si se recogen los datos vivos, las noticias de aquella época, apenas hay dos o tres que recojan fielmente al futuro Anthony Eden. Trabaja firmemente, apenas se mezcla con el resto de los alumnos. No bebe ni fuma. Uno de los sirvientes del Christ Church College dirá más tarde: «Era un estudiante tranquilo.»

El único que se sorprende un poco es el director de los estudios. Se llama Paget Dewhurst y era un hombre sutil, entre bondadoso y firme, que se asombró no poco que hubiera alguien que se tomara en serio los estudios de árabe. Cree el hombre que lo único que interesa al estudiante son los problemas científicos. Le llama un día a su mesa, cuando a la hora de la licenciatura el estudiante se lleva la mención «muy bien», y le dice: «Seréis un buen orientalista.»

Pero el estudiante pensaba en otras cosas. Por lo pronto, si bien la política seguía siendo el hilo dominante, está apasionado por la pintura. Y de la pintura en general a Cézanne en particular. Aparecen en él, cerrada la violencia, que estalla a veces, pero sometida a control, características del padre. A la pintura se une el cuidado y la manía de los trajes.

Cuando tiene veintiséis años termina la carrera en Oxford. Vuelve a Durham y plantea la batalla. Como hizo Benjamin

Disraeli en su tiempo, piensa. friamente, en el matrimonio que sirva eficazmente a sus intereses.

Por lo pronto, el mismo año de 1922, en el que ha obtenido su licenciatura, se presenta a las elecciones en su mismo condado.

Parece, naturalmente, que la tierra le ayudará, pero no es así. Sale derrotado gravemente. Hace, sin embargo, desde la tribuna de Spennymoor, su primer discurso electoral a unos campesinos que le escuchan impávidos: «Yo soy conservador, he sido siempre conservador y espero morir conservador...»

Pero la política es la insistencia. Al año siguiente se presenta por Warwick y Leamington. Por cierto, que por esas cosas pintorescas que ofrece la existencia, se tiene que enfrentar con la suegra de su hermana, la condesa de Warwick, que, en su vejez, se presentaba por el partido laborista.

Tres días antes de celebrarse las elecciones, Anthony Eden se casa. La mujer se llama Beatrice-Helen Beckett, y es hija de sir Gervase Beckett, célebre banquero y propietario del periódico «Yorkshire Post». Se trata, simplemente, de una de las familias más ricas e importantes del condado de York.

La boda se celebra en la iglesia de Santa Margarita, en Westminster, por el arzobispo de York, el día 5 de noviembre de 1923. Ella es morena, de grácil belleza, de nariz larga, afilada. El tiene veintiséis años, lleva un sombrero de fieltro que se hará pronto famoso y que imitarán todos los elegantes del mundo. El bigote actual es, en aquellos días, un enorme mostacho negro. En el brazo, impenitentemente, el paraguas de seda, perfectamente arrollado, que un "gentleman" no debe abrir ni aun en el caso de que llueva.

GANAN LAS ELECCIONES; PIERDE LA NOVIA

Anthony Eden gana las elecciones de Warwick y Leamington. Y las gana de tal forma, que, desde ese año de 1923, representa a ese distrito. Pero el viaje de novios es más bien un sencillo paseo de poca importancia. El futuro primer ministro Anthony Eden lo que quiere es regresar a la rueda de la fortuna. Al corro de la batalla política, donde, a las fuerzas de su familia, se unen ahora las importantísimas de la familia de su esposa. Por eso, el viaje de novios dura solamente días. Recién casada, Beatriz Beckett, con el azahar en las manos, tiene que recorrer la circunscripción buscando votos para su marido. Llamando en las puertas de los amigos. Suplicando.

Quizá en ese desconsuelo interno, indescifrable, de una mujer defraudada, residan todos los graves sucesos posteriores: cuando, a pesar de sus dos hijos, Nicolás y Simón, la esposa del «más elegante hombre de Inglaterra», da el escándalo sensacional de huir de su casa, escapando al Canadá.

Dicen, yo no lo sé, que todo el cordaje de la Marina inglesa lleva en su interior un hilo rojo. Pues el hilo rojo de la vida de Anthony Eden es su ambición política. Suave de maneras, de tacto suave, de modales finos y apacibles, tiene tras sí, como el fondo de una permanente hoguera, la voluntad avasalladora del viejo sir William.

Por eso, mientras gana las elecciones, pierde la novia.

Un dato curioso: en aquellas elecciones, las mujeres de la circunscripción de Warwick votaban por primera vez. Eran, se calcula, unas 19.000.

Una sola mujer le niega su voto pasado el tiempo: su mujer, cuyo divorcio, con pronunciamiento favorable para él, le coloca también en una situación única: la de ser el primer divorciado que llega a primer ministro de Inglaterra. Ahora está casado con una sobrina de Churchill. Uno de sus hijos murió en las batallas de Burma.

EL TRIUNFO EN EL PARLAMENTO

Desde los veintiséis años, en que se convierte en el adjunto de Austin Chamberlain, ministro de Asuntos Exteriores de Baldwin, hasta la hora presente, cincuenta y ocho años de edad, la vida de Anthony Eden se desarrolla con paralelismo asombroso a sus propios deseos. El primer puesto de importancia parlamentaria le sitúa en un plano desde el que se puede divisar todo el mecanismo interno del ministerio de Asuntos Exteriores, su niña bonita, hasta la hora cumbre.

En un artículo sobre Cézanne escribe estas palabras, que, al definir al pintor, vienen a definirle a él: «Vivir exclusivamente para el arte y renunciar al resto. He aquí el ejemplo que nos ha dejado Cézanne...» ¿No es, en el fondo, una alegoría de su propia existencia? Ese batallar sin tregua, sacrificando todas las demás cosas a ese único sentido. Cuando un amigo de Beatrice-Helen la preguntó, antes del divorcio, y en uno de sus viajes a América, si deseaba regresar a Inglaterra, le dio esta terrible contestación: «Si por retorno al suelo natal queréis decir asistir a las intrigas, oír las habladurías del circo político y escuchar, día y noche, a Anthony hablar de política, yo no quiero volver a Inglaterra...»

Pero, cada uno en su sueño, el parlamentario Eden no vive para otra cosa. En el Parlamento, a la hora de hablar, nadie espera de él un discurso bello o chispeante, como en el caso de Churchill. Se trata de una exposición fría, bien pronunciada, correctamente aburrída. No mueve el cuerpo ni las manos, cogidas a la «barra», con una actitud y un sentido prosaicos que esconden su enorme voluntad. Nadie sabe de que haya dado nunca un puñetazo en la mesa.

Mientras tanto sorprende a todos con su avance.

En 1935, al ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores, se convertía en el más joven que ha tenido Inglaterra desde el largo y ancho período de cien años. Ahora, al ser nombrado primer ministro a los cincuenta y ocho —se cumplirán el 12 de junio—, es el más joven primer ministro desde un período de treinta años.

LA AUDACIA Y LA AMBICIÓN

El grupo conservador ha tenido en más de una ocasión sobresaltos extraordinarios con la actitud personalista y audaz de su ministro de Asuntos Exteriores. Contra viento y marea, ha obrado, si así le parecía (como si quisiera repetir, bajo modelos más corteses, las invitadoras palabras del padre de marchar por el

mundo como si se fuera el dueño de la tierra), a su gusto.

Según frase de su propia madre, lady Sibyl Eden es portador «de la sangre explosiva de los Warwicks».

Por esa razón de impetuosidad, unida a la eterna decisión de ser político antes que otra cosa, sus relaciones personales son extrañas. Perteneciendo al partido conservador, «en el que piensa morir», según sus palabras, tiene amigos en todos los bandos. Amigos entre los laboristas y los liberales. Presidiendo el grupo Los Jóvenes de Eton, llegó a hacer afirmaciones contrarias, en todo, a los ideales de su partido. Razón supuesta o exacta de la amistad y el apoyo que en momentos decisivos le han prestado grupos políticamente contrarios.

A esa razón de impetuosidad y de intención permanentemente política hay que unir las de orden puramente negativo. Más de una vez ha sido acusado de pactar y transigir en todo con Rusia. El grupo conservador ha mantenido, tácticamente, estos reproches ante él. Pero nada ha cambiado su destino.

Viajero de varias vueltas al mundo. Conocedor de todos los países, ha escrito libros que recogían igual sus discursos que sus viajes. Trabaja muchos días dieciséis horas diarias. Ha roto a su favor, además, la etiqueta de la Corte. La sobrina de Churchill, de treinta y cinco años de edad, de nombre Clarissa, visita de su brazo el palacio de Buckingham. Ningún matrimonio divorciado lo consiguió antes.

Dicen que Mussolini, cuando tuvo sus primeros tratos con él hablaba del diplomático inglés como de un pequeño «boy» británico. En Alemania se le conoce como «Der Eden Knabe» —«el muchacho Eden»—, que viene a probar, anecdóticamente, lo joven y pronto que se despertó en el hijo del colérico y divertido sir William el espíritu del viajero y del político.

RECITA EL CORAN DE MEMORIA Y ESCRIBIO EN PERSA A MUSSADEQ

El estudiante de Oxford del que un profesor creyó que iba para orientalista gusta repentinamente de utilizar su bagaje. En cierta ocasión asombró al Aga Khan recitándole, a su placer, versículos completos del Corán en árabe.

A Mussadeq, en los momentos de turbia y angustiosa lucha, le escribía cartas en árabe protestando, de su puño y letra, de las nacionalizaciones del petróleo.

Ahora, sir Anthony Eden abandona, con su esposa, Clarissa Churchill, el Carlton Garden, donde viven y donde por misterioso designio de vidas paralelas vivió y murió «el Bello Brumel», para entrar en el número 10 de Downing Street.

Si es verdad que treinta y dos años sirven de alguna experiencia, es de esperar que el nuevo primer ministro no volverá a rehacer, sobre sus propias huellas de ceniza y humo, el error de Yalta. Los equívocos que mantuvieron desatados los nudos de todas las tormentas. Aunque las tormentas puedan nacer en las venas de la explosiva sangre de los Warwicks.

Enrique RUIZ GARCIA

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA



EL CABALLO "BANCO"

NOVELA

Por Juan Antonio DE LA IGLESIA

I

TODOS lo decían. Y se descubrían a su paso. Roberto Cano era el maestro. La moderna generación de actores se defendía imitándole, pero cuidado con las imitaciones. Nadie había sido capaz de llenar un teatro, con un drama clásico, hasta la aparición de Roberto Cano a la cabeza de un cartel. ¿Y después...? «Después de mí, el cinematógrafo», había sido la frase profética del gran actor, interrogado por un periodista mientras se quitaba la peluca de Luis XV, la última obra que interpretó antes de retirarse de la escena.

Todos lo decían. Y se descubrían a su paso. Roberto Cano era el único hombre que podía salvar el teatro español de la catástrofe. Las más audaces campañas en favor del sufrido espectáculo habían fracasado. Los empresarios organizaban sorteos en combinación con la Lotería Nacional y el Cupón Pro Ciegos. Sin aumento de precio en la localidad, podía uno ver a Segismundo desgañitándose para convencernos de que la vida era un sueño, y no una pesadilla como todos creíamos, y optar a una «Vespa», una nevera o un viaje a Nueva York con todo pagado.

Las compañías trabajaban gratis dos veces por semana y regalaban el billete, para hacer clientes. Cuando tenían mucha hambre, suplicaban un donativo en especies. La Prensa, recogiendo la nota sentimental y humana de este artístico heroísmo, publicaba con grandes titulares la última hazaña-récord de la actriz, que había vendido sus trenzas para pagar a la tramoya, o del autor que había cedido todos sus derechos y había puesto dinero encima para ayudar a un orfanato de cobradores de trolebús.

El Estado y el Municipio habían tomado bajo su tutela al desamparado, y después de suprimir todos los impuestos y gravámenes que pesaban sobre él, abrieron generosamente sus arcas para apuntalar sus edificios y fortalecer a sus familiares moradores. Leyes y ordenanzas se pusieron de acuerdo para concederle un trato de favor, obligando al contribuyente a presentar un determinado número de localidades usadas, acreditativas de su asistencia a espectáculos de esta índole si quería tener derecho a una plaza por oposición o a una cruz pensionada.

Pero el teatro no levantaba la cabeza, ni el telón, que era de lo que se trataba. «Después de mí, el cinematógrafo». Y cinematógrafo, por aquí, cinematógrafo por allá, el teatro iba recogiendo sus trastos y sus bambalinas para que el recién llegado pudiera colgar su sábana, antes camera y ahora de matrimonio, donde se reflejaba el desvío y la indiferencia del público por el ídolo pasado de moda.

Todos lo decían. Y se descubrían a su paso. Roberto Cano salvaría la nave del naufragio. No era viejo. Los actores nunca son viejos cuando de verdad lo son. Sin embargo, vivía tan feliz en su hotelito de las afueras, rodeado de nietos y de fotografías anticuadas, que nadie se atrevía a ir a cantarle al oído la turbadora canción de las sirenas.

El lobo es cobarde si está solo, pero es audaz cuando ataca en manada. Y la manada, entre los hombres, se llama Comisión. Era preciso, pues, formar la manada, quiero decir, la Comisión. Y la Comisión se formó. El autor que cedía generosamente sus derechos al orfanato de turno, la actriz que vendía sus trenzas al mejor postor y el empresario que rifaba viajes a la U. S. A., se sintieron muy unidos por primera vez en su vida y ensayaron un canto de sirena, a tres voces, con acompañamiento de orfeón, de directores, de decoradores, figurinistas, luminotécnicos, maquinistas y algún que otro agente de publicidad, con equipo de «flash» y todo.

Cuando la vibrante y sobrecolegadora composición musical estuvo dispuesta para ser estrenada en el hotelito de las afueras, ante un público minoritario, muy semejante al de una foto de kilométrico, la Comisión se puso en marcha hacia el lugar del concierto. Roberto Cano, con el nieto más pequeño en sus rodillas, recibió estoicamente el primer impacto de «flash» sin pestañear siquiera.

Después de la corona de laurel para aquel nuevo Ulises, el ramo de flores para su Penélope y un caramelo para el joven Telémaco, la Comisión se colocó en posición de abrir el fuego.

El autor empezó con un trémolo sobre la vida de los pobres huérfanos, tan faltos de un hogar semejante al que disfrutaban aquellos nietecitos de Roberto Cano, tan sanotes y tan fortachones como el que chupaba lentamente su caramelo.

Su «solo» terminó con un recuerdo cariñoso para los autores que aliviaban la sordidez de la infancia desgraciada, cambiando sus derechos por un único deber: el de salvar el teatro.

El segundo fognazo del agente de publicidad sorprendió una lágrima vibrando en el borde del párpado izquierdo de Roberto Cano. La Comisión sonrió en pleno, y la actriz avanzó hacia el sillón del salvador de la escena española.

Su recitado fué impresionante. Sobre todo cuando quiso llegar al desmelenamiento y no pudo conseguirlo, porque sus trenzas —¡ay, sus trenzas!— habían desaparecido, segadas en flor para dar de comer a un tramoyista.

Relampagueó el «flash» y la placa fotográfica registró otra lágrima en el pretil del párpado derecho de Roberto Cano. La Comisión rió nerviosa. Del empresario dependía que ambas gotas brincaran de los ojos del gran artista, inundando de ternura su chaleco. Y el empresario consumió su turno; mejor dicho, no llegó a consumirlo, porque aun no había hablado de la vergüenza que significaba para el teatro tener que rifar un corte de traje en cada entreacto y un piso el día de las cien representaciones, cuando un fognazo del fotógrafo captó el brinco simultáneo de las dos lágrimas de Roberto Cano.

—Basta. ¿Qué hay que hacer?— preguntó el gran actor, sacudiéndose las gotas del chaleco y el nieto

de las rodillas—. ¿Qué hay que hacer para salvar el teatro?

La partida estaba ganada. El nuevo Ulises había sucumbido al canto de las sirenas de Tespis. Roberto Cano volvería a las tablas. El teatro español estaba salvado.

II

El homenaje resultó muy lucido, y sobre todo muy abundante: entremeses, ternera, colas de langosta y de postre, como siempre, discursos. Que si Roberto Cano era mejor persona que actor. Que si era mejor actor que mejor persona. Que si había hecho mal en retirarse. Que si había hecho bien, porque así se había notado que había hecho mal. Que si ya estaba todo el teatro vendido antes de saber en qué teatro iba a presentarse... Que si si, que si no. Como siempre: discursos.

La primera piedra del suntuoso edificio, donde Talía iba a dar la batalla al cinematógrafo, acababa de ponerse con toda solemnidad. La Prensa y la radio lanzaron la noticia a los cuatro vientos.

—¿Cuándo te presentas, Roberto?—le preguntaron en el café sus viejos amigos. Porque el actor había vuelto a ser actor y como es natural había vuelto al café y a sus viejos amigos.

—Todavía no se ha fijado fecha.

—¿Y en qué teatro? ¡Quedan tan pocos!

—Todavía no se ha fijado teatro.

—¿Has formado ya? Acuérdate de nosotros.

—Todavía no se ha fijado compañía.

—¿Tienes obras? A ver cuándo te leo. He echado el telón a un drama, de esos que gustan tanto ahora, con palabrotas y todo, que tiene un papelón para ti. De condenado a la silla eléctrica. Oye, y va y se corta la corriente y te dejan a medio matar por las restricciones. Oye, y cuando llega el indulto... ¿Cuándo te leo?

—Todavía no se ha fijado repertorio.

Los viejos amigos estallaron en una sonora carcajada.

—¿Quieres decirme, entonces, qué es lo que se ha fijado, aparte de tu vuelta a la tertulia?

Roberto Cano sorbió lentamente el paso de su café. La verdad es que no se había fijado ni con cretado nada. Pero eso era lo de menos. En el mundo del teatro nada era seguro hasta el momento de colgarse de la maroma y levantar el trapo. Y ese momento tenía que llegar. Se había hablado y escrito demasiado sobre el asunto para defraudar al público, y el público en teatro es el que manda.

Había empresa con crédito, actriz con trenzas y autor consagrado. El tripode para alzar la efigie de Roberto Cano asentaba firmemente sus tres puntales. Pero algo faltaba; algo que atara las patas del pedestal para que no se fuese cada una por su lado. Roberto Cano, perro viejo, lo sabía. Se lo dijo claramente al empresario:

—¿Pero, usted tiene dinero, señor mío?

—Yo, francamente, no. Ya sabe que el teatro da muy poco. Espero levantarlo gracias a usted. Con su nombre y su prestigio será fácil encontrar un caballo blanco.

—¡Un caballo blanco! ¿Sabe usted lo que pide? El último fué el caballo de Santiago.

Roberto Cano exageraba. Muchos caballos blancos habían tirado del carro de Tespis desde que el Santo Patrono había subido al cielo por su camino de nubes. Muchos caballos blancos habían hecho avanzar las carretas de la farándula, por los barrizales de las aldeas, y sus autocares, por las flamantes rutas del turismo internacional.

Los caballos blancos eran los eternos amigos del teatro. Gracias a ellos y a su empuje y entusiasmo, el teatro había atravesado triunfalmente un Siglo de Oro y aun renqueaba en este siglo de calderilla.

Roberto Cano exageraba. Había habido muchos caballos blancos en la brillante historia del teatro.

—Lo que quiero decir —tuvo que rectificar— es que ahora no encontrará usted caballos blancos más que para tirar de un carro de chatarra o de un «haiga» de importación. El arte no interesa. Sólo interesa el dinero.

—Déjeme usted a mí —había asegurado el empresario—. Si hay todavía un caballo blanco en España, ese será el que financie su presentación. Ya lo verá.

III

Roberto Cano dejó de ir al café. Convenía no «gastarse», en vista de que la presentación se iba aplazando. La Prensa y la radio empujaban como podían la cosa, cada vez que daban la necrológica del derribo de un nuevo coliseo, «¿Qué pasa con



Roberto Cano? ¿Hasta cuándo vamos a soportar la privación de sus geniales interpretaciones? ¿Todavía no hay caballo blanco? ¿Qué pasa?»

Pues no pasaba nada. El tiempo nada más, que ya es bastante. La mujer del gran actor se calaba sus gafas de vista cansada y leía muy despacio, en voz alta, las noticias de los gacetteros teatrales.

—¿Lo ves, Roberto? —refunfuñaba—. Si yo te lo dije. Estábamos muy tranquilos sin todo este lío. No hacen más que hablar de ti. Te ponen en evidencia.

—Déjales que hablen, Paquita. Eso es bueno. Señal de que existo.

—La vanidad de los hombres. Que te tejen en paz. Ya no están tú para trasnochar ni coger pulmonías por esos escenarios.

—¡Ay, Paquita! Siempre fuiste la misma. Primero, los celos. Y ahora...

—Siempre la misma. Siempre mirando por ti. Podemos vivir con nuestras perritas y el sueldo de Luis.

—Haciendo doblajes. ¡Un Cano haciendo doblajes! Prestando su voz a otros actores, y de cine además.

—A mí me «gutaba» en Robín, abuelo—intervino Luisito, el nieto benjamín, en su media lengua.

—Tú calladito. Y no vuelvas a llevarle al cine, Paquita. Eso es pasarse al enemigo.

Y Paquita suspiraba en silencio, volvía a calarse las gafas y seguía leyendo, pero en voz baja.

Un día radiante de primavera sonó el teléfono en el vestíbulo del hotelito. Era el empresario:

—Don Roberto. ¡Don Roberto! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué «pacha», abuelo? ¿Qué «pacha»?

—¡Quita, niño! ¡Que me arrancas el cable!

—Dice usted que lo tiene, Aguirre? ¿Pero, qué es lo que tiene? ¡El caballo blanco? ¡Hurra!

—¡Mamá! ¡Abuelita! —saló gritando Luisito—. ¡El caballo «banco»! ¡Ya «tene» el «abelo» un caballo «banco»; ¡Un caballo «banco»! ¡Y me lo va a regalar!

IV

El caballo «banco», como le llamaba Luisito, era un señor bajito, regordete, con botines y sombrero ribeteado. Daba saltitos cuando hablaba con alguien, para parecer más alto, y como soltaba pequeñas y sincronizadas bocanadas de humo de puro, tenía aspecto de locomotora recién nacida.

—Cuénteme, Aguirre. ¿Cómo lo conoció?

—Pues, verá usted, don Roberto. Fué una casualidad —y el empresario se instaló en su poltrona, ofreciendo al actor la de las visitas—. Raquel es una gran actriz. Es nuestra actriz. Con eso está dicho todo.

—Es una actriz con toda la trenza. A propósito. ¿Le ha crecido el pelo?

—A todos nos ha crecido el pelo, don Roberto. Los dos viejos amigos se echaron a reír.

—Pero, ahora, las cosas han cambiado. Cuénteme, Aguirre. Decía usted que Raquel...

—Es tan buena chica... Bueno, hace papeles de damita todavía. Y es tan ingenua... Creyó que ella encontraría nuestro caballo blanco. Pero tuvo que desistir. Todos los caballos que encontraba eran verdes. No nos servían. Al fin se dió por vencida. Y mire usted por dónde, ayer mismo...

—¿Por qué no me avisó? Estuve levantado hasta muy tarde.

—Era prematuro. Fué en el café. Nuestro hombre, bueno, nuestro caballo o lo que sea, estaba en la mesa de al lado, con otro flaco y larguirucho, todo de luto. Y éste, el nuestro, que se llama Vázquez, aquí tiene su tarjeta...

—Alejandro Vázquez. Buen papel. Pergamino. Y en relieve. Continúe.

—Pues éste le decía al otro que estaba buscando un teatro para una obra que tenía entre manos, y que como todos los teatros se estaban habilitando para cines, no lo conseguía ni en broma. El larguirucho le hacía muy poco caso. Sólo le interesaba el fútbol. Se marchó en seguida. Y entonces, como es natural...

—Entró usted en escena.

—Naturalmente. Le pedí lumbre. Luego un cigarrillo, y... en fin, que en seguida empezamos a charlar. Es un enamorado del teatro. Y lo de siempre. Es un novel que quiere estrenar su obra.

—Vaya por Dios. Empezamos bien.

—Bueno. El quiere estrenarla, pero no le importa cuándo. Le parece muy bien que la temporada se abra con el drama de don Gerardo.

—«Marichucena»? Lo he leído. No me convence. —De eso ya hablaremos. Don Gerardo es un prestigio. Es el protector de los huérfanitos. No lo olvide.

—No. Es que el papel creo que no me va. En fin. Lo estudiaremos.

—¡Oh! Entre nosotros no habrá discusiones. Vázquez da toda clase de facilidades para todo. Yo le confesé que no tenía teatro, que era empresario de compañía nada más. Pero que tenía buenos amigos entre los empresarios de casa, y que muy pronto tendríamos en dónde meternos.

—¿Y han formalizado ustedes algo?

—Precisamente, esta mañana. Ha venido a verme y me ha entregado un cheque por una cantidad importante, para los primeros gastos.

—¿Cuánto?

—Don Roberto: ¡Yo soy su empresario!

—Perdón. ¡Qué indiscreto! ¿Qué teatro piensa alquilar?

—El teatro Chapí.

—Buen teatro. Y muy céntrico.

—Eso es precisamente lo que más le interesaba al «caballo» Vázquez.

—¡El «caballo» Vázquez!

Y los dos viejos amigos volvieron a echarse a reír.

V

Cuando Roberto Cano leyó en los periódicos que la Empresa Vázquez Hermanos se disponía a cerrar el teatro Chapí «para realizar grandes reformas en el local»; llamó a su amigo Aguirre por teléfono:

—¿Ha leído usted?

—¿Qué, don Roberto?

—Esas reformas. ¿Cuándo van a empezar los ensayos?

—Hasta septiembre no hay nada que hacer. Vázquez quiere que la sala sea la mejor de Madrid. La más moderna.

—Pero, bueno. ¿La empresa es usted o es Vázquez?

—Verá, don Roberto. He tenido unos apurillos, por pagarles a ustedes precisamente; que la compañía ya está formada y todos cobran.

—Sí, pero ya le dije que a mí no me importaba esperar.

—Pero el personal del teatro... y las segundas figuras... Raquel quería comprarse un collar. No sé si se lo habrá comprado.

—No me importa lo que haya hecho Raquel. Ha vendido usted su primogenitura por un plato de lentejas.

—Por algo más, don Roberto. Y además, no la he vendido. Vázquez quería figurar en los carteles como empresa.

—Es el primero en la historia de los caballos blancos.

—Ha llevado todas las negociaciones con el dueño del Chapí. Yo le presenté, y...

—Y él se va aprovechar bien. Cuidado, Aguirre. Verá usted cómo empezamos la temporada con la obra de él, y entonces... no cuente conmigo.

Roberto Cano era el primer actor y director de aquella nueva compañía. Reunió a su gente en el salón de actos de la Cooperativa del Gas, que era donde ensayaban todas las compañías fantasma antes de conseguir un teatro, y allí repartió los papeles. El caso era entretenerse:

—Pero si vamos en octubre, don Roberto—protestó Raquel que efectivamente se había comprado su collar—hay tiempo.

—Nuestro debut tiene que ser sensacional. Aunque falten cuatro meses, no importa. Estrenaremos sin concha.

El apuntador protestó. ¿Iban a borrarle de la nómina?

—No, Felipe. Tú cobrarás como todos. Como estás cobrando ahora.

—O más, si autoriza otro aumento el Sindicato.

El autor, que era el único que no cobraba, por ahora, tenía cierta envidia a los intérpretes de su drama. Sólo cuando Roberto Cano empezó los ensayos y en el salón de actos resonaron los gritos de «Marichucena», Gerardo Pagés empezó a serenarse.

—¡Bravo, Raquel! ¡Extraordinaria! ¡Qué parlamento! ¡Se va a venir el teatro abajo!—y aplaudía con tal frenesí, que todos los actores saludaban sin querer, con la nostalgia de su juventud, cuando los teatros se daban como hongos después de un chaparrón.

Jugando a los teatros en el Hogar de la Cooperativa, con algún guarda y alguna de la limpieza como espectadores entusiastas, pasó la primavera y llegó el calor. En la Cooperativa olía a gas y tu-

vieron que dejarlo. Pero el drama ya estaba bordado y Roberto Cano se había identificado con su papel de padre de «Marichucena», y trataba paternalmente a su hijita Raquel.

—Estoy muy contento de vosotros—anunció en su discurso de despedida—podéis marcharos de verano. Pero ya sabéis: el 15 de septiembre aquí.

Mientras llegaba el ansiado 15 de septiembre, Roberto Cano estudió el montaje de la obra, discutió con los decoradores los bocetos y con su mujer los figurines. Luis, el que doblaba la voz de Robin, se empeñó en ayudar a su padre.

—Si lo hubiera sabido, te habría dado un papel, hijo mío. El mejor... después del mío.

—Pero la mujer del invisible galán de la pantalla, se opuso tenazmente. Todo menos las tablas. Eso era lo último.

—Tú a doblar, y si quieres, a la radio, pero ¿en un escenario? ¡Jamás!

—Tan celosa como tu madre, Luis.

—Déjalas que chillen. Tú dame el papel. Y ya veremos lo que pasa.

—Claro. Para trabajar con esa Raquel, que sabe Dios qué vida llevará. ¡Una cómica!

—¿Y qué soy yo, niña? ¡Un cómico! ¿Te avergüenzas de tu suegro?

Paquita se encorvaba un poco, para inspirar lástima, y cortaba las discusiones, agarrándose el costado.

—¡Ay, mi reuma! No discutir, por favor.

—Es la incomprensión de siempre—saltó Luis como si sujetase la espada de Don Juan Tenorio—. Entre todos hundiréis el teatro.

—Bravo, hijo mío. Bravo. Te daré el papel. Ya lo sabes. El mejor... después del mío.

VI

Y llegó el 15 de septiembre. En la cartelera de los periódicos, donde el espacio dedicado a los teatros había ido estrechándose, aplastado entre los noticias bursátiles, y el ensanchamiento arrollador de las pantallas de cinemascope, no aparecía el teatro Chapi.

—Quedamos en que hoy empezaría a anunciarse mi presentación—reclamó Roberto Cano, por teléfono, al representante—. No veo ninguna gaceta. Ni siquiera la cartelera. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, don Roberto—se disculpó el otro—. Yo he quedado con el señor Aguirre, esta mañana, en el teatro.

—¿Han acabado las reformas? Aún no han quitado ni la valla ni el cartelón que cubre la fachada.

—Pasado mañana creo que se inaugura el nuevo edificio.

—A ver qué han hecho. ¡Podían haber consultado conmigo para el escenario. Los decorados ya están. ¿Y si luego no sirven? ¿Usted sabe si han cambiado las medidas?

—No sé nada, don Roberto. Le llamaré a usted a la hora de almorzar.

—Bien. Espero su llamada.

Roberto Cano tomaba su café a la sombra de las acacias del jardín, y aún no había llamado al representante.

—¡Luis!

—¿Qué quieres, papá?

—Haz el favor de llamar a García. Quedó en telefonarme a la hora de almorzar y ya son cerca de las cuatro.

Luis volvió diciendo que el representante no estaba en casa.

—Llama a Aguirre.

Luis volvió diciendo que Aguirre no estaba en casa.

—Llama a Vázquez.

—Luis volvió diciendo que Vázquez no estaba en casa.

—Bueno, pues llama a... No llames a nadie. Vámonos. A las cinco he citado a todos en la Cooperativa.

El salón de actos todavía olía a gas, porque aún no se había terminado el verano. No estaban todos los actores. Faltaba alguno. Raquel, por ejemplo. Llegó después, con Gerardo Pagés, el autor.

—¿Ensayamos?—preguntó el primer galán.

—Tengo que hablar contigo. Mi hijo quiere hacer tu papel.

El primer galán puso gesto de hombre «duro». Ya había dado sin querer el primer paso para enrolarse en el cine.

—Pero, yo lo he ensayado ya, don Roberto.



—No importa. El del primo te va mejor.

—Bueno, pues haré el primo. Como siempre. ¡Apuntador! ¡Papeles! ¡Apuntador!

El apuntador no estaba por ninguna parte. Quizá pudieran encontrarle en el Sindicato, preguntando si las bases se habían modificado para la nueva temporada.

—¿Qué hacemos entonces?—quiso saber un actor que tenía prisa.

Roberto Cano meditó unos segundos. Después, dando una palmada en la mesa que tenía delante, se irguió majestuosamente, como en la escena del tercer acto de «Marichucena», y anunció:

—Señores, ensayaremos en el teatro Chapi.

La compañía se disolvió a la entrada de la Cooperativa. Los actores más modestos corrieron a la boca del Metro, o a la cola del autobús. Los Cano, padre e hijo, Raquel y el autor del drama, pararon un taxi. El primer galán, el primo, tomó otro taxi para él sólo: genio y figura.

Un cuarto de hora después, la compañía volvía a agruparse delante de la enorme pancarta que ocultaba la fachada del célebre teatro Chapi, «que tantas glorias había dado a nuestra escena».

—Vamos—dijo escuetamente el director de la compañía, empujando la puertecilla que se abría a un costado de la valla.

A la voz de mando de Roberto Cano, la masa farandulera irrumpió en el recinto acotado de la acera. Aquel recinto, señalado con bombillas rojas, que indicaban al sufrido peatón la necesidad de bajar del encintado, arrojando la terrible y despiadada circulación rodada.

—¡Eh! ¿Dónde van ustedes?—preguntó un hombre vestido con trapos que vivaqueaba delante de una hoguera, encendida en un cubo, delante de una chabola comanche.

—Soy Roberto Cano. Vamos al escenario.

—¿Qué escenario? Yo soy el guarda. Todavía no se pueden ver los pisos.

El actor retrocedió. Se habían confundido de valla. Pero no podía dar marcha atrás porque se lo impedía la muralla humana que avanzaba a sus espaldas.

—¿Este no es el teatro Chapi?

—Ah, sí. El teatro. Bueno, pero no pueden entrar sin una tarjeta del dueño.

—Estos señores sí pueden entrar, Nemesio.

El que acababa de hablar era un hombre joven, que lucía un uniforme gris, con galones dorados. Sus manos, enguantadas de blanco, habían abierto

de par en par la cristalera de entrada al edificio, donde aun no se habían borrado las aspas y las eses del vidrio recién instalado.

—Pasen. Tengan la bondad.

—¡Pero si es Felipe, el apuntador!—exclamó un actor modesto que acababa de llegar, porque el autobús le había dejado en tierra.

—¡Felipe! ¿Quieres explicarme esto?—exclamó Roberto Cano, encarándose con el flamante empleado.—¿Tú de portero?

—Ordenanza nada más, don Roberto. Pero entren, por favor.

Se hizo a un lado y manipuló en un cuadro lleno de botones y de palancas. El enorme vestíbulo se llenó de luz, alumbrando el asombro de los miembros de la compañía, que se fueron agrupando debajo de la araña de cien luces que colgaba del centro de la bóveda.

—¡Oh!—fué el comentario de aquel rebaño de turistas, contemplando por vez primera la catedral de Burgos o el patio de los Reyes en el Escorial.

—Magnífico «foyer»—murmuró complacido Roberto Cano.—Vamos a ver la sala.

Al dirigirse a la puerta de doble hoja que se recortaba en el muro del fondo, alguien salió de allí. Otro uniforme gris, con más galones y entorchados que el del apuntador.

—¡García!

El representante bajó los ojos y se puso a mirar en el suelo un tablón manchado de yeso que aun no había caído bajo el hacha de Nemesio, el del vivac.

—¡Usted vestido de mamarracho!

—Es el portero mayor, don Roberto—aclaró Felipe estirándose los guantes con empaque.—Es un uniforme muy bonito. Para mí lo quisiera, pero mientras sigamos con estas bases, no tengo derecho a otro igual.

—Portero mayor. ¡En un teatro!—masculló Roberto Cano.—¿Así cómo va a durar el negocio? Y ahora, a buscar otro representante, y otro apuntador.

—Y otro empresario, amigo mío.

El actor volvió la vista. Aguirre, muy despacio, bajaba por la escalinata de mármol, agarrándose al dorado pasamanos. Había pronunciado aquella frase, entrecortadamente, entre sollozo y sollozo, y si la abnegada Raquel no hubiera corrido a sujetarle, se habría desplomado, rodando los pedaños como una croqueta.

—¿Pero, esto qué es?—rugió el gran actor, y su

voz retumbó igual que en «Otelo» ¡Aguirre! ¡Aguirre! ¿Quieres explicarme?

—Un drama, amigo Cano. Un drama, tremenda, espeluznante. ¡Me han traicionado! Quieren darme el Negociado de Moneda Extranjera. Pero a mí no me compran, ni con dólares.

Un horrible sollozo ahogó las últimas palabras del empresario. Felipe, el ordenanza, le acercó una silla, y Roberto Cano, le dió su pañuelo. Aguirre, sin poder articular una palabra, señalaba desesperadamente la puerta de dos hojas.

—¡Allí! ¡Allí!—pudo decir al fin.

Roberto Cano se precipitó a la puerta, y la abrió de un tirón. Felipe dió luz a la sala, y los cómicos, con el terror del final de «Marichucena», contemplaron la vasta nave, rodeada por un mostrador salpicado de cartelitos: «Información», «Cuentas Corrientes», «Valores», «Cajas de alquiler».

Al fondo, dos taquillas. ¿Función de tarde? ¿Función de noche? No. «Cobros» y «Pagos». Nada más.

Y en un largo pupitre central, impresos, muchos impresos. En el mampre, sobrio y escueto: «Banca Chapi. Capital desembolsado: Doscientos millones de pesetas.»

VII

Roberto Cano salió de la nave. Aquella nave del teatro español que le habían pedido que salvara y que ahora se hundía para siempre. Felipe apagaba las luces mientras los actores, con palidez de naufragos, salían como ratas asustadas a la luz de la araña del vestíbulo.

—¿Ha visto usted?—sollozó el empresario.—Pero, ¿ha visto usted lo que han hecho?

—Nada nuevo. Estos financieros—repuso el actor con serenidad de capitán de petrolero incendiado—no tienen demasiada imaginación. Han hecho lo único que saben hacer: un Banco.

—¡Pero, es una estafa! ¡Se han burlado de nosotros!

—Mire usted, Aguirre—y Roberto Cano avanzó unos pasos, como en sus mejores parlamentos.—No pretenda engañarnos. ¡Usted lo sabía!

—¿Yo?

—¡Cállese! Usted sabía esto, y ha abusado de nuestra buena fe. A mí no me importa. Yo vivo muy bien sin el teatro. Repasando mis fotografías y mis recortes de periódico, tengo bastante. Pero esta juventud que empieza ahora...—el coro de naufragos empezó a ronronear intranquilo.—¡Esta juventud que va camino de la gloria y de la fama!—crecieron los murmullos.—¡A ésta no se le puede engañar! ¡Y usted lo ha hecho!—los murmullos se convirtieron en verdadera tempestad.

—¡Silencio!—aulló Aguirre, recobrando su energía de empresario—. En mis largos años de lucha, nadie ha podido decir jamás que firmara una comedia con ningún autor, que exigiese un beso, una caricia, a una racionista para elevarla de categoría, ni que comprase con puros a la crítica. La palabra de Aguirre ha sido siempre una: Honradez. Por eso no he ganado dinero. Porque los empresarios de teatro no ganan dinero. Con esta mano lo cogen y con ésta se les va. El culpable ha sido el caballo blanco. Un «caballo» que no era de pura raza. Al contrario. Tenía muy mala sangre. Sangre de toro. De toro que venía a emptonarnos.

Por la escalera, alfombrada de nudo gordo, bajaba dando brinco y saltando bocanadistas de humo, Alejandro Vázquez, de la firma Vázquez Hermanos. Alejandro Vázquez, la locomotora recién nacida, alcanzó a oír aquello del caballo con sangre de toro. Se detuvo en el relleno que dominaba el amplio vestíbulo, y apoyándose en la barandilla, tosió para llamar la atención y arrojó una larga bocanada a tren parado.

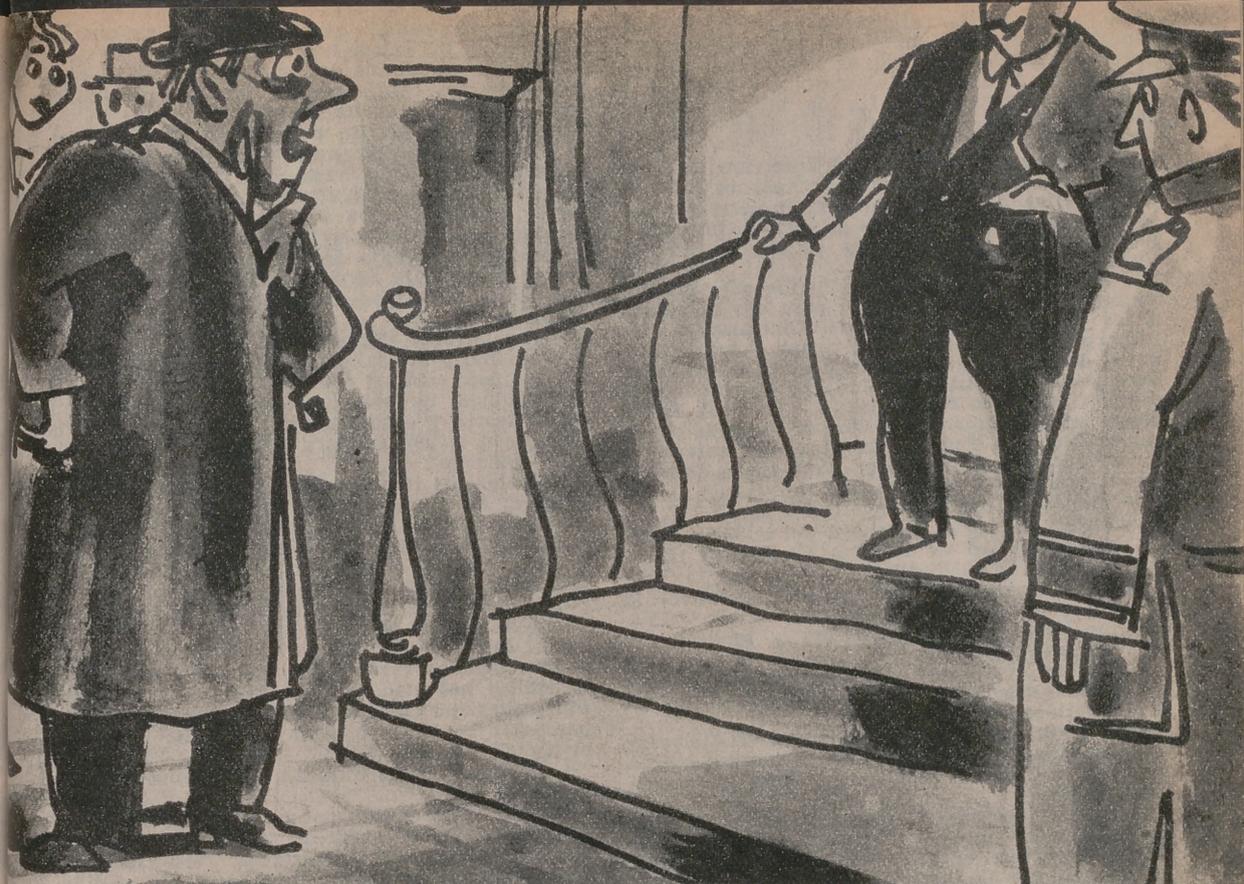
—¡Es él! ¡Allí está!

El grito de guerra del empresario provocó el motín, y sus marineros se lanzaron escaleras arriba, para arrojar al caballito por la borda.

—¡Calma, señores!—exclamó Vázquez desde su púlpito.—La cosa es muy compleja. Muy compleja. Vengan ustedes mañana a mi despacho, y se lo explicaré.

Pero los motines no son para discutir al día siguiente. Hay que cortarlos sobre la marcha. Los ánimos estaban tan excitados que el ordenanza y el portero mayor huyeron del vestíbulo para volver al cabo de unos momentos seguidos de una





legión de uniformes grises galoneados y con guante blanco.

La marea ya subía hasta el descansillo y Vázquez retrocedía dignamente peldaños arriba, cuando llegaron los refuerzos. Docenas de manos enguantadas fueron despejando la escalinata y una guardia de uniforme rodeó al caballo, que estaba más blanco que nunca.

Los actores, al pie de la escalera, temblaban de ira. Las actrices lloraban histéricamente. Aquellos ordenanzas, capitaneados por García y por Felipe, eran los antiguos porteros, los acomodadores, los tramoyistas del teatro Chapí.

—¡Manolo! —rugió Roberto Cano—. ¿Tú también, hijo mío? Poniéndome la mano encima, y a mí me debes el puesto de avisador! ¡Yo te recomendé porque el jefe de la claqué me dijo que eras el que más me aplaudía en los mutis! ¡Y ahora, también de gris, como una rata!

—No hay que tomarlo así, señor Cano —dijo con suavidad el caballo blanco, descendiendo varios escalones, rodeado de sus guardaespaldas—. La cosa es muy compleja. Muy compleja. Hemos procurado acoplar a todo el personal del antiguo edificio en las vacantes que teníamos. Y creo que están satisfechos. Les hemos doblado el sueldo y entrarán con antigüedad de primero de año. Esto es interesante para los quinquenios, pagas extraordinarias... Muy complejo todo. Muy complejo.

—Y con los artistas, ¿qué piensa usted hacer? —preguntó el autor, gran abogado de huérfanos y afligidos—. No los va usted a colocar también en su Banco.

—¿Y por qué no? —sonrió el caballo—. Aquí encontrarán calor de hogar, un sueldecito fijo, que es muy importante en la vida, y veraneo gratuito en playa de moda. Tenemos una magnífica residencia y un servicio esmerado de autocares «pullman». ¡Ah! Y en invierno, para los deportes de nieve, un albergue en Navacerrada, a todo meter. Y una sorpresita, amigos. Los que quieran trabajar para la firma, y les aseguro que en los Bancos no se trabaja demasiado; sólo las mañanas, y nuestros papeles son más fáciles que esos que se tienen que estudiar ustedes para ir malcomiendo... Los que quieran trabajar para nosotros, tendrán derecho a un piso en las plantas altas que vamos a levantar encima del Banco.

—¿Un piso? ¿Ha dicho un piso? —en las huestes de Roberto Cano había estallado la bomba atómica—. ¡Que me apunten! ¡A mí que me apunten! ¡Yo de cajero! ¡A mí de mecanógrafo!

—Calma, señores. Todo está previsto. Muy complejo, muy complejo, pero todo previsto.

—¡Silencio! —aulló Aguirre, como en un ensayo general con todo—. Sois capaces de abandonar al maestro, de renunciar a vuestra vocación, a vuestro arte, por un puñado de pesetas y de ladrillos puestos de pie, con una cocinita dentro?

—No es necesario que nadie renuncie a nada —replicó el pequeño Vázquez con exquisita suavidad—. Todo está previsto. En el sótano se ha construido un teatrillo...

—¿Teatrillo? —grufió Aguirre.

—Sí, un teatrillo muy mono. La firma tiene el deseo de fomentar las aptitudes artísticas de sus empleados. Allí actuará nuestro Cuadro de Empresa, y dará sus funcioncitas, y sus conciertos de bandurria, y celebrará sus bailes. Todo muy complejo, muy complejo, pero previsto. ¿Quieren ver el teatrillo?

—¿En el sótano? —dijo Roberto Cano con voz cavernosa—. No. Hemos descendido, amigo. Pero no tanto.

Y el gran actor, con su hijo, su empresario, su autor y su primera actriz, la plana mayor de la disuelta compañía, salió del Banco, sacudiéndose en la acera el yeso de los zapatos.

VIII

La primera semana, después de la inauguración del Banco Chapí, se advertía aun cierta inexperiencia en sus empleados y subalternos. Era corriente escuchar en la taquilla, perdón, ventanilla de pagos y cobros, frases insólitas en la historia de las finanzas:

—No nos quedan billetes para la emisión de esta tarde. Si quiere dos de la serie F se los puedo reservar, pero le advierto que son muy laterales.

Las nuevas mecanógrafas también se conducían de un modo singular. Hacían punto elástico y se comían bocadillos de tranviario como las profesionales, y escribían con dos dedos y ponían sus faltas de ortografía, igual que las diplomadas. Pero discutían constantemente por el orden de aparición en la nómina y el grosor del tipo de letra con que constaban en el fichero de personal.

Tampoco los subalternos podían ocultar su marchamo de origen. Al levantar los cierres de seguridad, todas las mañanas, se oía el grito de: «¡Arriba el telón!», y el portero mayor sacaba a los ordenanzas camuflados en los lavabos a la voz de: «¡La tercera! ¡Empezamos!»

Era cuestión de tiempo. La Dirección lo sabía y

disculpaba aquellas deficiencias del servicio. Muy complejo, todo muy complejo, pero perfectamente previsto. Aquellos bohemios incontrolados irían entrando por el aro de la disciplina y antes de la paga extraordinaria de fin de año, someterían cada día su tarjeta al visto bueno del reloj zucisca.

Era cuestión de tiempo. La Dirección lo sabía. Y esperaba sentada y fumando habanos con sortija especial, a que la transformación se operase, cambiando aquella tribu de gitanos en honrada y laboriosa grey de empleados de Banca y Bolsa. Cuestión de tiempo.

Y así terminó la última compañía que salió valientemente de sus trincheras para dar la batalla a los poderosos comandos del Cinemascope. Sin embargo, la plana mayor se retiró a sus posiciones y decidió reorganizar sus cuadros de combate. Su capitán, don Roberto Cano, con el ayudante de campo, Luis Cano Fernández; el jefe de la Intendencia, señor Aguirre; el autor del plan de operaciones, Gerardo Pagés, y la abnegada enfermera, señorita Raquel, se reunieron en la tierra de nadie de un café cualquiera. Era la hora «H» de un día «D» cuando se tomó la pavorosa decisión.

—«Marichucena» se estrenará por encima de todo—y el puñetazo de Roberto Cano hizo tiritar de miedo a las cucharillas.

—¿Pero, en dónde?—quiso saber el padre de la criatura.

—Nos iremos a provincias—fué la solución del viejo estratega.

—¡Oh, a provincias! ¡Otra vez con la maleta a cuestas!—suspiró la delicada Raquel, acariciando su hermosa trenza natural.

—Yo te la llevaré. No te preocupes—fué el gentil ofrecimiento del galán Cano Fernández—. Una vez hice el Tenorio y pude con Doña Inés, ¿verdad, papá?

Roberto Cano asintió. Además en una función de aficionados, que tiene más mérito, porque todos sabemos que las aficionadas suelen estar mejor de peso que las profesionales.

—Muy bien—aprobó Aguirre, el de la Intendencia—. ¿Pero con qué dinero?

—El dinero es lo de menos—y Gerardo Pagés, tan acostumbrado a regalarlo a los pobres huérfanos, se encogió de hombros—. Se busca.

—Yo tengo algunas perritas—confesó Roberto Cano—. Las he sacado de la cartilla en señal de protesta contra las provocaciones de la Banca Privada. ¿Pueden servir?

—¿Cuánto?—preguntó tajante Aguirre.

Roberto Cano dijo la cifra. Era demasiado modesta. Pero con los ahorros de su hijo Luis, el collar de Raquel y un crédito que el intendente general estaba seguro de conseguir podían debutar antes de mayo en Navalcarnero.

—¿Navalcarnero?—apuntó con desmayo Pagés—. Acaso tenga yo alguna liquidación en la Sociedad de Autores, que no he recordado hasta ahora. Si la pusiera a disposición de las empresas, ¿crees usted, Aguirre, que llegaríamos a Albacete, por lo menos?

—Depende de la cantidad—titubeó el otro.

—¿Y mi trenza?—ofreció Raquel—. ¿Habéis pensado en mi trenza?

—Sí, hijita—sonrió el galán—. Pero ahora todas las mujeres llevan el pelo muy cortito, muy cortito.

La discusión del plan de campaña duró hasta muy tarde. Pero lo importante era la decisión de proseguir la lucha hasta el final, y la decisión estaba tomada. En principio la ofensiva sería en primavera y el teatro de operaciones: ¡Navalcarnero!

IX

Paquita y su nuera despidieron a los combatientes en la estación. Antes de aquella tierna y conmovedora escena, con lágrimas, abrazos y pañuelos, se habían desarrollado otras más violentas y más dramáticas en el hotelito de las afueras.

El gesto de represalia de Roberto Cano, retirando sus fondos de la Caja Postal de Ahorros, no había sido bien visto por su asesora de almohada. Tampoco la actitud de su hijo, rompiendo su contrato de doblaje y la lucha que guardaba en el fondo del armario, convenció a la que tuvo que darle la llave.

—¡Es la ruina, Roberto!—suspiraba Paquita con la mano en el costado—. ¡Piensa en tus nietos!

—¡Es la ruina, Luis!—coreaba la nuera—. ¡Piensa en tus hijos!

Los dos legionarios del arte levantaban al tiempo la misma ceja, sonreían amargos y repetían con voz firme y sincronizada:

—Será en mayo. En mayo y en Navalcarnero.

Y fué en mayo. En mayo y en Navalcarnero. El teatro estaba lleno hasta los topes, suponiendo que el teatro fuese un tranvía, que es bastante suponer. La batalla iba a comenzar. Roberto Cano arengó a sus huestes y los timbres sonaron como un clarinazo. Debajo del ladrillo de los maquillajes se advertía la verdosa palidez de aquellos valientes que se disponían a vencer o a morir en la demanda.

—¡La tercera! ¡Empezamos!

—¡Animo y al asalto! ¡Fuego a la batería!

—¡Qué poco sabía el tramoya, tirar de la maroma, que en lugar de levantar el telón estaba ahorcando al teatro y exponiendo su ridículo cadáver de pelele con la lengua fuera a la burla y la irrisión del populacho.

La salida de Roberto Cano fué acogida con una ovación. Pero una ovación demasiado apasionada para ser sincera. Acostumbrado el público a la estridencia del sonido estereofónico, que le estallaba en los oídos, en el pelo, en el cogote, no captaba las suaves inflexiones de aquel gran actor que parecía hablarles como si estuviese en su casa.

—¡Más fuerte! ¡Que no se oye!

Este fué el primer disparo del enemigo. Un venticello jugueteó levantó las faldas al decorado, y el público, habituado a los ciclópeos muros de cartón piedra del cinemascope rió la levedad de las paredes del castillo de «Marichucena». Y empezó el tiroteo.

—¡Cuidado con el huracán, que os quedáis a la intemperie!

Raquel inició el contraataque con un bello parlamento, capaz de arrancar un torrente de lágrimas del mármol de una estatua. Pero faltaba el gran primer plano, con el detalle de sus mejillas salpicadas de gotas de glicerina y el público no conseguía ver si realmente lloraba aquella lejana figurilla y se mesaba la trenza en libertad o se la estaba peinando para estar más presentable.

Cuando el telón cayó entre los dos bandos, dando por terminado el primer asalto, el cinemascope iba ganando a los puntos. Gerardo Pagés no salió a saludar por si acaso.

—¡Animo!—tranquilizó Roberto Cano—. ¡Todo marcha! ¡El público va entrando!

El sorteo de regalos del intermedio aplacó los ánimos. Aguirre era un maestro en la organización de tales concursos y consiguió de los bodegueros de la comarca que tocaran los espectadores a botella de coñac por barba.

Pero el segundo acto estaba dividido en varios cuadros, y cuando empezaron los tramoyistas a interpretar su preludeo para martillo y orquesta, a telón bajado, el público volvió a recordar la rapidez supersónica, un simple parpadeo, con que el cinemascope realizaba sus mutaciones, y un taconeo de bulerías gitanas con palmadas a compás, anunció la tormenta que se avecinaba.

El primer trueno estalló en un mutis del galán Cano Fernández. Resbaló en una punta olvidada por un tramoya y salió despedido, perforando el papel del decorado. Aquella fuga precipitada del ayudante de campo inició la desbandada general. Roberto Cano se batía en retirada, tratando de defender la bandera del teatro, que sujetaba en su báculo de anciano. A su lado, la abnegada Raquel, animaba a los cobardes con su ejemplo, avanzando hasta el foso de primera línea y retando al enemigo, dispuesta a montar allí mismo si preciso fuera el hospital de sangre, en plena zona de fuego.

Pero silbó en el aire un proyectil y una bomba de coñac fué a estallar a sus pies. El horror saltó en su semblante, mientras se apartaba de los vidrios de la metralla.

—¡Incultos!—rugió Roberto Cano, blandiendo su báculo de abanderado—. ¡Al cine a ver una del Oeste!

El bombardeo fué apocalíptico. A botella por barba habían tocado los espectadores y al salir iban todos con las manos vacías.

En mayo, y en Navalcarnero, el día «D» a la hora «H», el teatro fué definitivamente derrotado por los poderosos comandos del cinemascope. Descanse en paz. Gloria a los héroes.

El regreso al hogar del general vencido es muy distinto al del caudillo triunfador.

—¿De qué vamos a vivir ahora?—suspiró Paquita apoyando su mano en el reuma—. Todo os lo habéis gastado en esa aventura de los molinos de Navalcarnero. Luis ha terminado con los estudios de doblaje.

—No doblaré más. Por mí que vuelva el cine mudo.

—¿Y de qué vamos a vivir? ¿Del teatro? Os lo habéis gastado todo.

Todo y más. Porque aquellas infelices mujeres no sabían que el crédito que había conseguido Aguirre se había realizado con la firma del empresario y la responsabilidad solidaria de Roberto Cano, su hijo Luis, Gerardo Pagés y la abnegada Raquel. Cualquiera día iba a llamarles Aguirre para regularizar la operación porque el prestamista no era de esos que esperan. El documento que habían autorizado los encartados tenía demasiados sellos y pólizas para carecer de peligrosidad.

Y Aguirre llamó. Pasaría a recogerles en un taxi.

—Pero, oiga usted; ni mi hijo ni yo tenemos un céntimo.

—No se preocupe. Yo estoy en las mismas condiciones. Y Pagés. Y Raquel. Todos vamos para allá.

Más de cuatro, en un taxi, pagan recargo en la tarifa, y flacos estaban los bolsillos de los cinco vencidos para irles con nuevas socialías. ¡Qué caras de desesperados, dispuestos a todo, no les vería el taxista para contentarse al final de la carrera con lo que marcaba el contador!

—Vamos—murmuró Aguirre haciéndoles un gesto con la mano—. Nos están esperando.

—¿Pero es aquí?—exclamó Roberto Cano, deteniéndose ante la fachada rutilante del edificio.

Sí. Allí era. En la Banca Chapí, capital desembolsado: doscientos millones de pesetas.

Don Alejandro Vázquez, la locomotora recién nacida, les recibió en su despacho. Entre saltito y saltito, y bocanadita y bocanadita, les ofreció un diván de plástico. No para que se lo llevaran. Entendámonos. Para que se sentaran nada más.

—Hoy vence nuestra operación de crédito, señores míos.

—¿Pero a éstos les pidió usted el dinero, Aguirre?

El empresario bajó la vista y miró cómo sus manos luchaban entre ellas por quedar una encima de la otra.

—¿No lo vió al firmar, don Roberto?

—Yo nunca miro los contratos que firmo. Pero la verdad es que siempre traté con gente de teatro. ¿Por qué no me lo dijo?

El empresario guardó silencio. La pelea entre sus manos se presentaba muy feñida.

—Y tú, Luis, ¿cómo no te diste cuenta?

—Yo, papá, firmé porque tú firmabas.

—Sí, hijo. Yo soy el responsable.

—No, no—tra nquilizó la pequeña locomotora—.

No es ese el tono que quiero dar a esta entrevista. Cordialidad, amigos. Todo debe desarrollarse en un ambiente de cordialidad. Los negocios son los negocios. Siempre hay una salida sin tener que recurrir al Juzgado de Guardia, al embargo, a la hipoteca... A todas esas soluciones anticuadas. No, no. Cordialidad. ¡Cordialidad! Respirén. Respirén hondo. Así se acabaron las preocupaciones para ustedes. Nada de apremios ni de guardias con papeletos a la puerta de sus casas. La Banca Chapí no quiere levantar más revuelos con campañas en la Prensa. Bastantes ha tenido que aguantar desde que construyó este edificio.

—¿No lo construyó!—saltó Roberto Cano—. ¡Destruyó un teatro para...!

—Calma, señores míos. Cordialidad. Mucha cordialidad—y el señor Vázquez oprimió el botón de un zumbador.

La puerta se abrió y una damita joven preguntó qué deseaba su nuevo director, mirando de reojo al que la había dirigido en su primera época.

—Que traigan unas copas, señorita.

Felipe, el antiguo apuntador, entró con la bandeja y se escabulló con la celeridad aprendida en sus tiempos de metesillas y sacamuertos cuando un segundo de retraso podía estropear el efecto de una mutación.

—¿Una almendrita? ¿Una aceituna? ¿Qué van a tomar? ¿Dulce o seco?

Don Alejandro Vázquez repartió las copas, llenándolas con largueza. Media hora después las carcajadas que salían del despacho indicaban que al fin había entrado allí la ansiada cordialidad.

Los Cano, padre e hijo, llegaron muy tarde a almorzar. Las mujeres de la casa estaban intranquilas, pero al verles bajar del «haiga» despampante de Alejandro Vázquez volvieron a respirar a velocidad normal. Algo había pasado; y algo que no era desagradable. Las caras de los recién llegados no reflejaban un optimismo desmedido, pero sí una calma y una serenidad que jamás habían mostrado.

—¿Qué?—dijo escueta Paquita, en una síntesis prodigiosa de millares de preguntas.

—Ya os contaremos—aplazó Roberto Cano—. Ahora vamos a comer.

Como el almuerzo transcurre en silencio y nadie se atreve a hablar el primero, no quiero hacer esperar a mis lectores, impacientes acaso por conocer lo acordado en la entrevista del estado mayor vencido, con el general triunfador. La euforia del alcohol dulce y del seco, de las almendras y de las aceitunas, y el terror al guardia del papel ejecutivo y con apremio, han obrado el milagro. Los cinco conjurados obtienen el perdón del ofendido y fuman con él el pitillo de la paz. Se rompe el documento de las pólizas, de las firmas y los vistos buenos, y se suscribe otro, inofensivo, por el cual los cinco complicados entran al servicio de la Banca Chapí a ocupar los cargos que designarán en su día el Consejo de Administración de la entidad. De este modo los cinco francotiradores que aun se batían fuera de la ley por la causa del teatro, entregan sus armas y su bandera y se alistan en las ordenadas disciplinadas filas de los empleados de Banca y Bolsa.

—«Abe lo»—pregunta semanas después el nietecito Luis, sentado en las rodillas del jefe de cajas de alquiler y director del cuadro artístico de la Banca Chapí que le está pelando un caramelo—. «¿Po qué no me cuentas un cuento?»

—Ya no sé más que de cuentas, hijo mío.

—¿El caballo «banco», «abelo»? ¡El caballo «banco»! ¡Cuéntame el del caballo «banco»!

—¿El del caballo blanco?

—«Chí». «Banco».

—Tienes razón, Luisito. «Era un caballo Banco. Capital desembolsado: doscientos millones de pesetas.»

Y Roberto Cano, con un hondo suspiro, se metió distraídamente el caramelo en la boca. Luisito suspiró también y como era un niño se echó a llorar. Roberto Cano no podía, porque los hombres no lloran.

F I N



EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

HOMBRES, PODERES Y MONOPOLIOS

LOS BASTIDORES DE LA ECONOMIA DE ALEMANIA OCCIDENTAL

Por Kurt PRITZKOLEIT

KURT Pritzkoleit, conocido periodista alemán y comentarista de radio, ha publicado un libro en el que trata de revelar a la opinión pública alemana toda una serie de circunstancias casi desconocidas para la gran masa. Pritzkoleit sostiene la tesis de que sin concentración de poder económico no hay posibilidad de progreso técnico. Partiendo de varios ejemplos típicos en la historia de la economía germana y de reciente tiempo acaecer, estudia luego detenidamente las principales figuras del mundo financiero e industrial de Alemania. El libro, de difícil resumen para el público español por hablar de un ambiente muy desconocido en nuestras latitudes, es de auténtico interés, pues en él se revela algo cuya referencia no se encontrará nunca en las crónicas y en los comentarios de los periódicos.

PRITZKOLEIT (KURT). — MANNER MACHTE MONOPOLE. — Hinter den Türen der westdeutschen Wirtschaft. — 432 páginas. — KARL RAUCH VERLAG. — Düsseldorf.

CONCENTRACION DE CAPITAL SALVA EL PROGRESO

HACE setenta años se comenzó en Alemania a telefonar. En el año 1881 se abrió en Berlín, como primera ciudad alemana, una oficina telefónica. Cuarenta y ocho empleados recibieron instrucciones directamente del primer funcionario postal. Pero el tiempo iba muy de prisa. Tan rápido casi como el nuestro. El número de firmas y de empleados creció, la producción y el comercio aumentaron a un ritmo desconocido, el bienestar y la riqueza aumentaron, el tiempo produjo dinero y las necesidades, que exigían cada vez una comunicación más rápida, dieron a este menester un impulso poderoso en su desarrollo técnico.

En 1896 la sociedad Siemens-Halske abría en Berlín una central que disponía de 10.000 líneas. Una muestra del brillante poder técnico, según se declaraba, muy bonita y muy original, pero que, si creyéramos a Guillermo von Siemens, no era necesaria por el momento. Pero aquello eran ilusiones. Los capitales se hicieron mayores y los intereses aumentaron. Todo era doloroso, aunque no trágico. El peso entero del riesgo cayó sobre los hombros de los productores. Ocho días después de que Siemens iniciase su nuevo negocio, otra firma, con un capital de tres millones de marcos, se lanzaba a correr una aventura en este mismo terreno.

Hubo luego pérdidas, y, aunque eran desagradables, no llegaron con su fuerza a conmover la solidez de la firma Siemens-Halske. Mucho más doloroso fué la disminución de prestigio que se experimentó y que comenzaron a conocerla los técnicos. Había ahora que ir mucho más de prisa y trabajar con más cuidado si se quería hacer

KURT PRITZKOLEIT

MÄNNER
MÄCHTE
MONOPOLE

Hinter den Türen der
westdeutschen Wirtschaft

KARL RAUCH VERLAG

frente a la competencia del interior y del exterior. Horas difíciles se presentaban en 1900. Por aquellas fechas, la firma Siemens-Halske se había hecho todavía mayor, y su capital y sus trabajadores habían aumentado extraordinariamente. Se necesitaban reservas sanas para poder sobrepasar en las épocas difíciles las crisis y las catástrofes.

Mientras se luchaba con las dificultades y la casa Siemens sostenía una pugna enconada, llegó la noticia de América de que un nativo serbio, Michael J. Pupin, profesor de la Universidad de Columbia, de Nueva York, había encontrado una fórmula que iba a cambiar, según todas las probabilidades, la técnica telefónica. Hasta entonces, sólo se podía hablar en pequeñas distancias; pero Pupin parecía haber encontrado la solución de todas estas circunstancias entorpecedoras. La A. T. T. (American Telephone and Telegraph Co) había comprado esta fórmula millonaria como una patente americana, valorada en 455.000 dólares. No había ninguna duda de que los americanos, más tarde o más temprano, establecerían este servicio suyo en Alemania.

Una firma como la Siemens, que había invertido millones en negocios telefónicos, no tenía más que una solución, y era arriesgar nuevos millones para salvar la situación. Se comenzaron a hacer requerimientos a los americanos, y pronto se llegó a un acuerdo. Siemens afirmó que jamás había pagado un precio mayor por la fórmula matemática, pero pagó.

Siemens-Halske mantuvieron su palabra y fomentaron el progreso técnico, pudiendo dar siempre lo mejor y lo más nuevo. Naturalmente, esto costó algo, y no solamente a los accionistas, sino que también los consumidores pagaron las nuevas modificaciones.

Empresas como la Siemens y la A. E. G., en Alemania; la General Electric, en América, y la Philips en los Países Bajos llevaban en su propio germen la capacidad de desenvolverse extraordinariamente. Si querían seguir el curso de los acontecimientos y ganar el desarrollo de la nueva técnica tenían siempre que ser más fuertes, más poderosos y mayores. Esta ley, que les regía, no podía ser apartada, y quien buscarse especializarse de algún modo, perdería su independencia ante los más fuertes.

HERMANN JOSEF ABS. EL
MUNDO COMO «DEBE» Y
«HABER»

Hermann Josef Abs, caballero de la Orden del Santo Sepulcro, es un hombre conocido solamente en un pequeño círculo donde se mezclan los intereses económicos, los especialistas políticos y los expertos teológicos. Su firme figura, ciertamente, en una serie de importantes tratados internacionales y su palabra es de gran fuerza en las decisiones relativas al crédito. Las grandes figuras de la más reciente historia económica, los Krupp, los Thyssen, los Stinnes, los Duisberg, los Gering, los Klöckner, saben mucho de su flexibilidad y de su firmeza. Su actividad se manifiesta en numerosas empresas y en todas ellas se caracteriza por una extraña individualidad y por una

vitalidad extraordinaria, que sabe superar cualquier resistencia. Es un hombre que sabe hacer las cosas con pasión y que frente a él despierta el apasionamiento. Para él no hay más que la admiración o el desprecio, el odio o el amor, el orgullo o la vergüenza. Sentimientos vivos, como corresponden a una rica y fuerte emotividad.

Se puede decir que Hermann Josef Abs es el consejero económico en las circunstancias políticas más importantes y de los hombres públicos destacados. Su actuar no conoce una dirección determinada, sino que se desarrolla en imprevistas e impalpables decisiones. Todas las probabilidades parecen estar ocultas en su poder. Sólo se adivina en él que es el hombre de confianza del Gobierno federal.

Hermann Josef Abs tiene hoy cincuenta y dos años y procede de una importante familia de juristas de Bonn. Fué seguramente el clima espiritual y social de la ciudad y de la casa paterna lo que más contribuyó a formar su carácter. De Abs resulta difícil representarse en otras condiciones de las que desarrollaron su juventud, es decir, el hogar intelectual de juristas modernos que era su casa. En este mundo, que tenía tantos puntos de contacto con el de las ciencias naturales, surgió un temperamento lleno de fuerza personal y sentimental, que luego daría toda su cristalización en un carácter minucioso.

El mundo, como un sistema de relaciones crediticias, es la criatura de la economía monetaria. El banquero ideal es, en realidad, algo que tiene mucho que ver con el abogado ideal. Ambos son antes que nada hombres, pero se aproximan tanto más al tipo ideal en tanto que emparejan lo cualitativo a gusto de lo cuantitativo. Que Hermann Josef Abs ha llegado hasta muy cerca del tipo de banquero ideal, no se debe a una serie de casualidades. El hijo del jurista aprendió muy pronto a conocer las normas del Derecho Civil. En 1923, siendo muy joven, encontró la oportunidad de ir al extranjero. Pronto profundizó conocimientos en Amsterdam, Londres, París y los Estados Unidos. El 1 de enero de 1929 era asesor económico de importantes empresas. En 1935, presidente de un gran Banco, y en septiembre de 1937 sucedía a Gustavo Schliepers en la presidencia del Deutschen Bank. Era entonces ya un conocedor de los negocios extranjeros, que había tratado con importantes especialistas en difíciles cuestiones.

ROBERT PFERDMENGES, EL BANQUERO DE COLONIA

El fin de la guerra cogió al banquero de Colonia, por sorpresa, en un lugar del Elba. Allí vivía, conjuntamente con sus socios los barones Waldemar y Friedrich Carl von Oppenheim, pues habían sido encarcelados después del 20 de julio de 1944, y tras de una temporada de internamiento, trasladados a su posesión de Magdeburgo. Allí le encontrarían los americanos, hasta que se trasladó a Colonia, donde se le haría presidente de la Cámara de Comercio.

A fines de septiembre de 1946 fué destituido por los ingleses de su puesto de presidente de la Cámara de Comercio, el mismo año en el que Conrado Adenauer había sido privado de sus funciones de alcalde de Colonia por el Gobierno militar británico, «a causa de su incapacidad».

La rehabilitación tuvo lugar un año más tarde. Por una orden del 10 de abril de 1947, el doctor Pferdmenges veía reconocidas todas sus actividades, así como la injusticia que con él se había cometido. Diputado de la Unión Cristiano-Demócrata, entre cuyos fundadores figuraba, se convirtió en asesor económico de los Estados Unidos en la ciudad de Francfort. Desde junio de 1940 es presidente del Banco Regional de Westfalia del Norte, y desde 1950 a 1952 es uno de los más importantes miembros del Consejo directivo de los ferrocarriles alemanes.

Robert Pferdmenges tiene actualmente cincuenta y cinco años y es el segundo de los nueve hijos de un matrimonio protestante. Su padre y su abuelo fueron destacados negociantes de la industria textil. Como Abs, Pferdmenges ha representado un importante papel en la concentración de capital. Cuando los Bancos y los banqueros de Renania y de Westfalia constituyeron una sociedad, le eligieron para presidente de la misma en 1921, cargo que tuvo hasta que tomaron el Poder los nacionalsocialistas. En 1927, la Universidad de Colonia le otorgó el grado de doctor *honoris causa*.



CABALLEROS

*Elegancia y distinción de nuestras
prendas confeccionadas*

Galerías Preciados

Los dos hombres que en la República Federal tienen mayor poder presentan mucho de común. Nos referimos al canciller federal, doctor Adenauer, y al ministro del Reich doctor Hermes. Conrado Adenauer tiene setenta y nueve años y Andreas Hermes setenta y siete. Ambos han nacido en la ciudad de Colonia, y también tienen de común la pertenencia al mismo partido.

Entre las diferencias figura la de que Adenauer pertenece a los fundadores de la Unión Cristianodemócrata de la Alemania occidental, mientras que Hermes pertenece a los padres de la C. D. U., de la zona oriental. Para Adenauer no hay más política exterior que la atlántica, mientras que para Hermes, en primer lugar está la reunificación de Alemania. En su casa de Godesberg tuvieron lugar, el 13 de marzo de 1949, una serie de conversaciones sobre las posibilidades de un contacto económico entre la Alemania occidental y la zona soviética. Y cuando Adenauer comenzó, piedra por piedra, a erigir la soberanía estatal de la República Federal, Hermes fue elegido presidente de la Sociedad para la Unificación de Alemania.

El doctor Hermes era un hombre ya conocido en su patria, y durante la República de Weimar fue ministro en cinco Gabinetes, especializándose en problemas económicos. En 1928 fue elegido diputado, conservando este cargo hasta el triunfo de los nacionalsocialistas. Pero mucho más importante que su actividad parlamentaria fue su actuación como presidente de la Unión de Campesinos Cristianos Alemanes y del Consejo Económico Alemán. En 1933 fue encarcelado, y durante cerca de un año estuvo bajo serias acusaciones.

Después de la guerra, tomó Hermes la dirección de la Oficina de Alimentación de Berlín. En 1945 participó en la fundación del Partido Cristianodemócrata. Ante las dificultades que encontraba en el Berlín occidental, emigró a la Alemania federal. En febrero de 1947 ocupó la Dirección de la Sociedad Económica Renana, y posteriormente fue nombrado presidente de la nueva Unión de Campesinos Alemanes.

En el terreno agrícola, el doctor Hermes representa la concentración de poder político de los campesinos alemanes. Es él quien ha organizado el crédito agrario y el que ostenta la presidencia de numerosas sociedades agrarias. El tiene en su mano la dirección de todas las organizaciones campesinas de Alemania Occidental, lo que le proporciona un poder monolítico en el terreno político y económico, y contribuye en no poco al éxito de la Unión Cristianodemócrata. El doctor Hermes, como jefe económico y como figura del acontecer político y social del país, no tiene igual en la República Federal. Su capacidad supera a todos los cargos que dispuso anteriormente, y él es quien asegura y representa los intereses de la economía alemana en el *trinte verde*.

HEINRICH KOST. MINERO POR TRADICION, PROFESION Y VOCACION

El 14 de abril de 1934 la Oficina Oficial de Noticias alemana comunicaba que la Policía de Düsseldorf había detenido a destacados industriales y también al asesor en cuestiones mineras doctor Heinrich Kost. Se les acusaba de haber lanzado una hoja anónima contra Hitler y de seguir una actitud que dañaba al nuevo plan social del país.

Kost no era de los hombres que necesitaba el III Reich. Indudablemente, para él no era necesario hacer carrera. Se trataba de un minero muy capacitado que no quería saber nada de las intrigas partidistas de la Alemania nazi. La detención a que hemos aludido era el primer golpe contra este oponente nato del nacionalsocialismo. El segundo golpe lo recibió con el encarcelamiento a que fue sometido el 20 de julio de 1944. Esta vez la cosa iba a ser mortal. A principios de 1945 fue condenado a muerte; pero, al igual que Hermes, tuvo un afortunado aplazamiento de la pena capital.

El hombre a quien el destino reservaba la tarea de hacer revivir la minería de Alemania Occidental nació en Betzdorf. Después de la primera guerra mundial, en la cual recibió la Cruz de Hierro, fue nombrado asesor en cuestiones mine-

ras del Círculo de Bonn. Su carrera continuó ascendiendo hasta el punto que hoy ocupa. Un enorme número de oficinas y Consejos de Administración lo cuentan como miembro de las mismas. En unas es presidente; en otras, importante directivo, y en todas se escucha su voz con atención y cuidado.

FRIEDRICH KRUPP. EL HOMBRE QUE DEBE OLVIDAR LA TRADICION

El 29 de junio de 1934 visitaba el Führer las fábricas de Essen. Hitler había recibido la invitación, en unión de Goering. El motivo era la visita del canciller a Essen. Pero éstas eran las apariencias; las causas reales eran mucho más profundas. En los tiempos de crisis, los grandes estadistas alemanes habían tratado siempre de asegurarse la amistad de la familia de Essen. Bismarck, en octubre de 1864, entre las guerras danesa y austriaca, fue a verles, y también estuvo, el 9 de septiembre de 1918, el Káiser Guillermo II. Cuando Gustav Krupp fue nombrado, en la primavera de 1934, jefe económico de la sociedad, se había pensado ya en él como hombre influyente.

Condenado después de la guerra, fue posteriormente liberado, y se le permitió volver a entrar en acción. Su Sociedad se ha estructurado de un modo distinto; pero esto no le resta poder. Alfredo Krupp sigue cuidadosamente las huellas de su padre. Su trabajo sirve al mecanismo de la economía de guerra. La vida ama las paradojas, como son las contradicciones que muestran la historia de la casa Krupp. Los daños materiales que tuvo que soportar la fábrica Krupp pudo superarlos por su trabajo fortunado durante muchos decenios, y ahora vuelve a tener una nueva concentración de poder que le permitirá en los próximos años invertir cientos de millones de marcos en una producción incesante.

En realidad, el pensamiento fundamental de la lex Krupp, de noviembre de 1943, que convertía a Alfredo Krupp von Bohle en único propietario de la sociedad familiar, se ha mantenido con pocas variaciones en el nuevo acuerdo. Realmente la sociedad familiar se disuelve y quedan como exclusivos propietarios Federico y Alfredo Krupp. Pero la masa de propiedades destinadas a la venta de los establecimientos de la Unión Montana permanecen a cargo de la firma, con lo cual extiende considerablemente y de una manera inequívoca su esfera de acción sobre el comercio y el mercado.

CONCENTRACION. INEXCUSABLE CONSECUENCIA DE NUESTRO TIEMPO

Nuestra época es la de la concentración del poder económico. Hoy, el trabajador, el industrial, el comerciante o el campesino no representan solamente a gente privada, sino a una serie de segmentos dentro de los cuales están integrados. El aumento del poder de la economía es algo que hoy, para bien o para mal, surge como consecuencia directa de la unión de diversas empresas. Fatalmente hay una falta de publicidad en este proceso, y por ello la masa del público desconoce profundamente los hechos más elementales de este mundo económico en que vivimos. Apenas si sabe algo de los hombres, las potencias y los monopolios en cuya mano está colocada la configuración de su vida material y cultural. No se da cuenta de que se está liquidando un mundo y que ningún esfuerzo podrá impedir esta liquidación.

Las industrias básicas, la economía agrícola, las industrias elaboradoras, la economía de crédito y de seguros participan conjuntamente en el fortalecimiento de estas nuevas posiciones económicas. En la mayoría de los casos este proceso de concentración sigue el camino lógico de la cooperación técnica económica. Otras veces sigue desviados modelos en los que juegan un papel no pequeño los intereses personales, las circunstancias casuales y el ambiente político. Cual de estos dos tipos de concentración es mejor, es algo que todavía no se puede contestar con certeza. Ambos son el resultado de las fuerzas que participan en la configuración de la realidad; una se basa en la razón técnicoorganizadora, y la otra, en el irracional momento de la personalidad.

UN POLITICO QUE ESCRIBE DE TOROS

MARTINEZ DE BEDOYA

HABLA DE SU LIBRO "EL TORERO"

DEFENSA Y JUSTIFICACION DE UNA NUEVA TECNICA DE NOVELAR



EL ESCRITOR DEBE LLEGAR A TODAS LAS ESPERAS SOCIALES

AUNQUE de por sí moreno, Martínez de Bedoya aparecía algo tostado, curtido por el sol. Era evidente su larga permanencia al aire, a ese aire cálido de Andalucía, que en Torremolinos, por cercanía al mar, lleva otros elementos que modifican el color de la cara.

JOSEFINA. — ¿Desde cuándo esa vocación campesina?

BEDOYA. — De siempre. Sofí siempre con el campo.

Y no es que su familia fuese gente de campo. Al contrario, todos hombres de leyes: abogados, notarios, magistrados.

SUTIL. — Bien, ¿pero esta vida retirada del campo, ¿del mundial ruido, significa un descanso o la considera como fin? Porque sus actividades todas, hasta el presente, han ido por muy distinto camino y muy distinto ambiente.

BEDOYA. — En el campo me siento absolutamente feliz, tan feliz, que a veces me pregunto si habrá en ello pecado.

Habla Martínez de Bedoya muy lento, pausado vocalizando perfectamente. Parece que, para hacerse comprensible, silabea intencionadamente. A este ritmo, su voz tiene algo de tintineo. Una

voz suave, no muy de acuerdo con su fortaleza corporal. Pero cuando toma la palabra, se mantiene, sin prisa y sin pausa, en su uso por largo tiempo. Despacio, pero sin parar. Y con pocas alteraciones. Tiene un gran dominio de sí mismo.

RODRIGO. — ¿Pero usted no se considera hombre fundamentalmente político?

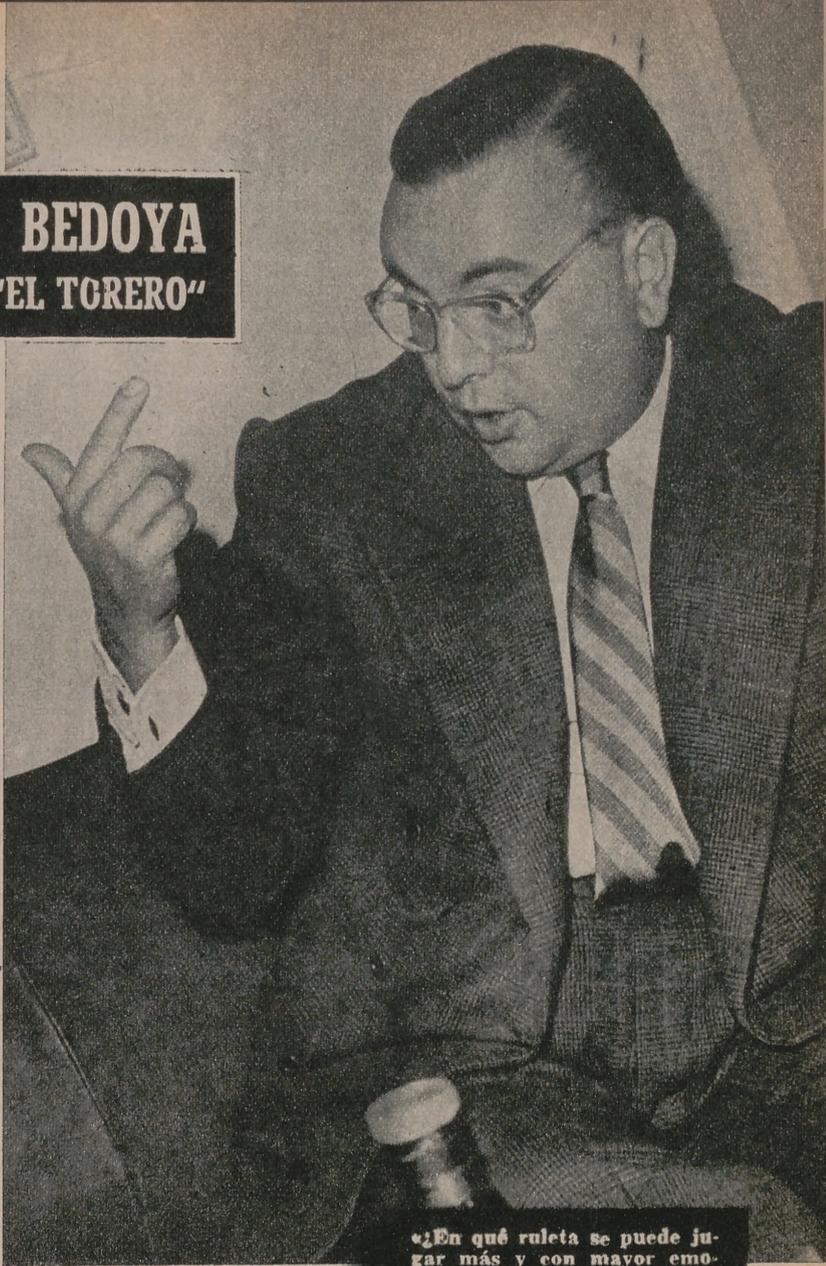
BEDOYA. — No.

Contestó con bastante suavidad. Estuvo más expresivo con el gesto. Y, sin embargo, en una mesita, al alcance de nuestras manos, había unos libros, escritos en francés, de temas políticos. Algunos de ellos, sin deshojar completamente.

JOSEFINA. — ¿Cómo pasó a la literatura?

BEDOYA. — Por exigencias del campo y de la vida. El campo no me lo resuelve todo, y sí, por el contrario, urge cada vez más esfuerzos económicos. Pensé por ello que la literatura podría ser un complemento.

SUTIL. — De todos modos, el campo es para usted un mundo nuevo, algo extraño a su vida inquieta del pasado. Y tiene usted



«¿En qué ruleta se puede jugar más y con mayor emoción que en el campo?»

que enfrentarse con otra clase de hombres, los hombres del campo con su desprecio del reloj y una visión realista y concreta de las cosas. ¿Cómo ve usted al hombre de campo?

BEDOYA. — Un verdadero señor en su tierra. Un creador. Un artífice que colabora con la tierra misma.

Iba desplegando los brazos al enumerar estas propiedades del campesino. A cada uno seguía un breve silencio y nos miraba uno a uno, todos urbanos. Hablaba convencido y con regocijo. En verdad, se le notaba muy cerca el campo.

BEDOYA. — El campesino es el hombre que tal vez puede disfrutar de más intensos goces en una sola pieza. Y, además, es un jugador arriesgado.

Considera el campo como un gran laboratorio, en donde se ensayan y conjugan los abonos, el tiempo, las semillas, las labores... en manos del azar.

BEDOYA. — ¿En qué ruleta se puede jugar más y con mayor emoción que en el campo?

Y quedó quieto, con los brazos

abiertos, en espera de una contestación que no hacía falta.

UN POLITICO QUE ESCRIBE DE TOROS

Con todo, el pasado de Martínez de Bedoya es meramente político. Político desde los dieciséis años de edad. A esta edad ingresó en las J. O. N. S., allá en Valladolid. Por ser político, político inquieto y activo, fué dos veces procesado, con grave peligro de la carrera de Leyes que cursaba en la ciudad del Pisuerga. Allí se licenció en Derecho, y luego estudió Ciencias Económicas en Heidelberg. A los veintitrés años, triunfante ya el Movimiento Nacional, fué nombrado director general de Beneficencia y Obras Sociales.

Su creación literaria también fué de carácter eminentemente político. Dos biografías. «Onésimo Redondo» y «Don Antonio Maura, Ministro de la Gobernación». Y dos ensayos: «Siete años de lucha» y «Antes que nada, política». Por sus muchos trabajos periodísticos mereció el año 1938 el Premio Nacional «José Antonio Primo de Rivera».

Ultimamente, de 1942 a 1954, fué agregado de Prensa a las Embajadas españolas en Lisboa y París.

RODRIGO.—Dedicado antes por entero a la política, ¿cómo se le ocurrió escribir de toros en ese descanso de Torremolinos?

BEDOYA.—Porque una productora de cine me pidió un guión sobre este tema.

JOSEFINA.—¿Fué entonces anterior el guión cinematográfico a la novela?

BEDOYA.—Sí. Ya hecho el guión fué cuando pensé convertirlo en novela.

Martínez de Bedoya tiene buen sentido práctico. El mismo se considera, además, muy metódico. En efecto, los cálculos que hizo en torno del porvenir económico de su novela «El torero» lo confirman.

BEDOYA.—Suponiendo que por ser mi primera novela no podría tener una tirada superior a los 2.000 ejemplares, con escasos beneficios económicos—¿por qué no decirlo?—la ofrecí a una compañía de radiodifusión. Cuarenta y cinco días estuvo en las antenas, transmitida por treinta y dos emisoras.

JOSEFINA.—Y mientras duró el serial, aparecieron en los quioscos fascículos con lo radiado durante la semana.

Martínez de Bedoya sonríe. JOSEFINA.—¿Fué por simples razones económicas?

BEDOYA.—¡Claro! De esta manera logré vender 8.000 ejemplares.

Quedó, en efecto, claro. Ocho mil ejemplares en diez fascículos—cada fascículo a cinco pesetas—, objetivo económico cumplido.

RODRIGO.—¿Y esta novela actual es idéntica a aquella otra?

BEDOYA.—La misma.

UNA REALIDAD EN RETAZOS

JOSEFINA.—¿Usted ha vivido la fiesta de toros por dentro?

BEDOYA.—En absoluto. Mi posible afición es de simple espectador. Claro que al encargarme el guión, tuve que documentarme.

Por primera vez, insinúa un po-

co de énfasis en lo que iba a decir. Procura un tono más categórico.

BEDOYA.—En todas las épocas y a toda clase de artistas se han hecho encargos en esta forma. Lo mismo a pintores y escultores que a escritores.

RODRIGO.—¿Entonces los personajes de «El torero» responden a una realidad concreta?

BEDOYA.—Responden a una realidad... en retazos.

Gira con alguna rapidez en el asiento.

BEDOYA.—Cuando Pepín Martín Vázquez leyó el guión, me dijo: «No comprendo cómo ha podido usted describir este cuadro sin haber vivido íntimamente la profesión. Yo podría poner nombres a cada uno de los personajes».

RODRIGO.—¿Y la protagonista francesa?

BEDOYA.—Ivonne ha existido realmente en el ambiente de los toros y ha sido conocida en él. Naturalmente, todo su pasado es pura fantasía.

JOSEFINA.—Ivonne siente pasión por la cerámica. ¿Indica esto una gran afición de usted?

BEDOYA.—De la familia. Estudié algo en París y otras ciudades y por eso conozco algo. Pero me convencí de que no tenía muchas dotes. Ahora, tengo el proyecto de montar un taller en Torremolinos. Lo llevarán mis hijas.

JOSEFINA.—¿Es real ese norteamericano, Dean O'Hara, especializado en estudios semánticos y gran aficionado a la Fiesta española, que el autor conoció en Salamanca?

Se queda pensativo unos momentos.

BEDOYA.—Es ficticio. Todo el mundo ha creído que es real.

Bedoya dió la impresión de que acababa de destruir algo y que le había costado destruirlo. El personaje marginal que había llegado a tomar parte en la trama, desapareció para siempre. Sonriente, el autor aclaró en seguida que era un truco.

LA CALIDAD NO DEPENDE DEL PRECIO

Con la difusión por radio de su novela, Martínez de Bedoya tuvo que tantear una nueva técnica. Y, si hemos de ser exactos varias técnicas, porque también ha sido trasladada al cine. Así que, de pronto, este escritor se ha lanzado casi simultáneamente por tres caminos distintos. Por tres caminos a la vez en su primera salida. Valentía y decisión.

SUTIL.—Parece que todavía no están determinadas las exigencias de la radio como medio de expresión literaria. ¿A qué exigencias debe sujetarse el autor de una novela radiofónica?

BEDOYA.—La radio obliga a dialogar más. En la novela propiamente dicha, el escritor puede explicar las reacciones de sus personajes con una gran libertad. En la radio deben describirse ellos mismos a través de sus frases.

RODRIGO.—¿Quiere decir que la novela en la radio debe sacrificar las reflexiones psicológicas a la acción?

BEDOYA.—No es esto precisamente. Desde luego debe predominar la acción para captar más intensamente la atención del oyente, pero el autor puede hacer

sus reflexiones psicológicas a través de los diálogos de sus personajes.

JOSEFINA.—¿Pero debe destacar el protagonista?

BEDOYA.—Eso creo. El protagonista es el que acapara la atención máxima.

SUTIL.—¿Qué importancia concede al adaptador?

BEDOYA.—El adaptador es a la radio lo que el director al cine.

RODRIGO.—¿Y el narrador?

BEDOYA.—Tiene mucha importancia. Influye decisivamente en el éxito de la novela.

SUTIL.—¿Se encuentra verdaderamente satisfecho con la popularidad lograda por la radiodifusión de su novela?

BEDOYA.—Me halaga, sí. Más que por el aspecto personal, por haber suscitado interés apasionado en todas las esferas sociales.

JOSEFINA.—¿Lo ha comprobado?

Martínez de Bedoya abandona su postura y se sítia casi en el borde del diván.

BEDOYA.—Podría contar varias anécdotas, pero, en fin, ahí va una.

Se le nota cierta satisfacción.

BEDOYA.—Llegado cierto día a un Banco, numerosos empleados, al oír mi nombre, se acercaron con bastante curiosidad. Quedé extrañado al principio. Pero todo aquello fué para preguntarme sobre el proceso de «El torero». Estaban verdaderamente interesados en el hilo de aquella historia.

RODRIGO.—¿No cree que una novela expuesta así puede perjudicarle en la opinión de la minoría selecta?

BEDOYA.—Tal vez. Pero yo creo que eso son prejuicios que sólo siguen en vigor en España. Los escritores españoles se resisten todavía a la experiencia de la radio y, sin embargo, en todo el mundo la aportación de la literatura a la radio es grande.

SUTIL.—Esa preocupación por llegar al mayor número posible de personas, por dar a la obra la más extensa popularidad puede acarrear cierto descuido literario al autor.

BEDOYA.—En absoluto. El escritor da siempre lo mejor que tiene, aunque sólo escriba para sí mismo. Es una de las pocas profesiones en que la calidad no depende del precio. El escritor se exige cada vez más, sin pensar en la parte crematística; pero ésta le hace falta, le es indispensable no sólo para vivir, sino también para crear con más sosiego, para poder superarse.

JOSEFINA.—¿A usted se le puede considerar escritor comercial?

BEDOYA.—No; simplemente escritor. Pero considero que, al igual que en todas las actividades humanas, es justo que el trabajo tenga una remuneración adecuada. No veo por qué el escritor ha de cerrar las puertas que le permiten obtener un legítimo fruto de su trabajo. Esta profesión, llamémosla así, tiene muchas exigencias.

EL ESCRITOR DEBE LLEGAR A TODAS LAS ESFERAS SOCIALES

Martínez de Bedoya no es partidario de una literatura para minorías, como tampoco lo es de

una política que no llegue a las masas. Hay en esto reminiscencias de su pasado político, del punto de arranque de su acción política. Se puso en marcha pensando en las masas.

BEDOYA.—Han de utilizarse todos los medios honestos para obtener la máxima extensión de la cultura.

RODRIGO.—¿Qué valor concede a esto?

BEDOYA.—El contacto con la masa es fundamentalísimo. Nada en Arte o en Sociología o en Religión será eficaz si no llega al pueblo, si no cala en su espíritu y no suscita en él unas reacciones vivas.

SUTIL.—¿Qué obligación reconoce entonces en el escritor?

BEDOYA.—Cumplir su misión cultural en todas las esferas sociales. Las minorías cambian con el tiempo, pero el pueblo queda inmutable.

JOSEFINA.—¿Las obras que no cumplan esa misión?

BEDOYA.—Tienen carácter de meteoros, de los que no queda ni el recuerdo.

JOSEFINA.—¿Sin excepciones?

BEDOYA.—Las de valor intrínseco indudable. Pero, museables.

EL CINE, MAS TIRANICO QUE LA RADIO

Martínez de Bedoya tiene escrita otra obra: «Falta una gaviota». No es ni novela gráfica o radiofónica ni guión de cine. Es un conjunto de las tres. La materia prima. En su día se diferenciarán, tomarán forma propia cada una. El guión ha sido vendido ya. Dentro de poco seguirá la misma suerte la novela radiofónica, que, como la anterior aparecerá intermitentemente en fascículo. Y, proyectada la película, saldrá de nuevo en forma novelística corriente. Pocas variaciones en lo que pudiéramos llamar ciclo comercial.

RODRIGO.—¿Seguirá siempre el mismo ciclo?

BEDOYA.—En la próxima quiero alcanzar un escalón más: el teatro.

En la actualidad está escribiendo un drama titulado «Esta vez no ha sido un crimen». Tres actos con el mismo decorado. Y para evitar dificultades posteriores, ha ideado dicho decorado con ayuda de sus hijas, que ya tienen hecha la correspondiente maqueta.

JOSEFINA.—¿Puede suponerse un cambio de rumbo?

BEDOYA.—No; un paso más. Porque este drama será luego guión cinematográfico, y luego, novela que se adaptará a la radio.

RODRIGO.—Entre novela, teatro y guiones ¿qué le resulta más fácil escribir?

BEDOYA.—El teatro y el guión. En la novela tengo que esforzarme más.

SUTIL.—¿Qué diferencias ha observado cada uno en su cometido, entre el director cinematográfico y el adaptador radiofónico?

BEDOYA.—Creo que el adaptador está más cerca del autor que el director de cine. El autor y el adaptador operan con ideas y conceptos que tanto en el lector como en el radioescucha producen las mismas reacciones. Las realizaciones cinematográficas, al



«Los escritores españoles se resisten todavía a la experiencia de la radio»

ser coloreadas por los directores, ofrecen al espectador paisajes y personajes fabricados totalmente. El cine se impone al espectador y le domina por la imagen; es, por tanto, más tiránico que la radio.

SUTIL.—¿Y psicológicamente?

BEDOYA.—El radicescucha y el lector tienen un margen más amplio para colorear el cuadro a su gusto, en una elaboración más lenta y reposada. Ambos imaginan o viven por su cuenta las peripecias de los personajes. Por eso creo que la radio puede calar más profundamente que el cine. En éste, por el contrario, el espectador está ante un proceso objetivo en donde las reacciones se producen de fuera a dentro, no dejando, por tanto, hondas raíces.

LA POLITICA ES UN ARTE

Como hemos dicho anteriormente, Martínez de Bedoya ha sido político práctico. También lo ha sido teórico. En la Escuela de Periodismo. Explicó Arte político cuando también había en el mismo centro docente la asignatura de Ciencia política. El concibe la política como un arte, donde todo es variable, tornadizo, imprevisible... «Los hombres y las circunstancias—dice—son su materia prima, y con esta materia no se puede operar a base de reglas fijas.»

SUTIL.—¿Cómo debe ser un político?

BEDOYA.—El político, como hombre que practica un arte, debe tener unas cualidades complejas, que suelen ser, por lo general, un don de Dios. Entre estas cualidades, muy difíciles de adquirir por esfuerzo personal, están: sentido de la oportunidad, intuición, capacidad de síntesis, visión realista del mundo que le rodea y una gran vocación para hacer cosas prácticas y perdurables, porque «el poder» es poder hacer algo.

RODRIGO.—¿Con qué otra profesión lo compararía?

BEDOYA.—Con ninguna. El político no se parece a nadie. Es

más bien la superación de todas las actividades especializadas. Nada tiene que ver con el técnico ni con el funcionario público.

JOSEFINA.—¿Existe la vocación política?

BEDOYA.—Creo que cuando un hombre tiene verdadera vocación política, no lo sabe. No existen países que se dediquen a buscar y fomentar vocaciones políticas, como ocurre con las demás ciencias y artes?

JOSEFINA.—¿Y en la Inglaterra victoriana?

BEDOYA.—En los colegios aristocráticos de Eton y Oxford se fomentaban las virtudes personales que debe tener el político. Cada una de estas Universidades tenía su plan distinto. Naturalmente, si no se hacen estudios especiales, es difícil constatar vocaciones.

SUTIL.—¿Se ha de despreciar la política por lo que tiene de esgrima?

BEDOYA.—La política, como todas las artes, tiene una parte de oficio de estrategia. Hay que saber mantenerse en el Poder para realizar la obra política. Muchos confunden esta parte inescapable del arte político con su contenido esencial. Sin embargo, hay que reconocer que no se puede ser buen político si se fracasa en esta parte adjetiva, estratégica.

RODRIGO.—En su caso personal, ¿cómo considera la política?

BEDOYA.—Mi caso personal es una consecuencia de mi sentido del deber. He actuado siempre con el afán de servir nuestros más caros ideales y de colaborar en lo posible.

JOSEFINA.—¿Volvería usted a la política activa?

BEDOYA.—Si me dieran a elegir, tal vez no. Ya les he dicho que vivo totalmente feliz con mi nueva vida. Ahora bien, siempre estoy dispuesto a cumplir con mi deber.

SUTIL.—Concretando, ¿cuál es su vocación?

BEDOYA.—El campo. No dudó la contestación.

Programa MUSICAL PHILIPS 1955

El placer de la música a través de un radiogramófono, está en razón directa de la calidad del aparato.

Oír un disco, un concierto o una canción en un PHILIPS, equivale a obtener de la música todo su espíritu y toda su emoción.

LOS DISCOS PHILIPS DEL MOMENTO

ORQUESTA METROPOLE, Dolf van der Linden
P 15357 H

Berceuse de Jocelyn.
Melodía en Fa.

ORQUESTA DON ROBERTO, al piano Eduardo Ranada, cantan Babes Brandon y E. Ranada.
P 19102 H

Corazón traicionado, Vals.
El diablo, Marimbotero.

PERCY FAITH y su Orquesta
B 21386 H

Burbujas de Champagne, Rapsodia
Canción para enamorados, Vals lento

ORQUESTA DE LA ÓPERA DE VIENA,
Dir.: Max Schönherr.

P 41072 H

Vida de Artistas, Vals
Sangre Vienesa, Vals.

WILLY BERKING y su Orquesta, canta Ruth Bruck.
P 44196 H

Me cuenta los botones, Foxtrot.
Solo me faltas tu para mi felicidad, Fox.

ORQUESTA TIVOLI, con Bruno Henriksen.
P 55007 H

Batch-a-me, Fox.
Cualquier cosa, Fox lento.

AGRUPACIÓN SINFÓNICA «LA ZARZUELA»
Director: F. Moreno Torroba.

P 60915 H

Valencia, Pasodoble.
Chulapona, Pasodoble

PATACHOU con LEO CLARENS y su Orquesta.
P 72303 H

El habilidoso.
Ven.

(A)

HE 444 A
4.736,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



FE 644 A
11.998,50 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



FE 733 A
17.366,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



El encanto de la música a la medida de sus deseos



PHILIPS

para la

MUSICA



UN PINTOR DE RAIZ IBERICA



BENJAMIN PALENCIA EN BUSCA DE UNA CASTILLA NUEVA

LA TERCERA DIMENSION ES ALGO OBSESIVO EN LA TRAYECTORIA DEL ARTISTA

Novena Exposición en
Madrid del creador de
la Escuela de Vallecas



BENJAMIN Palencia expone en Madrid por novena vez. El pintor no recuerda las veces que ha expuesto sus obras en los salones de Europa y de América. Sus cuadros—esos lienzos incommensurables de Palencia—han recorrido las más famosas galerías de Francia, de Alemania, de Hispanoamérica o de Nueva York. Desde aquel primer Salón de Otoño que se celebra en Madrid hacia 1915, han pasado ya muchos años. Cuarenta, e x a c t a m e n t e.

Benjamín Palencia tiene un poco de alma de viajero, de viajero incansable. Quizá su arte haya sido también esto: viajar, caminar hasta encontrar la forma exacta, precisa, cabal de su expresión estética.

—Yo he pasado por todos los «ismos».

Hoy, a Benjamín Palencia lo encuentro reclinado en un sillón de terciopelo rojo, rodeado de estanterías abarrotadas de libros y, al fondo, colgados de las paredes, algunos cuadros con su firma. Viste con cierta distinción y elegancia, sin afectación, con una exquisita sencillez: chaqueta de «sport» y pantalón gris. Sobre su media estatura, una cabeza, ya poblada de canas y unos ojos casi intensamente azules que, al hablar los entrecierra o los pierde en una lejanía indefinida. Benjamín Palencia tiene cincuenta y dos años. Es un hombre parco en palabras y en gestos. Su obra, su fama bien ganada, su nombre no le han podido quitar una cierta timidez que, en el pintor, se traduce en sana modestia, en humildad. Esa modestia que, al comienzo de la charla, le obliga a decir:



—Pero... ¿qué quiere usted que yo le diga?

Y al decirme esto ni siquiera ha señalado sus cuadros, como para indicarme que el artista, el pintor, debe servirse de sus lienzos, de sus pinceles, para hablar.

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

Barrax es un pueblecito de la provincia de Albacete. Un pueblo pequeño, perdido en la vasta llanura manchega. A comienzos de siglo, allá por 1903, el médico del poblado se llama Ramón Palencia. Su esposa, maestra nacional

sin ejercicio, se llama Francisca. Un matrimonio sin hijos. A la casa donde viven, una casa antigua, como casi todas las del pueblo, no sabemos por qué los vecinos la apodan «La casa del romancillo».

En la fachada de esta casa, «La casa del romancillo», no hace muchos años se descubriría una lápida a un hijo ilustre y predilecto del pueblo. La lápida reza así: «Aquí nació Benjamín Palencia».

Era el primero y único hijo de este matrimonio. En Barrax, junto a sus padres, pasa Benjamín sus primeros años, y es su madre quien le enseña las primeras letras. De muy corta edad comienza a visitar la escuela. Una escuela nacional es el único centro docente del pueblo.

El nuevo alumno hace adelantos que le atraen la admiración del maestro y los elogios de sus compañeros. Pero esto es por poco tiempo. La Gramática, la Geografía, la Aritmética despiertan cada día menos interés en el niño. Hay algo en que se le pasan muertas las horas de clase. Sus cuadernos están llenos de montgotes. En las hojas blancas de la libreta van apareciendo, a trazos casi incomprensibles, los pupitres de la escuela, la plaza y los árboles que se divisan desde la ventana, las caras de los compañeros que se sientan junto a él, y hasta el rostro severo y arrugado del maestro.

De poco sirven las reprimendas del profesor y las amonestaciones y avisos de don Ramón. El lápiz y el cuaderno siguen siendo sus mejores amigos.

Cuando Benjamín Palencia cumple sus doce años, abandona

definitivamente su pueblo. Alguien se ha interesado por él. Es a la edad en que, por vez primera, sustituye el lápiz y el cuaderno por unos pinceles y unos lienzos que le ha comprado un tío suyo. Don Rafael López, ingeniero de Caminos, intuye algo que los demás no han visto. Quiere traerse al niño a Madrid. Antes ha de librar una batalla. Los padres de Benjamín no están muy conformes.

—¿No sería mejor que estudiara Medicina como yo o hiciese alguna carrera corta? Nosotros no tenemos medios. Además..., eso de la pintura da poco. Para él queremos un porvenir más seguro.

Don Rafael consigue su deseo. Trabajo le ha costado. Por otra parte, él será, en Madrid, el protector y mecenas de Benjamín.

En pocos días, el niño de Barrax pinta sobre el lienzo un cuadro que a don Rafael le vale para terminar de convencer a don Ramón y a doña Francisca. Es la primera obra de Benjamín. Un paisaje árido, seco, pero vivo, fuerte, donde aparece su pueblo y, al fondo, un trozo de tierra reseca por el sol.

Quien, muchos años más tarde, haría protagonistas de sus lienzos a los campos desnudos de Castilla, no es pura casualidad que hiciera su entrada plasmando las tierras y el paisaje que él bien conoce, el paisaje y la tierra de la Mancha.

—¿Conserva usted este cuadro de sus doce años?

—No. Mis primeras obras, mis dibujos y los lienzos de mis primeros años están casi todos en América. Se han interesado por ellos algunos coleccionistas norteamericanos. Hace unos días se llevó un violinista americano que me visitó treinta dibujos de mis primeros tiempos.

EL PRIMER SALON DE OTOÑO EN MADRID

En Madrid, Benjamín Palencia, todavía un niño de doce o trece años, no acude a ninguna escuela o academia de pintura. En esto mantiene una rebeldía tenaz. Vive con su tío y protector, don Rafael López, que le da todas las facilidades para el estudio. Pero éstas, por voluntad del niño, no pasan, por ahora, de ser la adquisición de libros de arte y unas pesetillas para visitar los Museos. El día del joven pintor está bien repleto de trabajo. En la casa número 41 de la calle Martín de los Heros, junto a las dependencias del piso donde vive, tiene arreglado un pequeño estudio con su caballete y sus cajas de pinturas. Allí pasa toda la mañana. Por la

tarde hay un único sitio en Madrid donde su tío sabe que lo encontrará a cualquier hora: el Museo del Prado.

Acaba de ser convocado un nuevo concurso de pintores. Es el primer Salón de Otoño que se va a celebrar en Madrid. Sin consultar con nadie, Benjamín ha enmarcado uno de sus lienzos: una composición simbólica de la muerte de Mariano de Larra. Por vez primera, el cuadro del joven pintor figura en una Exposición pública. La obra llama poderosamente la atención. Se pretende hacer al autor socio de honor de la que entonces se llamaba Asociación de Pintores y Escultores. Pero la Asociación no consigue ver nunca a Palencia en la lista de sus socios.

La Exposición atrae muchos visitantes. Entre ellos, uno se intriga por el cuadro de Benjamín. Quiere conocer al autor. Hace gestiones para buscarlo. Al fin le conoce y tiene para el chico palabras elogiosas. El visitante se llama Juan Ramón Jiménez. Desde entonces, Juan Ramón será su mejor amigo y promotor.

Por entonces, a Benjamín Palencia se le conoce ya algo en Madrid. Sus amigos son Pancho Cossio, Francisco Borés, Salvador Dalí, el escultor Alberto, José María Ucelai, casi todos estudiantes de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Benjamín no irá nunca a la Academia, ni siquiera a bostezar o a protestar como su amigo Dalí. Para el pintor de Barrax, la Academia estará en el campo, en la naturaleza pura, en la calle, en los pueblos del cinturón de Madrid y en todos los pueblos y los campos de España que él recorre una y otra vez buscando algo que siempre sabe encontrar.

Sorolla, Sotomayor, Zuloaga son los maestros que acaparan la admiración de los pintores jóvenes de este tiempo. Palencia los mira con cierto recelo. No sigue a ninguno. El mismo confiesa dónde ve la primera influencia en su pintura:

—Fueron los comienzos del impresionismo francés que, por entonces, empezaba a sentirse en España. Sobre todo reconozco decisiva la influencia de un pintor inolvidable: Pablo Cézanne. Antes ya había yo procurado estudiar a fondo y aprender en los lienzos de mis tres grandes maestros: el Greco, Velázquez y Zurbarán.

El año 1925—Palencia acaba de cumplir sus veintidós—se promueve y se lleva a término la que se llamó «Exposición de Artistas Ibéricos». Palencia ocupa toda una sala. Otras las tienen Angel Ferrant, Alberto, Solana, Arteta, Borés, Dalí Ucelai y otros. Palencia se convierte en uno de los héroes de esta Exposición. Sus figuras y paisajes tienen una buena crítica.

—Esto fue quizá mi primer éxito. La gente se convenció de que los pintores jóvenes no estábamos locos.

El genio del artista se muestra en cualquiera de sus obras. He aquí un óleo de moderna factura, pintado recientemente por Benjamín Palencia

UNA EXPOSICION EN PARIS

El éxito de los artistas ibéricos dura poco. Los pintores jóvenes españoles no pueden romper el armazón de los academicistas. Es entonces cuando se produce el éxodo a París. Cossio y Peinado son los primeros en romper la marcha. A ellos les sigue Palencia. Juan Ramón le recrimina este abandono, porque teme que otras tendencias desvien la fuerza y el vigor racial de su joven amigo. Son los tiempos en que Picasso propone al mundo la fórmula del neocubismo, que Juan Miró pretende revivir el plástico de las formas rupestres. Son los tiempos de Juan Gris, Marc Chagall, Modigliani y Pascin. En cada uno de ellos va encontrando Benjamín Palencia lo que él busca, más que nuevas fórmulas, razones de sus presentimientos.

En París se aloja en la Ecole de Medicine, frente a la Escuela de Pintura, muy cerca del boulevard de Saint Michel, en pleno barrio Latino. Tampoco aquí Palencia encuentra tiempo para la tertulia. Frecuenta el Montparnasse y visita las Academias, los Museos.

Al cabo de dos años regresa a España. Allí se han quedado muchos amigos. París no ha sido para él un término, es una etapa.

A la vuelta de Francia, en 1928 celebra una extensa Exposición en el Museo de Arte Moderno, de Madrid. La obra reúne treinta y cuatro cuadros y diecisiete grandes dibujos. Es la más seria y lúcida adaptación de las nuevas morfologías plásticas a una temática específicamente hispánica. No es una novedad; es una corroboración de los trabajos precedentes.

A partir de entonces, la vida del pintor transcurre entre su tarea en España y sus constantes salidas al extranjero. Inglaterra, Alemania, Estados Unidos. En Berlín expone en la galería Flechstein, en Nueva York lo hace en las galerías Harrimann.

Un viaje a Italia le hace pasar-se muchas horas en la basílica de Asis, en la capilla paduana de Arena, ante el inmenso Giotto, de quien Palencia tanto aprendiera.

Pierre Loeb, el gran promotor de pintura moderna, gestor de la fauna de Juan Miró y uno de los primeros adalides de Pablo Picasso, ofrece a Benjamín Palencia su galería. La Exposición, que se lleva a cabo en el otoño de 1933, hace en París mucho ruido. Picasso pregunta reiteradamente a Palencia:

—¿Dónde, dónde encuentra usted esos escenarios tan bellos y tan realistas?

Palencia responde siempre lo mismo:

—En España. En España. Esas que se ven ahí son las tierras de Castilla.

CON VIRGILIO EN EL BOLSILLO

Hace muchos años que Benjamín Palencia pasa casi todo el año fuera de Madrid. Ha buscado y encontrado un lugar que Madrid se lo negaría: la soledad ca-



si absoluta, la tranquilidad, la ausencia de una vida social casi obligada, el campo, la tierra, esa Castilla que él transplanta poéticamente a sus lienzos gigantescos. Ese lugar está en Villafranca de Avila, en plena serranía abulense.

En estas tierras, jamás pintadas ni presentadas por ningún pintor pasa largas temporadas. Ahora las escapadas son de tarde en tarde a Madrid. Entre las crestas de Chía y Villatoro, las sierras de la Paramera, a un lado, y a otro, las de Gredos, tiene Palencia su estudio. Como no hay cosa mejor, ni él la pretende, se arregla la vivienda en un viejo molino.

—Yo pinto en la naturaleza. Me levanto al ser de día y pinto desde el amanecer. Salgo al campo muy temprano. Ando mucho. Hasta cansarme. Cuando encuentro mi tema, el paisaje, el rincón de la tierra que busco, me detengo y pinto unas cuatro horas seguidas. Por la tarde hago una sesión de dibujo. Me sirven de modelo los niños de las cercanías. Mientras ellos juegan y se divierten, yo los voy dibujando. Tengo siempre una necesidad de estar en contacto con la naturaleza, con la vida. Me costaría un trabajo impropio pintar encerrado entre paredes. Por la noche, apenas se pone el sol, me acuesto.

—¿Dedica usted algún tiempo a la lectura?

—Sí. Desde luego. Dedico mucho tiempo a leer. Hace mucho tiempo que no leo más que a Cervantes, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Horacio y, sobre todo a Virgilio. Virgilio va siempre en mi bolsillo. Algunas veces leo también críticas extranjeras de pintura y biografía de pintores modernos.

YO HE PASADO POR TODOS LOS «ISMOS»

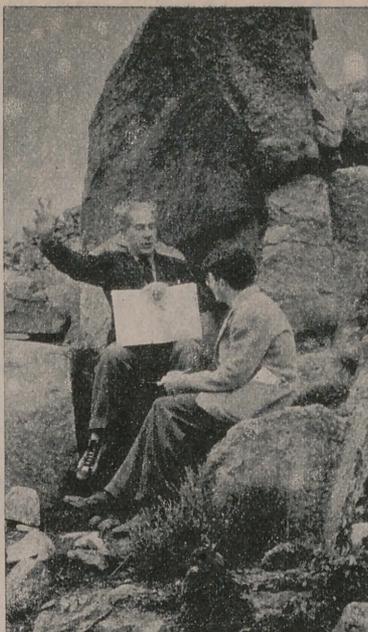
Mientras hablo con el pintor me vienen al recuerdo sus grandes lienzos violetas y amarillos, sus lienzos de tierra, donde el paisaje queda vivo, inalterable.

—Castilla es mi centro, mi verdadero escenario donde palpita todo mi ser. Castilla es universal. Mis lienzos coinciden con la interpretación poética de Machado, de Unamuno. Es la Castilla de Teresa. Pretendo ir siempre hacia una Castilla nueva, tanto tiempo ignorada, y despreciada a veces. La Castilla de Zuloaga es un poco artificial. Para interpretarla en su verdadero ser hay que desposeerla de la anécdota. Los encinares de mis cuadros existen en la tierra castellana y en la poesía de Machado. Sólo cuando se aprende el lenguaje de las cosas aprendemos a ver el paisaje español con toda su verdad poética.

Estas últimas palabras las dice el pintor casi excitado, entrecruzando sus manos y sus dedos. Benjamín Palencia habla sin mirar, cerrando casi sus ojos.

—¿Cómo logra usted esa visión total del paisaje?

—Toda mi vida la he dedicado a la observación directa de la naturaleza. El paisaje se lleva dentro. Se convive constantemente con él. Ahora estoy sugestionado con el mundo de las piedras, de los grandes barrancos. El barran-



Benjamín Palencia ha ejercido un beneficioso magisterio sobre muchos pintores actuales; sentado sobre unas piedras, deserta, y junto a una fuente, sonríe

co, el roquedo encierra una belleza insuperable.

—¿Cómo se definiría como pintor?

—Yo casi soy un posimpresionista. Al menos en una época de mi vida. He pasado por todos los «ismos». He hecho cubismo y arte abstracto. Ahora lo que me interesa es construir cuerpos en el espacio. No soy cubista, ni surrealista. Que la materia hable por sí sola. Esto es lo importante. A mí me gusta tocar lo que miro. Cuando veo un volumen en el campo, me apetece tocarlo con el tacto, no sólo con los ojos. Es ver con la tercera dimensión. A al mano no se le puede dejar sola al servicio de los ojos; esto es una inmoralidad del dibujante. Es querer pasar gato por liebre. Quien hace esto merece sacarle los ojos, para que las manos, que no saben hacer nada por sí mis-

mas, se pongan al servicio de la voluntad del hombre que sabe elevar sus sentimientos.

A don Benjamín Palencia le esperan en el Museo Romántico. El teléfono ha sonado ya varias veces.

—Además de los conocimientos técnicos, ¿qué cualidad debe exigirse a sí mismo el pintor?

—Sobriedad, una gran cultura, una educación espiritual en las obras maestras y una profunda sinceridad consigo mismo y con el mundo, con las cosas.

—La última pregunta. ¿Qué significa para usted esta Exposición?

—Creo que significa un paso más decisivo. Es la Exposición de más trascendencia en mi pintura. No quiere esto decir que sea mi última palabra. Creo que aun tengo mucho que decir.

Y nosotros que aprender.

Ernesto SALCEDO



El pintor, místico de un arte entero y viril, define la trayectoria imparabable de su pintura, que ha sabido crear escuela. Vallecas, en el recuerdo del artista, queda ya lejano

CARTAS
DESDE EL
SUR DE
FRANCIA

LOS EMIGRANTES ESPAÑOLES
DE LA "HAUTE GARONNE"
ESPERAN LA VISITA PERIODICA
DE NUESTROS GRANDES ARTISTAS



Vista general de Toulouse. A la derecha, la catedral de Saint-Etienne; a la izquierda, el Gran Bulevar

LA rue Rémusat cae por el centro de Toulouse. El acto está anunciado para las nueve en punto. Llego a las nueve menos cuarto. Hay cola para adquirir la entrada. La «Salle Sénéchal» está situada en un ala de un edificio muy parecido a una gendarmería, y que además lo es. Según se entra, a la izquierda, uno puede meterse en un «bureau», decir cuatro palabras, firmar, callar y esperar la bonita furgoneta que lo llevará a la cárcel. A la derecha, en cambio, uno puede hacer cola bajo unos pórticos viejísimos—construidos, como todas las obras de la vieja Toulouse, con ladrillo rojo—y preparar los cuartos de la entrada. La taquillera del negocio de esta noche es Nuria Pallarola, doctora en Medicina e hija del señor Domingo Pallarola, natural de Bellmunt (Lérida), al cual conoceremos, si ustedes no se oponen, por su nombre de guerra: «Doménech de Bellmunt».

La señorita Nuria le larga a un servidor su entrada en tanto que pregunta a no sé quién si aún queda sitio en el local. Entro casi corriendo y después de atropellar a un pacífico grupo de estu-

diantes vietnamitas logro pillar un buen asiento. Esto rebosa. Hace calor. Faltan cinco minutos para las nueve. Espero. Otro minuto. Ya todo está ocupado. Por las dos puertas de la sala chorrera gente. Se llenan las escaños. Y digo escaños porque esto, al parecer, es una vieja sala de actos oficiales, una sala estropeada, tronadilla, que se cae de vieja. No sé si es Francia o si es una empresa particular quien se la alquila al de Bellmunt por sólo ocho mil francos. Echo cuentas: ocho mil de alquiler, tres mil de propaganda, cinco mil de propina al grupo de comparsas; total: dieciséis mil. Pongamos veinte mil. Ahora bien, la sala tiene mil asientos. Mil asientos a ciento cincuenta francos dan ciento cincuenta mil. Ahora pongamos que hay en los pasillos unas trescientas personas en pie: doscientas mil del ala. Ciento sesenta mil francos, en más o en menos, recaudará esta noche el promotor de la velada. ¿Digámoslo en pesetas? Veinte mil... Ahora viene el momento de subrayar el nom-

bre del agraciado: «Doménech de Bellmunt». Ni torero, ni genio, ni futbolista, ese señor es un negociante, un buen truquista. Sale adelante por medio de la explotación de la nostalgia, por medio del infundio contra España, mintiendo y atemorizando. Tiene mucha, mucha letra menuda...

SENTIDO DE LA AMENIDAD

A mediados de enero de este año, y en esta misma «Salle Sénéchal», Gordón Ordás convocó para un domingo por la mañana «a todos los patriotas enemigos del régimen franquista», sin otro distingu político, para hablarles sobre «Los siete puntos de la vida política en el exilio». Gordón Ordás se desplazó desde París expresamente. Tenía que preceederle en el uso de la palabra el doctor Félix Martí Fecet—su «cónsul» en Toulouse—, y se hizo de este acto previamente una propaganda movida. No se cobraría entrada.

La mañana de marras era soledad, de esas que invitan a la honesta distracción. Fuera porque la honesta distracción tiene

mucho que ver con la amenidad, fuese porque ninguno de los siete puntitos interesase al nutrido estamento de españoles emigrantes, la sala registró una escasa, apacible media entrada. Además de esa media entrada, la mitad correspondió al grupo pseudocomunista y algo más de una cuarta parte a los «universitarios» estudiantes de español, que se pitaran por oír hablar en castellano. El resto de los asistentes figuraba en la presidencia...

¿A qué se debió el fracaso del viaje de Ordás?...

Parece ser que se debió, en esencia, a una absoluta falta de interés ya por tales carnavales. Las hondas divergencias existentes entre la escasa cincuentaena de políticos rojos activistas radicados en Toulouse no interesan a nadie más que a ellos mismos. El «Presidente de la República española» realizó un viajecito con el propósito de unirlos e ir a comer juntos en un buen restaurante. Ni en eso tuvo suerte.

En cuanto a su «succés» ante la masa. Ordás queda chiquito ante Bellmunt...

EL «MATADOR» Y LA AFICIÓN...

Un señor pequeñito, de unos cincuenta años, hace su aparición en el estrado. Corre el silencio. Disminuye la luz. Alguien, a mis espaldas, exclama:

—¡Ay, qué tío!...

Las señoras empiezan a toser. Cerca de mí un grupo de muchachas estudiantes se pone a manotear. El señor pequeñito se compone, se estira, se arregla el corbatín, sonríe. La luz de una bombilla entelada le brilla sobre el pelo, entrecano. Avanza repentinamente serio. Carraspea. Se inclina. Y estalla la primera ovación.

Esa ovación dura un minuto largo. A mis pies, en los primeros escaños, observo la presencia de muchas señoritas estudiantes rodeadas de tipos más o menos barbudos, quizá existencialistas de sarampión. A mi izquierda hay un grupo de damas de inconfundible aspecto «toulousain», de esas que han visto torear a Manolete y le cantan a uno en cuanto se descuida un «Relicario» que no se lo salta el mismo Bienvenida. Toda la tos primaveral del acto correrá a cargo de esas damas que huelen a «Chanel» y pretenden que todos los españoles nos parezcamos al gitano Vargas.

Me vuelvo. Sí, sí; sucede lo presentado: aquí están ellos, aquí están los emigrantes españoles con los ojos brillantes y secas las gargantas. Aplauden sí, y se rompen las manos. ¿Qué esperan de Bellmunt?... ¿Demagogia?... No, no; ellos no esperan otra cosa que versos, versos de «Antoñito el Camborio», versos de luna y de Guadalquivir, versitos de esos que saben a noche de las de antes, a noche de cuando ellos—muchos de ellos, muchos de los que a mis espaldas se tragan el aliento—vivan sus juventudes...

Se extinguen los aplausos y habla Bellmunt. Me sorprende que se exprese en francés. Pero un amigo me lo explica:

—Es una prueba de cultura. Ha de cuidar la pose. Además, lo que dice no interesa a nadie. Interesan los versos, el espectáculo...

El orador empieza mostrándose ofendido. Se crispa, emite gestos de sorpresa, de indignación. Se vuelve, se revuelve, increpa al auditorio, se acerca a un viejo piano de esos que hasta dan la hora y le sacude la quietud de un manotazo... ¿Qué pasa?... ¿Es que habla de política?... Nada de eso. Bellmunt es cuco y sabe distinguir. El hombre, pobremente, hace su teatro. Dirige sus ataques a la Humanidad, a toda la Humanidad, de punta a punta del globo terráqueo, porque, al parecer, hasta el precioso instante actual, nadie, en la tierra, había descubierto, en la poesía lorquiana, la musicalidad... Y sigue, así, atacando a la nada, pidiendo revisiones musicales de los poemas de Federico, manoteando contra los músicos del orbe, contra los maestros compositores... Bulle, resopla, gime, grita, se despeina, se calla a trechos y señala, con dedo acusador, a todo el público, a la señora obesa que se suena, a mí, a mi amigo, a los estudiantes, a mis compatriotas en el momento de acusarnos, también a nosotros. Habla, habla, suelta su verborrea sin dejar de agitarse...

RETORICA DE ANTES DE LA GUERRA

El estilo retórico de este hombre, es un estilo de antes de la guerra. No ha leído «La Odoriniz», pues emplea, en francés, giros tan socorridos como lo de «la nave conducida a puerto entre un fragoroso temporal», y acusa al sol de ser «el astro rey» y no se cansa de dejar gitanillos «en el abyecto arroyo...». Al hablar de un poeta le rodea de musas, y cuando se refiere a esa cosa tan loca llamada inspiración dibuja con las manos un florido jardín, y no dice «pensil» y aquello de «ansias mil» por verdadera e imperdonable casualidad.

En cuanto a su ficción de enfado, esto es un bello y siempre impresionante procedimiento de oratoria forense. La oratoria forense influyó decisivamente, a mi modo de ver, en el estilo «mitinero» del treinta y uno. Vagamente, alcanzo a recordar que la mayor parte de los políticos de entonces, no tenían salida si no sabían enfadarse y chillar. Bellmunt, con su oratoria chisporroteante, con sus ataques al planeta Marte, con sus pausas desgarradoras, cargadas de electricidad casera, debió ser, en la infeliz España de los «treintas», un as para hacer bolos comarcales. Hoy, por fortuna, sufriría condena en la «codornicista» «Cárcel de Papel»...

«AHORA VIENE LO BUENO...»

Palmas. Bellmunt ha terminado. Hace bastante rato que he dejado de escucharle. Hablo con mi amigo. De vez en cuando he atendido, al azar, alguna hinchada frase del farsante. Este, ahora sonríe. Ha rellenado su negocio, le ha puesto la portada...

El irritable caballero se inclina ante su parroquia. Le dedica es-

ta un aplauso cortés. Hay murmullos. Se agitan las cortinas detrás del irritable caballero. Asoma una damita con vestido largo. Aparece una pianista con vestido corto. Irrumpe un tipo con una guitarra y le echan, gesticulando. Será que aún no le toca actuar. Parpadean las luces. Una estudiante de Filología se saca un «Romancero», y, al fin, después de ese ratito de recreo, el irritable caballero demanda un poco de silencio, y se lo ceden todo, porque la señorita del vestido largo es guapa, morenaza, y parece que va a recitar algo...

Oigo que, a mis espaldas, la misma voz de antes silabea:

—Ahora viene lo bueno...

Bisbiseos. Se anuncia que la morenaza guapa recitará el romance de «Antoñito el Camborio...». Se llama ella «Paulette». Más; es catalana, como yo, y empieza a declamar, con acento importado de mi provincia, aquello tan sedoso de:

«Antonio Vargas, gitano, hijo y nieto de Camborio, con una vara de mimbres va a Sevilla a ver los toros...»

El prestigio gitano de mi provincia, es muy escaso. La señorita del vestido largo consigue demostrar esa escasez desde la misma estrofa inicial. Por otra parte, la musicalidad del piano confiado a las manos de la «partenaire», es una musicalidad absolutamente francotiradora. Para mí que el gitano Antonio Vargas lo está pasando mal.

Aunque, naturalmente, los jóvenes barbudos y las señoritas estudiantes—además de los vietnamitas, además de las damas que huelen a «pensil» y a «gracias mil»—no se enteran de eso, o se enteran poquísimo. A ellos les sirven, por el precio de una sesión cinematográfica, una pobre ración de españolismo. Y se dan por contentos. Pero en su fuero íntimo, ¿qué pensarán?...

LA MASA, IMPRESIONADA...

Me vuelvo y, otra vez, los ojos luminosos, candentes, de los emigrantes españoles me embargan de emoción. Ellos perdonan el acento de «Paulette». Más, perdonan la estropajosa salmodia del piano, porque oyen declamar en español.

Cuando ella termina su interpretación, suenan en mis oídos, como un vivo trallazo, los aplausos más cálidos de la noche. Aplauden ellos, los españoles, frenéticamente. Y yo también, sí, yo también aplaudo. Aplauden esos hombres maduros, de roncas voces que restallan ibéricos «olé»... Aplaudo esa emoción elemental—tan pura y niña—, sin olvidar que «Paulette» Más recitando en España no llegaría a finalista de ningún concurso.

Pero ella, también ha hecho lo suyo. Debe de ser hija de un matrimonio de emigrantes. El vestido le habrá costado unos quince mil francos. Recibirá quinientos y las gracias. Recibirá, además, la gloria efímera de esas ovaciones que enserdecen acá, en la otra orilla de unas montañas blancas...

LA VIDA ES DURA...

«Paulette» declama algunos otros poemas, acompañada —es un decir— al piano. Entre poema y poema, «Doménech de Bellmunt» dirige unas palabras a la clientela, destacando el encaje perfecto de la música con el sentido y ritmo de los versos. La clientela le deja explicar todo eso, pues sabe que ese catalán de Lérida, se atrevería a demostrarlo todo, incluso la italianidad de Federico a poco que aumentase la colonia italiana de Toulouse.

LAGRIMAS POR ESPAÑA

Le toca ahora el turno a otra muchacha, a una tal Isabel Montoya. Isabel sube al tabladiello con un vestido de gitana de esos a tanto el metro y un par de castañuelas pegadas a sus manos. Es alta, delgadilla, aceitunada, de ojos rotundamente hermosos. Le enfoca un reflector de baratillo y ella traga saliva. Un entusiasta le grita un piropo ultramoderno:

—Que se quite Poujade donde estés tú, «moná»...

Risas. Isabelita espera que el piano ataque, o bombardee. Pero antes, el señor Doménech pide silencio y se pone a explicar que, demostrada ya palpablemente la musicalidad del poeta, no se hablará más de él, aun cuando el resto de la fiesta sea un homenaje a sus gitanos y a su Andalucía. Entonces, va, se sienta en un rincón del emigrado escenario y aguarda con nosotros a que Isabel deje chico a Poujade.

Pega ella un patadón sobre el estrado, levanta algo de polvo, gira sobre sí misma y canta. Su voz es pobre, francamente pobre. Sólo destaca un poco en los agudos, de grillo. Canta una cosa de León y Quiroga, y lo hace con auténtico acento de mujer andaluza. El público, en silencio, se embebece. Isabelita, a trechos, se levanta la falda, muestra unas blancas pantorrillas vira en redondo, inicia unos compases de «sevillanas», chasca sus castañuelas. Al terminar, recibe una ovación de alivio.

Los españoles piden más, más canciones. ¿Qué harían estos mismos españoles si Conchita Piquer o Juanita Reina se dejasen caer por la «Salle Sénéchal»?...

La Montoya saluda. Se le salen las lágrimas. Le dirigen piropos, la jalean. Un hombre bajo, negro de pelo, grita enronquecido:

—¡Viva Puente Genil y viva Córdoba!

—¡Viva tu «mare», niña!... —prorrumpen un muchachito muy delgado y cimbreante, con perfil de «Chamacó».

Y ella, después se saca de la manga otras creaciones. Tendrá unos veinte años. Parece muy humilde. En España hay millares de muchachas humildes como Isabel Montoya—muchachas de manos rojizas y callosas—, deseosas de triunfar ante unas candilejas. Observo que su vestido conserva aún las señales de los pliegues, cual si acabase de salir de una maleta...

«EL EMIGRANTE»...

Trivino et M. Narváez (Mancillo de Málaga) son casi dos chiquillos. Trivino reluce como cha-

rol. Narváez ríe con boca grande y hasta se pone colorado cuando le ovacionan. Trivino posee una guitarra. Narváez se las da de «cantor». Al terminar su actuación la joven Isabel Montoya, irrumpen guitarrista y «divo» en el tablado. El público español, después de ovacionarles, les llama por sus nombres. Estamos en familia. Narváez no sabe dónde poner las manos, y se las mete en los bolsillos de su traje gris. El público se ríe. Trivino templó el instrumento. Le llaman sus amigos, y él levanta una mano y les saluda. Alguien les suelta un chistecillo, y el «cantor», al oírlo, se parte de risa. «Doménech de Bellmunt», sentado al fondo, permanece impassible, con los brazos cruzados.

Las señoritas estudiantes miran mucho a Trivino. Los vietnamitas mastican chicle. Los barbudos sonríen con suficiencia. Y las señoras de las «gracias mil» se refocilan sosegadamente.

Apagón. Alguien chilló. Vuelve la luz. Silencio. Algún siseo. Narváez deja de reírse, se adelanta, estira mucho el cuello. Trivino, pobremente, sacude la guitarra. Narváez tiene buena voz y cara de ángel o de recluta. Y deja seco el aire al iniciar:

«Cuando salí de mi tierra volví la cara llorando, porque lo que más quería atrás lo iba dejando...»

Ojos. Ojos. Y ojos... Sí, ojos españoles. Y gargantas. Gargantas y ojos de hombres cansados, de hombres que han sufrido... Dieciséis años... Cuando algunos de estos hombres prematuramente envejecidos salieron hace dieciséis años de su Patria, el guitarrista y el «cantor» de ahora no pasarían de ser unos mocosos. Un hombre de unos cincuenta años, recio, pero de cara enflaquecida y ojos turbios; se pasa el dorso de su enorme mano por los ojos.

Narváez, sin dejar de componerse la chaqueta, lanza sobre el silencio aquello de

«Adiós, mi España querida; dentro de mi alma te llevo metida. Aunque soy un emigrante, jamás en la vida podré olvidarte...»

De pronto, una mujer, inconteniblemente, estalla en un sollozo: No, no es una «madame» perfumada. Es una mujer casi vieja, pequeñita, y se lleva el pañuelo a la boca. A su lado, su esposo procura consolarla. También él parece emocionado. Nadie se mueve, nadie sisea, nadie... Hasta los vietnamitas han dejado de mascar... Bellmunt al fondo, espera...

FIN DE FIESTA

El festival, después de otro número termina con una exhibición de danzas sevillanas. Asoman dos o tres muchachas muy hermosas —pongamos cuatro— de rompe y rasga, entre las cuales reconozco a la taquillera que recogió mis tristes francos. Es la hija de Bellmunt, como he dicho al principio.

—¿Es lista?—pido a mi amigo.

—Mucho. Su padre está orgulloso de que hable francés con

acento catalán y español con acento francés...

La pianista—muy rejuvenecida después de su descanso—reaparece y se sienta ante el teclado. El piano se arruga. Las dos o tres muchachas—o cuatro—de rompe y rasga esperan la señal para empezar. Y al cabo empiezan. Bailan. El tablado es pequeño. Ellas, como mujeres, son voluminosas. Me paso toda la primera sevillana temiendo que se caigan sobre el público.

«Doménech de Bellmunt» mira el reloj. Debe ser tarde. El público, no obstante, pide otra sevillana, y otra, y otra, y las de rompe y rasga empiezan a sudar. Doménech, impaciente, habla con su hija. La hija se dirige a la profesora. La profesora, a la pianista. Y la pianista espera a que Bellmunt, incorporándose, eche a la clientela.

Diez minutos después, a la puerta de la «Salle», frente a algunos gendarmes que leen «Le Dépêche», desfila el público, y desfilan, entre éste, algunos centenares de españoles.

—Más de 300 personas se han quedado sin entrada... —dice alguien al pasar.

Pienso en Gordón Ordás. Falta de vista...

Emocionados aún discurren, muy cerca de mí, los españoles. Bajo los pórticos del patio se amontonan a cientos las bicicletas de motor. Casi cada uno de esos españoles tiene la suya. Se saludan entre ellos. Mañana habrá que madrugar.

Pasa, entre una aureola de admiración, Isabelita Montoya vestida a la moda francesa. Lleva una maleta grande, en la que guarda —por lo que supongo— los zapatos de baile, y el vestido, y las castañuelas...

Bajo el cielo estrellado, en medio de la gente, «Doménech de Bellmunt» se pavonea, rodeado de los suyos.

—¿De qué vive ese hombre?—le pregunto a mi amigo.

—Es traductor ante los Tribunales. Y abogado de los pobres de espíritu. A los pobres de espíritu les cobra hasta cincuenta y sesenta mil francos por resolverles cosas nada importantes, cosas que el Consulado les arreglaría por nada.

Mi amigo me habla de que Bellmunt anda diciendo pestes contra Pau Casals, porque éste ha vuelto a España. Y lucha, con todas sus armas, contra la última disposición del Gobierno español.

—No le conviene que los españoles regresen a España. ¿De qué viviría él?... —dice mi amigo.

SUGERENCIA

Mi amigo el padre Bohigas, rector de la colonia española de Toulouse, me ha hablado últimamente de hasta qué punto esperan los españoles emigrantes de la «Haute Garonne» las visitas periódicas de los grandes artistas españoles. Todo lo que sea español —y todo lo que se le parezca, incluso— tiene aquí una acogida estrepitosa. Aquí hay hambre de España...

¿Cómo serían acogidos en el teatro Capitole nuestros Coros y Danzas?...

Jaime POL GIRBAL
(Enviado especial)

LA BANCA Y LOS INTERESES NACIONALES

EL ideal de cuantos anhelan en el mundo de hoy una organización colectivista de inspiración más o menos marxista nos deja cada vez más perplejos si reflexionamos en el profundo absurdo que esta cuestión encierra. Se dijo que el Estado «ético» de derivación hegeliana era, en su íntima constitución política, el origen primario del Estado socialista. Y, en cierto sentido, es así. Lo que nos sorprende es que ciertas políticas contemporáneas no se den cuenta de este ridículo contrasentido: ¡el Estado ético llega a ser, de este modo, el Estado contable!

Creemos que esa risible metamorfosis de la ética hegeliana en la contabilidad socialista no es puramente gratuita, ni debida únicamente a la pequeñez de ciertos políticos europeos. Creemos, por el contrario, que tal metamorfosis ha sido la lógica consecuencia de un vicio intrínseco, inherente a todo un sistema ético, no tan sólo de inspiración hegeliana, cuyo patente carácter es la ausencia de la fe y la falta radical de todo sentido cristiano de la vida.

En efecto, es un sistema basado exclusivamente en las raíces «lógicas» del pensamiento humano y no es de admirar que esta lógica, excesivamente confiada en sí misma, haya conducido a los hombres hacia un objetivo exactamente contrario a toda ética originaria.

Un Estado católico, ético por antonomasia, no puede caer en ese error del Estado contable realizado en ciertos países. Tampoco es posible que un Estado católico adopte una media medida, según la cual el colectivismo se difriza en forma de un dirigismo económico absorbente.

¿Cuál es, en cambio, la única línea directriz de una sociedad ética, libre y cristiana, como la nuestra? Ya en 1946 ante las Cortes Españolas, el Caudillo trazaba, con extrema claridad, esta línea maestra: «Una cosa es que el Estado camine hacia una política de libertad y de mayores márgenes, que libere en todo lo posible al interventor de las intervenciones, y otra sería que, cerrando los ojos a la realidad, a la existencia de un imperativo que viene acuciando a todos los pueblos del universo, abandonásemos lo que es norte de toda política, que es el mantenimiento de la nación y el bien general de los administrados.»

Este bien común de los súbditos, de los «administrados», se logra, día a día, con la vigilancia y la intervención inspiradora del Estado en los intereses del capital público y privado, no ya obligando a los emprendedores a realizaciones utópicas y antinaturales, sino coordinando, hacia la constitución de nuevas formas sociales, la justa interdependencia económica del capital privado con el crédito y la ayuda del Estado moderno.

Es por esto que el fin de una Banca pública no es nunca idéntico al de una Banca privada,

sino que la doble existencia de estos organismos interdependientes originan pacíficamente y sin necesidad de previas absorciones un cauce nuevo y provisor en que se mueva la iniciativa privada. El capital y el crédito se ven así orientados, fuera de todo automatismo ilegal, al servicio de grandes empresas sociales, hacia cuya realización deben estar precisamente a la vanguardia las así llamadas «grandes empresas económicas».

Para la grande y la pequeña empresa, para cuanto signifique un bienestar concreto en la comunidad, han de estar orientados los grandes embalses de capital, la Banca privada y pública.

No es fuera de lugar subrayar, en este aspecto, la evidente superioridad de la técnica de la grande empresa con respecto a la técnica de los grandes monopolios de tipo liberal, que son, en cambio, otra puerta abierta hacia el dirigismo y nacionalización laboristas.

En nuestro sistema ético la intervención del Estado no viene a cortar el camino natural de las realizaciones del «homo economicus», sino a coadyuvar la iniciativa privada hacia fines de orden social: la elevación de vida del ciudadano consumidor y el aumento y mejora de los bienes de la producción. Bienes que el Estado católico no monopolizará nunca a su exclusivo ejercicio, ya que sabe que la directa consecuencia de tan absurdo colectivismo sería esterilizar en el hombre la capacidad que le empuja desde siempre en las dos direcciones de un bien concreto, para sí mismo, y de un bien ideal de la comunidad.

Este segundo ideal es éticamente superior, pero prácticamente no lo es, como demuestran los fracasos de todas las experiencias utópicas de tipo colectivista intentadas en el mundo. Ahora bien: el católico sabe que desde el íntimo del hombre y no del exterior debe partir la nueva lógica que en el cristiano sublima y no contrasta a la naturaleza. La nueva lógica por la cual «el bien común viene a estar por encima del bien individual».

En este sentido, el Estado español, síntesis de nuestras legítimas aspiraciones, tiende a situarse como mediador entre tales aspiraciones ideales y la técnica diaria y natural de la vida asociativa, quedándose inalterado todo mecanismo primario por el cual la economía existe y opera.

Objetivo inmediato y proyectado hacia el futuro de esta mediación del Estado no fue la absorción de lo que por naturaleza es personal, pero sí, en cambio, una intervención activa y operante para concretar, en la ciega mecánica del sistema económico, los ideales sociales sobre los que se basa el espíritu de nuestra Nación.

EL ESPAÑOL

ERROR EN UN ANUNCIO DE "SOL-AMOR"

En el anuncio de las gafas SOL-AMOR que insertamos el día 20 de marzo último figuran, por error, los modelos con aros al precio de 315 pesetas, en lugar de 335 pesetas, que es el que tienen. Suplicamos al lector que tome nota de ello.



MESES DE LA PRIMERA COMUNION

Hemos creado una colección de trajes y vestidos para Primera Comunión, que unen a su sobriedad y elegancia un sello de gracia y delicadeza.

Los tejidos vaporosos envuelven a las niñas en una blanca aureola.

Los niños con los trajes blancos, azul marino o combinados, tienen un aire de selecta distinción.

SOLICITEN CATALOGO

El Corte Inglés

“DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO”

ESPAÑA, JARDIN DEL MUNDO "DIGASELO CON FLORES"

EL CLAVEL, IMPORTANTE FUENTE DE DIVISAS



«ESPAÑA país de las flores.» De repente, el tópico adquiere gravedad e importancia de descubrimiento. Esa importancia que viene casi siempre respaldada por las cifras, por los cálculos, por las estadísticas.

Porque, a fuerza de saberlo, a fuerza de verlo escrito en los carteles de turismo se nos había olvidado esto. Nos resulta tan familiar ahora, en la primavera, ver los pequeños puestos de flores, con sus jarrones repletos de preciosa mercancía; los jardines multicolores, los tiestecitos en los balcones de las casas, que casi hemos olvidado la enorme importancia que esto tiene para nuestro país. Importancia de dos tipos: económica y espiritual.

Espiritual, porque el cultivo, el amoroso cultivo de la flor, su cuidado, su producción, es siempre síntoma de una alta espiritualidad en el pueblo. Un pequeño jardín familiar requiere paz, tranquilidad de espíritu, amor... Y también mejora del nivel económico. La flor, como todo lo bello, viene a resultar algo superfluo. Que en nuestro país sea algo necesario para las gentes quiere decir mucho.

Es significativo que la mayoría de los puestos callejeros de flores insistan en conservar su sitio en el mercado al lado de las verduras y de las frutas. Aquí en Madrid, en el barrio de Argüelles, se asoman a la mismísima calle de la Princesa; en Chamberí y en otros mercados se colocan en los

accesos a la plaza, con su carga multicolor y olorosa.

—¡Rosita fina...!

El ama de casa acude siempre al pregón. Ha terminado su compra y no hay ya huecos en la bolsa, que colma la cabeza blanca de una coliflor.

—El caso es que no me queda sitio—dice algunas veces, casi como inútil excusa, puesto que sabe que ha de sucumbir.

Y, en seguida, la florista, presurosa y servicial:

—No se preocupe, señora. Yo se las envuelvo..., y mire, así, en el brazo, las lleva usted muy bien...

ROSAS Y CLAVELES CATALANES.—EN ANDALUCÍA LA FLOR ES INTIMA

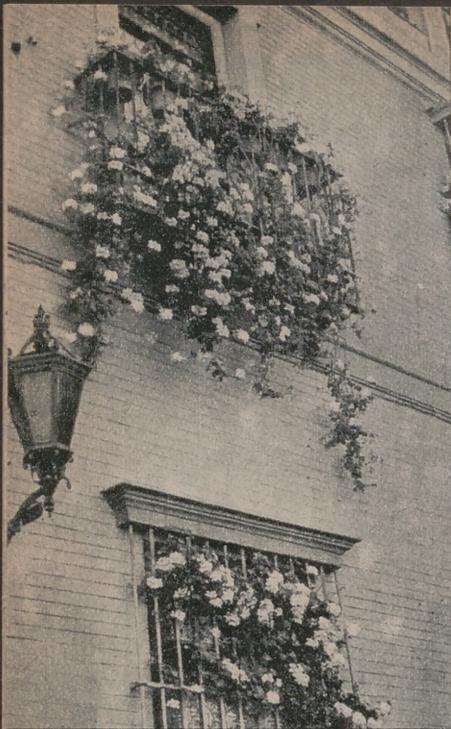
La producción de flores en España es una de las grandes riquezas nacionales. Porque, aparte, naturalmente, del cultivo en pequeña escala, el cultivo particular de la flor, existe el cultivo en gran escala el cultivo profesional, que abarca grandes zonas de nuestra Península.

Como un acto reflejo, al hablar de flores, todo el mundo piensa en Andalucía. Y, sin embargo, la provincia que en estos momentos está a la cabeza de la producción nacional es Cataluña. Los grandes rosalistas y clavelistas catalanes han colocado la floricultura española entre las mejores europeas, y sus premios y galardones en certámenes interna-

cionales son otros tantos premios a la floricultura nacional. Hectáreas y más hectáreas—cerca de trescientas en la provincia de Barcelona—están cubiertas de rosas y claveles. Rosas y claveles que se continúan por Levante, Murcia y Andalucía, en grandes manchas multicolores.

En Andalucía, el cultivo de la flor, salvadas las excepciones de Granada, Málaga, Churriana y Jerez de la Frontera, es algo que nunca pasa al terreno profesional. Lo clásico es allí el cultivador en





Las flores más diversas colorean y perfuman las fachadas de casi todas las casas españolas

pequeñas dosis. El dueño de un jardín pequeño, de un patio o de unas cuantas macetas. Eso sí: hasta los más humildes andaluces no se pasan sin alguna «maseta», algún «tiestecito» con el que alegrar la reja. La flor es, en Andalucía, algo casero y querido. Algo íntimo. Sólo Granada y Málaga han llevado la flor hasta el terreno industrial. Y los claveles de Churriana y los gladiolos de Jerez de la Frontera han de dar grandes sorpresas en las próximas Exposiciones.

Son, pues, los catalanes y los levantinos los grandes profesionales de la rosa y el clavel. Con don Pedro Dot, el anciano rosalista de San Feliú de Llobregat y primer obtentor nacional Camprubi y Torreblanca, se completa el gran trío catalán, al que se suma Galán, el joven obtentor valenciano. Cada vez son más los presélicos. Cada vez más los entendidos. Cada año es necesario aumentar el número de técnicos injertadores e hibridadores. Luego, las grandes Cooperativas de claveles, como las de la Maremma catalana, han venido a dar a la producción de esta flor un volumen que no tenía anteriormente, mientras el trabajo delicado de Masmaría ha llegado a obtener verdaderas maravillas de color, de tamaño, de aroma y de perfección en esta flor.

Los hay de todas clases: desde el rojo orgulloso del clavel «Embajador», hasta el recientemente premiado «Madrid», casi morado, o el vetado «Isidro»... Vagones y más vagones de clavel español pasan todos los días la frontera catalana en dirección a todos los puntos de Europa.

EL CLAVEL, FUENTE DE DIVISAS

La importancia económica que la flor tiene en nuestro país es indudable. Y el clavel, a la cabeza de todas las demás flores, es una importante fuente de divi-

sas. Claveles españoles se venden en los mercados europeos, en franca competencia con los claveles franceses e italianos de la zona mediterránea. Hasta tal punto es esta flor interesante comercialmente, que una hectárea de claveles produce tres veces más que en una remolacha. En los cultivos malagueños de Motril y Torremolinos, la media de producción suele estimarse en unas cinco docenas de claveles por planta, y en algunos casos hasta seis docenas, comprendiendo, naturalmente, todo el periodo de floración... Y como en esta zona el marco de plantación viene a ser de 30 a 50.000 pies por hectárea, la producción por metro cuadrado es aproximadamente, en condiciones normales, de 20 a 40 docenas anuales.

Granada produce unas 900.000 plantas, lo que supone más de 54 millones de claveles. Unos 60 millones de pesetas. Y las cifras en Cataluña rayan ya en lo astronómico. La producción total de plantas, comprendiendo La Maremma, Vilasar de Mar, Santa Cruz de Cabriels, Mas María, etc., es de 18 millones anuales, es decir, unos 810 millones de flores, con un valor aproximado de 900 millones de pesetas.

Claro que todo esto supone, a su vez, una enorme inversión de esfuerzos y dinero. Un verdadero ejército de técnicos, ingenieros agrónomos, de Montes, trabajan todo el año en los viveros de claveles. Todo requiere que sea hecho con un gran mimo, con una gran atención. Porque, aparte el interés comercial de la planta, está el prurito de verdadero aficionado, el deseo de obtener siempre algo nuevo y mejor, algo más bello cada vez, si es que esto es siempre posible. La Exposición de Sitges de aficionados, como las de profesionales de Barcelona atraen de una manera enorme a todos los productores, que viven doce meses pendientes de una cosa tan efímera, pero tan bella, como es una flor. A veces son necesarios tres o cuatro años—a veces, más—para obtener lo que se quería. De las matas en las que se ha hecho la experiencia, a veces tan sólo una da el apetecido resultado. Es ésta la mata de la que luego se sacarán esquejes de la nueva variedad. La gama que han recorrido ya nuestros mejores obtentores es variadísima y de nombres todos sugestivos: «Reina Astrid», de color rosa a rayas rosas; «Aiglon», también rosa; «Feria de Sevilla», con premio en la Exposición del año pasado, y así, un sinnúmero de bellas variedades surgidas al cabo de infinitos cuidados.

LA ROSA, FLOR SIN PRO-SOPOPEYAS

Detrás del clavel, en importancia de venta nacional e internacional, está la rosa. Pero como flor más delicada, requiere aún más cuidados, necesita de una serie de requisitos para su exportación y traslado, que la hacen más cara. Cada rosa que ha de exportarse se ha de envolver en un papel de celofán, y luego, las flores, en manojos de docena, son arropadas de nuevo en otro celofán. Así, distribuidas en paquetes

de docena, se las embala en chatas cejas de caña al punto de destino. Los vagones de rosas—rosas por vagones, ¡qué maravilla!—llegan desde las zonas productoras hasta todos los puntos de la Península. Otros vagones atraviesan la frontera.

Las rosas, en España, como los claveles—según las calidades—, están al alcance de todas las fortunas. En nuestro país las flores no son ningún lujo. Son casi, casi, una necesidad. La flor es algo muy del pueblo y el pueblo, si no la cultiva en su pedazo de tierra o en su pequeño tiesto, va a buscarla hasta los puestos de flores. Y en este tiempo, en primavera, es la rosa la flor más popular. El pueblo—nuestro pueblo—tiene la sensibilidad del color, el gusto—quizá resabio árabe—por los aromas. La flor llena estos dos casilleros. Sobre todo, la rosa.

Rosas son las flores que más se regalan. A las Pepitas y a las Cármenes. I

Desde el año 1939, el interés por la rosa, como por la flor en general, ha aumentado enormemente. Dos nuevos rosalistas, los ya nombrados Camprubi y Torreblanca, se colocan a la cabeza de los obtentores españoles, siguiendo los pasos del ilustre señor Dot, el rosalista español de universal renombre. Y la rosa parece nacer, renacer, renovarse, a impulsos del capricho artístico de estos hombres. Y son ahora inmensas rosas de fragancia inaudita, de tamaño enorme, como la «Satán»; de rojo muy oscuro, como la «Duquesa de Sástago», rojo y oro, o la «Marquesa de Urquijón», amarillo albaricoque. Y son también rosas miniatura, de perfección increíble, apenas mayores que la yema del dedo meñique, como la variedad «Carmencita», llamada así en honor de la pequeña nieta de Su Excelencia el Jefe del Estado.

Son infinitas, pues, las variedades de rosas que se han ido obteniendo. Sólo don Pedro Dot, desde el año 1923 hasta la fecha, ha obtenido 91 variedades nuevas. Hoy en día, siendo la selección muy rigurosa debido a la gran cantidad de variedades existentes, un obtentor necesita diez años de trabajos, cruces y selecciones. Para salvaguardar este trabajo paciente del obtentor existen en España Registros de Variedades y Patentes. Los hibridadores continúan con fe en su tarea creadora.

FLORES PARA TODAS LAS ESTACIONES. — LA LEYENDA DEL «NO ME OLVIDES» Y LA ESTRAMBOTICA ORQUIDEA

Pero la flor—la flor que no es ni la rosa ni el clavel—, la flor en general, es algo de todo el año. Hay flores para cada momento. La «Poinsettia», a fines de otoño; con los «Coronados», los «Cosmos» y los «Nebulosos», los «Ciclamen» y las «Prímulas», en invierno; y ya en primavera, las «Azucenas», los «Tulipanes», los «Gladiolos», y esa flor, fina y popular blanca lila o amarilla, que es la «Centaurea».

También ahora, en primavera, se abren los luminosos discos de las «Caléndulas», la elegante «Es-

puela de caballero», en rojo, salmón azul o lila, junto a las graciosas y diminutas «No me olvides», con toda su tradición centroeuropea y su leyenda de Rhin y de amantes. Porque esta flor posee, para terminar de hacerse atractiva (tras su dulce color azulado, una leyenda. Una leyenda en la que figuran, naturalmente unos amantes: Un día, los jóvenes paseaban a la orilla del Rhin, cuando quedaron extasiados, contemplando una florecita azul que flotaba en el agua. El joven se arrojó al agua para ofrecerle la flor a la amada. Pero la corriente le arrastró. Y antes de hundirse en el río, el joven lanzó a la muchacha la flor, con el ruego de que no le olvidara.

Flores de primavera, con leyenda o sin ella, que alzan su gracia multicolor en todos los rincones de nuestra Patria. Como las dalias. Como las hortensias salvajes, que crecen en cantidad enorme en todo el norte de España: Asturias, Galicia, Santander. En Asturias también crece la camelia, blanca y delicada. Y plantas suculentas en Cataluña. Y sobre todo en Canarias, en Tenerife, bellas y orgullosas orquídeas. Flores para contemplar desde lejos, para tratar de una en una. La orquídea es una flor bella, pero no popular. Flor casi misteriosa y estrambótica a fuerza de verla figurar en novelas policíacas y en películas novelescas.

MARUJA, LA FLORISTA

Maruja es una florista de la glorieta de Cuatro Caminos. Maruja cuida de su pequeño puesto en las cercanías del Metro de la mañana a la noche. El tenderete no es muy complicado: un elemental tinglado de tablas, sobre el que se alzan cubos y jarrones repletos de flor cortada y de «verdes» para rellenar. Ella va y viene todos los días a su casita, casi cerca de Valdeconejos.

—¿Toda la flor que vende es suya, de su jardín?

—No, toda no. Sólo parte. Ahora, en primavera, tengo que comprarla si quiero ganarme algo. Lo del jardín...

Nos lo cuenta todo. En realidad, el jardín era tan sólo un pedazo de tierra que sobraba delante de la casa. Ni los hijos —cinco—, ni la madre, sabían qué hacer con él: tomates, lechugas, flores... Y vencieron las flores.

—¿Por qué?

—No lo sé. Las flores nos han gustado siempre a todos.

—¿Y es muy lucrativo?

—No. No mucho. Es un negocio que hay que entender. Nosotros, los de los puestos callejeros, nos podemos defender en primavera, en noviembre, en los Santos, y luego en las fiestas así, salpicadas: el Pilar, Santiago... Hay que aprovechar. Los días de ajetreo, nos venimos todos aquí a vender y a estar al cuidado del puesto.

—¿Quién le compra más?

—No lo sé..., todo el mundo yo creo.

—¿Más hombres que mujeres?

—No. Más mujeres que hombres. En algún santo señalado son sobre todo muchachas de servicio las que hacen el gasto en

las primeras horas de la mañana. Compran para sus señoras un ramo de lo que sea..., poca cosa, sólo como detalle. La flor, ya se sabe, es en lo primero que piensa todo el mundo, y gracias a eso...

La flor es en lo primero que piensa todo el mundo. Tiene razón. Maruja, la florista... Y es emocionante.

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE FLORES

La producción nacional de flores ha aumentado en estos últimos años, nada más y nada menos, que en un cien por cien. Y eso quedándose corto. El interés por la floricultura ha ido subiendo de punto. Se han aumentado las hectáreas de cultivo, se han hecho nuevas Exposiciones y se ha creado un Instituto de Jardinería en el C. S. I. C. Y aparte de este incremento, que pudiéramos llamar «profesional» de la flor, está el amor simple de la gente por ella. Los escaparates de los grandes floristas madrileños son un eterno motivo de atracción para el paseante. Cada día parecen ganar en calidad, en gusto ornamental, en exquisitez.

No es la flor ya preocupación de una minoría selecta. El grupo de los entendidos se ensancha de día en día. Nuevas especialidades, profesiones íntimamente ligadas con la floricultura que antes no existían han de aparecer de un momento a otro. Tal es el caso de los arquitectos paisajistas, especialidad hasta ahora desconocida en España y que se hará posible por los desvelos de la Escuela de Arquitectura en colaboración con los ingenieros agrónomos y los de Montes. El Instituto de Jardinería y Arte Paisajista con su grupo entusiasta de colaboradores y su dinámica secretaria Conchita de Cossio, pone ahora todo su entusiasmo en convocar una Exposición de flores en Madrid a la que están invitados 280 productores de toda España. El próximo mes de mayo, en la antigua Casa de Vacas del Retiro tendrá lugar esta Exposición Nacional índice de la importancia que ha adquirido la floricultura española.

«MAS PRODUCTORES, MAS EXPOSICIONES»

Las Exposiciones locales de flores son muchas y muy importantes. La Exposición Nacional ofrece ya una mayor complejidad y complicación por la dificultad de encontrar una fecha que sea buena para todas las provincias que hayan de concurrir al certamen. El mes que es bueno para Cataluña, resulta pésimo para Murcia y el mes más conveniente para Murcia no lo es en absoluto para las provincias nortefías. Esta es la gran dificultad: la fecha. Sin embargo este año los desvelos de la Comisión Organizadora con don Joaquín Martínez Frieria al frente han logrado vencer todas estas dificultades. Y la Exposición será no ya de claveles solamente,

como en algún año anterior, sino de flores en general. Toda clase de flores. Se premiará la más bella rosa, el más bello clavel, el mejor gladiolo. Y a los premios contribuyen los Ministerios, entidades oficiales y el propio Instituto.

Exposición Nacional que ha de ser como un resumen y compendio de otras famosas Exposiciones locales: de la hermosísima de claveles que en Sitges organiza cada mes de junio la Sociedad de Fomento de Turismo, para aficionados; de las exposiciones barcelonesas organizadas por Ayuntamiento y Diputación; de los bellísimos certámenes valencianos y murcianos.

También ahora Reus se atarea, preparando el VIII Concurso-Exposición de rosas, que se ha de celebrar a primeros de mayo. Reus es la ciudad de las rosas por excelencia. Las rosas invaden los balcones y los jardines de la ciudad, y hasta en su escudo Reus posee una rosa. Por eso, la importancia de sus certámenes traspasa la frontera española. Este año, en el VIII Concurso-Exposición se expondrán más de veinte mil rosas de todas formas, colores y tamaños: desde la rosa «Tristeza», hasta la «Perla Gris».

Quizá, uniéndose a este movimiento general en torno a la flor, el Ayuntamiento madrileño, altamente interesado en cuestiones de floricultura, organice otra Exposición próximamente.

La flor, en torno al Mediterráneo es una fiesta y un premio. Los obtentores nacionales necesitan del estímulo y la competencia de las exposiciones nacionales en las que año a año se perfilan nuevos nombres, nuevas figuras. Churrilana y Jerez de la Frontera han de aparecer quizá este año, quizá al próximo. La floricultura nacional anda, pues, pendiente de estas sorpresas, de estas nuevas adquisiciones. Porque en España, al fin y al cabo, en frase turística «país de las flores», vamos viviendo de verdad cada vez más en torno a ellas.

(Fotografías de Cortina y Cifra.)



Una típica estampa madrileña. Se venden macesitas en la castiza plaza de Cascorro, cabecera del Rastro

EL ESPAÑOL

EMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

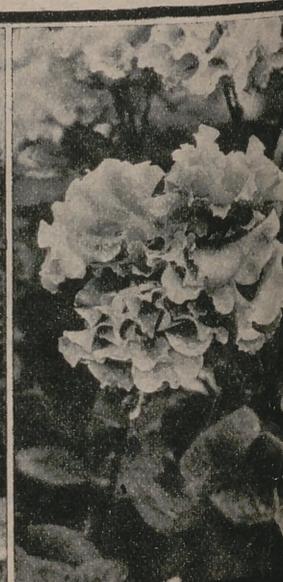
precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

DIGASELO CON FLORES



ESPAÑA,
JARDIN DEL MUNDO

EL CLAVEL, IMPORTANTE
FUENTE DE DIVISAS



Información en la página 61